

Lia

Estrellas en  
los ojos

Estrellas  
en los  
Ojos

Lía

Estrellas en los ojos, Lía.

Diseño de portada: Lía. (Imagen: Fotolia).

©Safe Creative, octubre 2018.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por email o prestamos públicos.

Por esas excepciones capaces  
de convertir un “nunca” en un SIEMPRE.

# Índice

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[24 de diciembre \(I\)](#)

[PASADO](#)

[5 de abril \(15h\)](#)

[5 de abril \(17h\)](#)

[5 de abril \(19h\)](#)

[5 de abril \(19:30h\)](#)

[5 de abril \(20h\)](#)

[5 de abril \(22h\)](#)

[6 de abril \(7h\)](#)

[6 de abril \(14h\)](#)

[7 de abril](#)

[8 de abril](#)

[22 de abril](#)

[23 de abril](#)

[24 de abril](#)

[25 de abril](#)

[28 de abril](#)

[29 de abril](#)

[30 de abril](#)

[1 de mayo](#)

[14 de mayo](#)

[23 de mayo](#)

[2 de junio](#)

[10 de junio](#)

[24 de junio](#)

[20 de julio](#)

[23 de julio](#)

25 de julio

4 de agosto

15 de agosto

26 de agosto

1 de septiembre

22 de septiembre

25 de septiembre

2 de octubre

13 de octubre

23 de octubre

7 de noviembre

16 de noviembre

27 de noviembre

5 de diciembre

22 de diciembre

23 de diciembre (15h)

23 de diciembre (18h)

PRESENTE

24 de diciembre (II)

25 de diciembre

26 de diciembre

27 de diciembre

28 de diciembre

29 de diciembre

30 de diciembre

31 de diciembre

1 de enero

Epílogo

# Sinopsis

Iria se crio jugando entre las telas de los vestidos de novia en la tienda de su tía. Ahora ella es la propietaria de este negocio y lo compagina con su carrera de diseñadora, que empieza a despegar.

Es feliz con su vida sino fuera por la pesada de su madre que insiste en que encuentre marido y se ha empeñado en hacer de Celestina. Un desfile que le absorbe más horas de las que tiene; un atractivo hombre que aparece en la tienda en el momento más (in)oportuno, y quien la hará cometer más de una locura. Sin olvidar todos esos mensajes que recibe y que la hacen suspirar deseando más.

*Una confusión y todo su mundo se tambalea entre encaje veneciano y estrellas en los ojos.*

*¿Te puedes enamorar de alguien a través de sus palabras?*

# Prólogo

23 de diciembre

Hasta que no oí el clic que hizo la puerta al cerrarse, mi corazón no dejó de latir descontrolado. Y aún tardó en calmarse. No me moví de la cama, me quedé inmóvil saboreando aún la adrenalina. No es que yo sea la reina de las aventuras, pero había experimentado alguna vez aquel subidón; claro que nunca había llegado a ese nivel, ni rozarlo. Aquello..., aquello era completamente desconocido para mí.

Me di un minuto. O quizá quince. Da igual. Lo que acababa de ocurrir en aquella habitación de hotel valía cada segundo perdido. Cuando me levanté la sensación fue que, más que andar, levitaba.

¡Bendita droga es el sexo!

Al descorrer las cortinas, el día se coló en la estancia y la luz de un sol de media tarde casi me deja ciega, intenté aplacarlo haciendo un escudo con la mano. Fogonazos como flashes en la alfombra roja de una premier me colapsaron la mente.

El ‘hola’ que me susurró pegado a mi oreja.

La vibración de su voz profunda. Mi gemido.

Mis dedos trémulos sobre su camisa, notando el fuerte latido en la palma.

El rastro de fuego de sus manos ascendiendo por mis muslos.

Respirar su aliento.

Sus labios sobre los míos. La calidez de su boca. Enredarme en su lengua.

Aquel calor abrasador.

—Dios de mi vida ¿qué he hecho? —Solté una sonora carcajada que retumbó en la silenciosa habitación.

Y yo, que desde pequeña temía a la oscuridad porque una vez me quedé encerrada en un armario —mejor no preguntes por qué me metí, o sí, para coger el chocolate que mi

madre escondía— a partir de ese día tomaba otro matiz, uno que espantaba por fin la fobia para instalar en ella el erotismo. La oscuridad sería la más luminosa pasión.

# 24 de diciembre (I)

*Ahhh...* pocos placeres se asemejan al de estar tumbada en tu sofá un domingo por la tarde de lluvia y frío. Y más si tu gato se acurruca bajo la manta contigo y su melifluido ronroneo te calma más que esos cedés de música relajante en los que oyes el caer de la lluvia —a mí personalmente me dan pis— acompañados de una melodía con *hangs*.

Puede que sea demasiado pronto para confesar algo de esta magnitud, pero la verdad es que soy así, y si pretendo contarte mi vida eso incluye tanto lo bueno como lo malo... y lo vergonzoso. Ahí va: soy una friki de las pelis de Navidad. Me encantan, no me canso de verlas ni en verano. Entre mis favoritas están *¡Qué bello es vivir!* de Capra, *Pesadilla antes de Navidad* de Burton o *Love Actually*, así de excéntricos son mis gustos. Y ese era mi plan para esa tarde, empaparme del espíritu navideño que me vendían esas pelis americanas que llevaban más de un mes monopolizando la parrilla de todas las cadenas — y que me hacía tan feliz— mientras acariciaba el pelaje gris de London. O ese era el plan inicial porque la verdad es que no estaba prestando atención a la televisión. Me había pasado la noche en vela, mirando el techo de mi habitación y aunque me había desplazado hasta el comedor, la posición seguía siendo horizontal y mi mente no había dejado de reproducir una y otra vez lo ocurrido el día anterior. Era incapaz de recordar sin sonreír como una boba y mi cuerpo aún no se había recuperado. Mi piel seguía sensible, aguardando anhelante volver a sentir sus caricias. Mi teléfono, que en los últimos meses se había convertido casi en otra extremidad de la que no me despegaba más de unos centímetros y en casos extremos —entiéndase la distancia entre mi brazo y la cortina de la ducha—, descansaba sobre mi estómago esperando una señal para vibrar —él teléfono y yo—. Pero lo único que en aquel momento sonó fue el timbre.

London fue el primero en llegar a la puerta, como un fiel escudero se plantó frente a ella. No sé si la delataba el olor, pero sabía que si se ponía allí no era para defenderme, que va, era porque el muy mamón sabía que quien venía era Mencía, mi mejor amiga y por algún motivo, el cual desconozco, MI gato estaba enamorado de ella. Lo volví a comprobar cuando al abrir la puerta se tiró a sus pies, literalmente, ronroneando y haciéndole todo tipo de saltos y piruetas consiguiendo lo que quería, que lo cogiera en brazos y le hiciera arrumacos. No me sorprendió que bajara con el pijama de franela con

unicornios dibujados ni las botas de lana fucsia que yo misma le había regalado dos noches atrás cuando hicimos nuestra propia cena familiar de Navidad, junto a Aloia. Llevaba la melena rubia, larga y ondulada, recogida con un amplio pañuelo de tonos verdosos.

—Traidor —gruñí; cuando yo llegaba a casa a veces ni venía a saludarme.

—Tu *mamuchi* está celosa —cantó Mencía sin dejar de hacerle carantoñas.

Vivíamos en el mismo edificio, yo en el tercero, ella en el ático. No solo la envidiaba porque mi gato la quería más a ella, también lo hacía por vivir en el mejor piso, el cual tenía una terraza con unas vistas que cortaban el hipo. Pero en el fondo la quería, sobre todo cuando vi que venía con una bandeja.

—¿Me has traído la merienda?

—Es una receta nueva, quiero que la pruebes. Es para el encargo que me han hecho para la fiesta de fin de año.

Cogí a London de sus brazos y lo dejé en el suelo.

—Anda, deja que tu princesa entre en casa, como mínimo. —Me giré hacia ella—. ¿Un café?

—No, mejor tráela.

Abrí los ojos como platos frente a aquella petición.

—¿La botella? —Asintió. Se refería a la crema de orujo, nombrarla era sinónimo de que tenía algo que contarme—. ¿Qué ha pasado?

—Tú solo tráela —contestó enigmática yendo hacia el sofá y desalojando la mesita que tenía delante. La tablet donde había estado repasando algún diseño, las gafas y revistas del sector.

Cuando me senté a su lado, cortó un trozo de tarta que tenía una pinta increíble y me ofreció un plato, instándome a probarla. ¿Sabéis ese cosquilleo que notas en la punta de los pies con un buen orgasmo?, pues los postres de Mencía eran así. Te hacían levitar de gusto.

—Dios, es... está increíble.

—¿De qué es?

—Yo que sé. —Pero como sabía que iba a seguir con aquel juego, cerré los ojos e

intenté buscar los sabores—. Sabes que esto se me da fatal.

—Es un postre típico. Simplemente lo he transformado. —Mordí otro trozo, pero aunque sí me sonaba, no sabía decir a qué. La paciencia no es el fuerte de Mencía, así que al final viendo que me estaba zampando todo el trozo de tarta y seguía sin decir nada, me chivó la respuesta—. Es mi versión del arroz con leche.

—Oh... sí! —Entonces sí que encontré el típico sabor. Hasta el punto de canela—. Nena, está de muerte.

—Tengo que acabar de pulir la receta, pero es sin gluten y sin lactosa porque la lleva leche de arroz. Creo que va a funcionar.

Mencía tiene treinta y dos años, seis más que yo, y aunque somos del mismo pueblo la diferencia de edad hizo que no tuviéramos contacto hasta hace poco más de un año cuando volvió. Se había criado entre harina en la panadería de sus padres y su pasión por la repostería le venía en las venas. A los dieciocho se fue para estudiar fuera, quería ser repostera y aprender de los mejores. Su sueño era vivir en una gran ciudad, sobre todo en una que fuera soleada y escogió Barcelona. Pero parecía que los astros tenían otros planes para ella, de repente se vio con una pastelería que no funcionaba como esperaba —que la había dejado en números sangrientos, como ella bromeaba con resquemor—, un novio que le ponía los cuernos con la vecina del cuarto —casada y con mellizos— y que a su madre le dio una embolia. Todo ello provocó que hiciera las maletas y volviera a casa, catorce años después, para cuidar de su madre y ayudar a su padre en la panadería. Sus progenitores no son muy dados a los cambios y se niegan a que el negocio familiar se convierta en otro fracaso como lo fue su proyecto tan soñado, así que por las mañanas atendía el despacho de pan y por las tardes preparaba postres para eventos, además desde el verano anterior había conseguido que algunas cafeterías modernas de la zona le hicieran encargos e incluyeran en sus cartas sus productos. Desde entonces parecía más feliz con su vida.

—¿A qué viene lo de la botella? —dije, señalándola.

Ladeó la cabeza y miró hacia el pino de Navidad con las luces encendidas que tenía al lado del ventanal. Lo había sacado todo del trastero a finales de noviembre, con lo que a mí me gustan estas fiestas, llegaría el día en que el ansia me haría montarlo para Todos los Santos.

—He sido incapaz de deshacer el nudo en el que se han convertido las luces, pero funcionan, así que las he dejado en un rincón, como una bola de luz que queda monísima,

por lo que ayer tuve que ir a buscar otras —se calló como si pensara en cómo seguir, y después volvió la mirada hacia mí—. ¿Y tú, qué hiciste?

La pregunta me pilló totalmente desprevenida, me puse nerviosa y tardé lo que me pareció una eternidad en contestar:

—Nada. Vine, comí y me eché un rato.

Los sábados solía abrir la tienda solo por las mañanas y reservaba las tardes para pruebas de vestuario en horas convenientes. Prefería poder centrarme en la novia y no estar pendiente de la puerta.

—Mentirosa —me reprochó cruzándose de brazos.

—¿Cómo?

—Te vi. —Aunque puse mi mejor cara de “pero qué dices” nos conocíamos tan bien que fue un “mierda, me has pillao”—. Fui a Ferrol a buscar alguna cucada para adornar la repostería, luego fui hasta el nuevo chino que han abierto en la nacional y te vi salir del hotel.

«Se pilla antes mentiroso que un cojo».

«La mentira tiene las patas muy cortas».

«¡Deja los refranes y responde!».

—Sí, era yo —contesté, con la boca seca.

—De eso no tenía ninguna duda. Lo que no sé es qué hacías saliendo a media tarde de un hotel de carretera (por muchas cuatro estrellas que tenga) y que me lo niegues de primeras.

Refunfuñé haciendo morritos, había llegado el momento de contarlo y no estaba preparada; y eso que había tenido seis meses para hacerme a la idea, pero si no había encontrado el momento idóneo en todas esas semanas era porque no estaba cómoda, no sabía ni por dónde empezar. Al final solté:

—Hacerle caso a mi madre, conocer a alguien.

Maldita sea, solo con recordarlo me había puesto cachonda.

—*Ohh...* —Su cara pasó de poli malo en un interrogatorio a la payasa Doña sonrisas—. ¿Y cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti? ¿De dónde es? ¿A qué dedica el tiempo libre?

Lo entornó al ritmo de la vieja canción de Perales. Dios, estaba tan loca que era imposible no quererla.

—No lo sé. —Me corté un poco más de tarta y le di un buen mordisco.

«Ya me gustaría a mí tener todas esas respuestas».

—No lo entiendo —dijo, robándome un pellizco de pastel.

—Ni yo —contesté con la boca llena.

Aquello no era gula, era histerismo.

—No me digas que el cabrón no se presentó. —Se llevó la mano en el pecho, era teatrera como la que más—. ¡Qué hijo del mal!

Mencía era así, señora hipótesis. No dejaba hablar, su boca se volvía una ametralladora lanzando posibilidades.

—Si me dejas te lo cuento. —Me pincé el puente de la nariz.

—¿Entonces fue? Lo viste y era más feo que un percebe.

Soltó una carcajada a la que me uní.

—Cállate —le pedí alzando la mano delante de sus morros—. Vas tan mal encaminada que nos sale una cana antes de que lo adivines.

—Pues habla —bramó, cabreada por no haber acertado.

Me di unos segundos, cogí a London que estaba sentado a mis pies lamiéndose una pata y lo senté en mi regazo.

—Hace un tiempo que me escribo con alguien, lo conocí en la web de citas.

Mi confesión la pilló tan de sopetón, que la mandíbula se le desencajó. Cuando se recompuso nos sirvió la crema de orujo y brindamos antes de darle un buen trago. A las dos nos vino bien aquella pequeña pausa, a ella para asimilarlo, a mí para priorizar mis pensamientos que ya se dispersaban al recordar el hotel.

—*Bruxa*, y ¿por qué no me lo has *contao* antes?

—Porque no quería que nadie metiera las narices y me hiciera preguntas que no sabría ni cómo contestar.

Mi respuesta no la convenció mucho, pero no insistió y siguió con el interrogatorio:

—¿Y entonces que pasó en el hotel?

—Llevamos desde mayo y últimamente algunas conversaciones son de manual de línea erótica. Me moría por conocerlo, pero tenía miedo a perder esto que tenemos. Es bonito y me hace sentir bien.

—Se te ha puesto cara de niña enamorada.

—Puede. Ese cosquilleo en el estómago es igual. Hacía tiempo que no hablaba con un hombre tan cómodamente. —En mi mente apareció la última vez que había sentido algo así, pero de un manotazo mental me espabilé, me había prometido no volver a perder el tiempo pensando en *él*—. Teníamos ganas de conocernos, ganas de dar un paso, de más “carne”. Y no sé cómo se nos ocurrió vernos en una habitación de hotel a oscuras.

—Espera, ¿me estás diciendo que te has acostado con un tío que no sabes ni cómo es?

«Madre mía...» al decirlo en voz alta me di cuenta de la locura que significaba, pero por encima de lo racional reinaba las sensaciones y cómo me sentía cuando estaba con él.

Escondí la cara en el lomo de London y le di besitos sonoros antes de contestar:

—Exactamente —admití alzando el rostro, sonriendo sin intentar ocultar los calores que me habían entrado de sopetón.

—Joder —soltó, dejándose ir hacia atrás.

—Mucho, y el mejor de mi vida.

Noté como mi cuerpo volvía a vibrar al recordar lo vivido y mi entrepierna se contraía anhelante.

—Suenas al juego del cuarto oscuro.

Me reí.

—Lo es, pero sin saber quién entra, y mucho más adulto. —Por raro que parezca, la dejé sin palabras, así que aproveché para seguir hablando—. Es una locura, pero me gusta, me gusta mucho.

—Estoy alucinando. Vaya año llevas... con esto te coronas, fijo.

# PASADO

## 5 de abril (15h)

Casi mejor que recapitule hasta donde creo que debería empezar esta historia. Acababa de cumplir los veintiséis, un número banal, y del cual no esperaba gran cosa. Soy de las que cree que hay años que tienen más pompa, los dieciséis (edad para empezar a tener novio, según las leyes de mis padres), los dieciocho (independencia), los veinte (disfrutar a lo loco), veinticinco (coger el timón y empezar a marcar el rumbo), treinta (asentar la cabeza)... como fitas que marcas y de las que esperas grandes cosas, cambios importantes. Por eso, para mí, ese año tenía que ser de transición.

¿Habéis pensado alguna vez cuál es vuestro primer recuerdo?

Yo sí, aunque no sabría decirte qué edad tendría, pero sé dónde fue y qué hacía: en la tienda de vestidos de novia de mi tía Rori, jugando a vestir a mis muñecas con trozos de retales. Y con el paso del tiempo esos retales fueron cogiendo más forma y adornos como botones o lazos... haciendo que mis Barbies presumieran de tener un ropero que ya querría para sí *la Carrie*. Luego llegaron los cuadernos donde dibujaba todo tipo de vestidos, mezclando telas, colores... disfrutaba tanto que sabía a qué quería dedicar mi vida: a diseñar el vestido perfecto para un día tan especial como es una boda.

Aurora, Rori para todo el mundo, es la hermana mayor de mi madre, se llevan casi diez años, y creo que lo único que tienen en común son los padres. Mientras Maruxiña, mi madre, ha sido mariscadora y ha pasado toda la vida a la intemperie, con “mi techo es el cielo” como suele repetir, mi tía era la reservada. La que aprendió a coser un botón antes que a caminar, o eso decía mi abuela. Se enamoró muy joven de un marinero, de los de “a cada puerto tengo una mujer” o dos, en este caso. Mientras él seguía en alta mar, ella soñaba con el día de su boda y formar una familia; se escribían cartas, larguísimas por parte de mi tía, más escuetas por parte de él, pero con un poema siempre para despedirse. En aquella época, hablo de la era de antes de internet, si había alguien en un pueblo que tuviera el “poder”, obviando al cura, era el cartero. Este se llamaba Moisés y llevaba desde que le empezó a salir bigotillo enamorado de Aurorita. Una tarde de otoño la siguió hasta el final del puerto y se armó de coraje para confesarle dos cosas:

1. Que su querido Antón también se carteaba con Merceditas, la hija de la

carnicera. Para demostrárselo le entregó dos cartas, una para cada una.

2. Él le ofrecía un hombro en el que llorar y una mano a la que aferrarse para cuando estuviera dispuesta a reírse y a todo con él.

Puede que te preguntes para qué te he soltado todo este rollo, debo confesarte que soy una romántica y no pierdo la oportunidad para contar una historia como la suya porque se casaron tres meses más tarde y aunque no pudieron tener hijos sé que han sido una pareja realmente feliz.

Volviendo a mi tía y a esta tienda, os confesaré que ella tenía un don. Las futuras novias acudían a ella porque sabían que, si alguien podía encontrarles su Vestido, era ella. Y sí, así en mayúscula porque si algo solía repetir Rori es que cada mujer tiene su vestido. Llamó a la tienda *La cuarta hoja del trébol* porque creía que el traje era la pieza fundamental para que la boda saliera bien. El matrimonio, en cambio, dependía de la pareja. A pesar de estar situada en un pueblo costero como es Cederia, al norte de Ferrol, las prometidas acudían a ella desde todos los puntos de Galicia. Era una *influencer* de la época en lo referente a vestidos de novia.

Y allí estaba yo ahora, con veintiséis años, en la misma tienda, aunque de mi tía solo quedaban los recuerdos y su esencia impregnada en las paredes como un fantasma, de los buenos, que me acompañaba en esta aventura. Hacía un año que se había jubilado —aunque desde que cumplí los dieciocho cada vez pasaba menos tiempo por aquí— y desde entonces dedica sus días a su huerto y a su querida vaca *Sushi*. Y el nombre no le pega por nada, ni por ser pequeñita, ni es cuqui porque la rubia roza los mil kilos.

—¿Que haces? —preguntó mi madre cuando descolgué.

A diferencia de Mencía, yo no había soñado jamás con marcharme del pueblo. Y como os decía antes, los veinticinco no solo me habían traído un negocio, sino también la oportunidad de participar en un concurso de jóvenes promesas del diseño de Galicia y había ganado. Yo, que no había hecho ningún curso ni tenía titulación universitaria; yo que había aprendido el oficio viendo a mi tía trabajar, pasando horas con sus costureras y oyendo las charlas que tenía Rori con su amigo Jacinto —un sastre de Santiago que veraneaba en el pueblo—, mi diseño había sido seleccionado de entre más de cincuenta proyectos. A parte del subidón que me dio haber ganado —y el dinero que lo invertí en modernizar un poco la tienda— me habían hecho algunas entrevistas y mi nombre figuraba en algunos artículos de prensa del sector. Esa publicidad había hecho que una de

las actrices que salía en una de las series de la cadena autonómica y seleccionada —y premiada— para el premio a mejor actriz revelación en los Premios Maestre Mateo, que se celebró en Santiago el pasado mes de marzo, contactara conmigo para que le diseñara el vestido. Eso sí había sido una gran publicidad y desde entonces había tenido tres peticiones para diseños. Me sentía realmente satisfecha.

—¿Por qué? —pregunté despistada.

—Deja de hacerte la gallega.

—Soy gallega. —Sabía que eso la exasperaba, y a veces dan ganas de chingar un poco, aunque cuando la oí gemir exasperada, contesté—. Me estoy tomando un café y revisando unos diseños.

—Pues deja todo y escucha.

—Miedo me das.

—Abre el correo, te he mandado algo.

Moví el cursor hasta el icono del sello y abrí, pero allí no había nada.

—¿Seguro que lo has *mandao*? —Al cabo de unos segundos la bandeja de entrada se refrescó y llegó—. Ahora sí, pero está vacío.

—¿Cómo que vacío?

—Tienes que darle...

—Ya sé lo que tengo que hacer —me interrumpió, había ido a clases de informática y desde entonces se creía una especie de Bill Gates—, es este chisme que a veces pasa de mí. Espera. —Di otro sorbo al café y lo apuré. Me dio tiempo de ir hasta la mini cocina que tenía y lavar la taza. —Ya está. Ahora seguro que sí.

Me senté y vi el mensaje. Adjunto había un formulario, con una foto mía de hacía por lo menos cinco años.

—¿Qué es esto? —pregunté con la boca pequeña, temiendo la respuesta.

—Tu carta de presentación.

—Hasta ahí llego. ¿Para qué?

—Te he inscrito en una web de citas.

—No.

Oí como chasqueó la lengua y soltó una risa muy de *viejabrujametomentodo*.

—Sí.

—Mamááááááá —grité y creo que hasta el Apóstol se asustó.

—Aún no he hecho nada, como te respeto primero te lo digo. —Creo que esperaba que le contestara algo, pero yo estaba en ese momento de contar hasta diez antes de hablar, y aprovechó aquel silencio para intentar justificarse—. *Xouviña*, tú estás tan ocupada y a mí me sobra el tiempo así que he decidido ayudarte. Además, ¿quién mejor que yo que te he parido para encontrarte marido, oh? Ya me darás las gracias.

En casa siempre me han llamado *xouviña*, sardinilla en gallego, pero que me llamara por aquel mote cariñoso no me ablandó en absoluto.

—Lo dudo. ¿Se puede desheredar a los padres?

—No me seas *tola*.

«Y encima me llama loca».

—Además, seamos sinceras, lo tuyo es diseñar, pero en cuanto a lo que hombres se refiere, eres pésima. Has ido de mal en peor. Y mira que con algunos ya es complicado. Aun me recuerdo de...

—¿No vas a ponerte a hacer un repaso, oh?

—No podría, olvidaría la mitad.

Y es verdad. Ni yo. A veces da un poco de grima que tu madre sepa tanto de tu vida privada y todo porque tiene un don para sonsacarme información y encima vivo en uno de esos pueblos pequeños en el que todo se sabe.

—No sé ni porqué sigo escuchándote.

—Porque tienes que saber que tu cita a ciegas de esta noche va a pasarse por la tienda a las siete.

—¿Que, qué? —Pegué tal rebote al escucharla que el lápiz se me escurrió de las manos—. Mierda.

—Te dije que solo me escucharas, ¿es muy grave?

Sabe que no sé solo prestar atención al teléfono y que siempre aprovecho para hacer otras cosas.

—No, por suerte no eran las tijeras. ¿Qué has dicho?

—No me hagas repetirlo dos veces que sabes que lo odio, además, me has comprendido perfectamente.

—Lo siento, pero sabes que esta es la época de más trabajo y encima tengo el desfile, estoy muy ocupada, va a ser imposible. ¡Si hasta he comido aquí! —intenté justificarme, aunque lo de comer en la tienda era algo que hacía a menudo—. No tengo tiempo para nada más.

—Por eso mismo le he dicho que se pase por allí. Así ya habláis y quedáis con algo.

Me la estaba jugando, delante de la gente, sobre todo si son desconocidos, me ablando fácilmente.

—Mamá... —gruñí.

—No me seas mojigata —me interrumpió—. Se llama Igor, como la ópera.

Me eché a reír, lo dijo como si ese dato fuera de lo más relevante y trascendente, como si llevar el nombre de una ópera rusa fuera un sello de garantía en lo referente a hombres. Lo curioso es que conocía el tema central porque de pequeña en las clases de música lo habíamos trabajado y me encantaba.

—¿Es ruso?

—¡Que va, *galleguiño* de pura cepa! —Sí, lo dijo como si se tratara de un pura sangre, otro sello de garantía como el “*Galicia Calidade*”—. Es el hijo de una amiga con la que voy a clase de yoga. Habla maravillas de él.

—Es una madre hablando de su hijo, ¿qué esperabas?

—Yo a ti no te deajo por las nubes, eres como eres y aun así te quiero.

Preferí no seguir por esa vía.

—Mamiii —puse mi voz más melosa—, lo que haces es genial y te lo agradezco muchísimo, pero no quiero conocer a nadie por internet.

—Este aún no es por la web. Es del típico de boca en boca.

No serviría de nada negarme, patalear ni amenazarla con no volver a dirigirle la palabra, lo sé porque ya lo había intentado en otras ocasiones y no había funcionado. Cuando se le metía algo en la cabeza, en este caso era hacer de casamentera, no habría quien la sacara de ahí.

¿Cómo iba a reprocharle ser tan terca si yo en eso era un calco a ella? Por eso

teníamos tantos encontronazos, una tauro y una capricornio... duelo de molleras.

—No puedo creer que me hagas esto —solté resignada.

—Lo siento cariño pero tengo que colgar, empieza la reunión. Ya me contarás mañana cómo ha ido.

Y no me dio tiempo de responder porque ya me había colgado. Miré la hora, las tres y media, la reunión no era hasta las cuatro. Me había mentido, aunque sabía que era en vano intenté llamarla, como esperaba salió el contestador.

Volví a leer la carta de presentación, la muy loca la había empezado con un: “Mujer blanca busca:”. Después de soltar una carcajada que se convirtió en el grito parecido al de una hiena histérica, me puse en pie y me di un paseo por la tienda. Aquello no podía estar pasando de verdad. Y no solo eso, dudaba de verdad de que aún no hubiera subido mi perfil en ninguna web, porque era raro que ella pidiera permiso para hacer algo; y segundo, en unas horas Igor, como la ópera, estaría en la tienda y no tenía ni idea de cómo era. Solo tenía una cosa clara, su madre era igual de lianta que la mía.

## 5 de abril (17h)

Como os conté antes, el dinero que gané con el concurso lo invertí en reformar y modernizar la tienda. Ahora tenía más luz y era más sobria. La parte de la tienda se componía de los dos escaparates, uno a cada lado de la puerta, un mostrador de cristal estrecho donde había un ramo de flores, un tarjetero y poco más. En la pared de atrás de este, había colgado un trébol de cuatro hojas que me había hecho por encargo un escultor, las hojas eran de un dorado oxidado con la silueta iluminada, menos una de ellas que era en blanco y con luz. Me encantaba. El resto de paredes eran blancas, igual que el pequeño sofá, que es donde me sentaba con las clientas y me contaban cómo deseaban que fuera su vestido, frente a él había una mesa baja con revistas del sector y otro ramo de flores. El techo era hecho de pladur agujereado de donde salían miles de luces led imitando a un cielo. La parte de atrás se componía de tres estancias, mi despacho y zona de costura, el probador con una zona de sofás frente a una peana rodeada de espejos y al fondo estaba el almacén y el baño.

Sira llegó puntual a las cinco de la tarde acompañada por su madre, una tía y dos amigas, que serían también las damas de honor. Era la primera reunión que haría con Sira, eran de esos novios que se habían prometido con un año de antelación y como ella decía, tenía tiempo, pero el vestido era su prioridad.

Se presentó con una caja de fresas recién cogidas, su fragancia pronto inundó la estancia. Por mi parte saqué todo el arsenal que solía tener para esas ocasiones, les ofrecí café, champán, zumo, unas galletas de almendras y muffins de arándanos que Mencía había horneado esa misma mañana para mí. Me gustaba tener un buen surtido, había comprobado que después de tomarse una copa y comer algo dulce se relajaba el ambiente y algunas veces, algunas mejor que otras, conseguía que disfrutaran con la prueba del vestido y no fuera un auténtico drama.

Sira era una chica del pueblo, de la edad de Mencía; era profesora de P3 y lo que me había transmitido el día que vino para pedir hora lo confirmé aquella tarde. Era divertida, dulce y tenía las cosas muy claras. Normalmente es un buen comienzo, pero en ella no fue el caso. Sabía cómo quería que fuera su vestido —a decir verdad, tenía toda la boda

organizada, al menos sobre el papel—, sabía de lo que hablaba y le gustaría, pero fue un fiasco, quería vestido con cuello corazón y con su busto no le era nada favorecedor. Vi la decepción en su rostro, como su madre y sus amigas intentaron animarla. Costó, es lo que pasa cuando te haces una idea tan nítida sobre algo y luego no funciona. Me fui con ella al probador, le pedí que me contara qué esperaba del día de la boda, quería hacerme una idea de sus gustos para acercarme lo máximo posible, tardé dos vestidos en encontrar el perfecto. Lo supe en cuanto salió del probador, Sira en cuanto vio a su madre, emocionada y como sus amigas se pusieron de pie y se acercaron a ella aplaudiendo. Había encontrado su traje. Si algo me gustaba de mi trabajo era ver la expresión de la novia al mirarse en el espejo y sentirse esa princesa en la que todas hemos soñado alguna vez. Ese momento que hacía olvidar todos los otros, la búsqueda infinita, los cabreos, las malas caras, odiarte por tu cuerpo al no sentirte como deseas, hasta que llega el vestido. Como repetía mi tía, un vestido perfecto hacía que todo saliera rodado.

Mientras le sugería algunos cambios para conseguir el efecto práctico y natural que ella quería, me habló del novio, Roberto. Me contó que trabajaba en un banco en Ferrol, que era divorciado y tenía un niño de cinco años. Sira hablaba de él con una sonrisa sempiterna en los labios, sus amigas se reían con las anécdotas que contaba, pero algo llamó mi atención, tanto la madre como la tía se miraban de reojo y suspiraban. En un momento dado, cuando terminé de poner una tiara muy sobria a su hija, su madre alzó la vista hacia mí y nuestras miradas se encontraron, en ella vi desconcierto y miedo, Lucía, no creía en esa boda y sufría por su hija. No era la primera vez, mi tía tenía hasta un sexto sentido para estas cosas, pero yo no, y lo único que fui capaz fue ofrecerle una cálida sonrisa y desear que en el fondo se equivocara. Estaba segura que Lucía también, al fin y al cabo, una madre solo quiere lo mejor para su hija. Esas palabras me hicieron pensar de nuevo en mi madre y en la carta de presentación.

Cuando se fueron, en lugar de ponerme a recoger, me fui directa hacia mi mesa para apuntar los cambios; y como solía pasarme el tiempo se me fue volando. La campanilla de la puerta sonó y salí para ver quién había entrado.

Lo había olvidado.

Estaba tan concentrada en la novia y después en el vestido que no había vuelto a acordarme de Igor.

## 5 de abril (19h)

«Es guapo».

Ese fue mi primer pensamiento tras el primer repaso. A decir verdad, estaba tremendo. Parecía algo perdido allí parado sin atreverse ni siquiera a acercarse. Vestía con una camisa negra y pantalones de vestir gris. Demasiado arreglado para mi gusto, pero le sentaba bien. Era alto, intuía que de mi edad. Tenía el pelo lacio, algo largo y de color castaño oscuro que lucía en ese peinado tan a la moda de llevarlo hacia arriba y más corto en los laterales y nuca. Y sus ojos... madre de Dios... eran de un azul espectacular, como el que tomaba el mar de la bahía después de días de viento. Vale, el tal Igor estaba jodidamente bueno. Si al final aun tendría que darle las gracias a mi madre y todo. Solo con pensar en esa escena solté una carcajada, él al oírme, me miró y sonrió.

Me acerqué a él dejando el lápiz sobre el mostrador y me quité las gafas de luz azul que me había recomendado el oftalmólogo para la vista cansada.

Di una vuelta a su alrededor mientras él seguía sin despegar los ojos de mí. Por detrás también prometía con una espalda ancha, cintura estrecha y un culito respingón. Mi cita a ciegas me ponía mucho y eso que aún no había abierto la boca.

—¿Poeta o chacal? —solté sin pensar qué estaba haciendo ni diciendo.

—¿Perdón? —Se dio la vuelta, su rostro mostraba una expresión de confusión que me hizo gracia.

—¿Cómo te definirías, poeta o chacal?

Era una pregunta que había leído en algún lado u oído en alguna peli, no me acuerdo, solo sé que se me quedó grabada esperando el día para poder utilizarla. Y ese momento había llegado.

Se pasó la mano por la nuca de lado a lado y frunció el ceño.

—¿Humano? —dijo dubitativo. Parecía desconcertado. Las arruguitas que se le formaban alrededor de los ojos añadían un plus a su atractivo.

Me gustó su respuesta. Ni una cosa ni otra, humano de los que se equivocan. De los

que aprenden. De los que un día eres un santo y otros el mismísimo diablo.

Olía bien, un perfume masculino y muy fresco me llegó al dar un paso más hacia él. Hacía su función, sus feromonas despertaron mis instintos. Aunque mi madre insistiera en emparejarme yo estaba muy bien sola. No tenía ganas de salir por ahí con un completo desconocido y perder el tiempo en cenar. Era guapo sí, pero necesitaba algo más para aceptar la oferta. Y sin pensarlo mucho me puse de puntillas y me salté unas cuantas casillas. Fue algún tipo de juego raro que me inventé en aquel mismo instante, algo así como un “de beso a beso y me lo tiro porque lo deseo”.

Me dieron mi primer beso a los doce años, en la *Festa del percebe* que se celebra en el pueblo desde principios de este siglo. Él se llamaba Edgar y era de Valladolid. Lo conocí una tarde en la playa, y los quince días que pasó en el pueblo de vacaciones los pasamos juntos, entiéndase jugando en la arena, haciendo carreras a nado y compartiendo un bocadillo de chocolate o un helado. El día que se fue quedamos en una de las pasarelas que hay para ir a la playa de la Magdalena; allí entre los arbustos intercambiamos nuestras direcciones y nos dimos un beso casto y lleno de vergüenza al que recuerdo con mucha ternura. Desde entonces he besado unas cuantas bocas, con sabor a urgencia, otras a ilusión o a despedida. Y más de las que me gustaría reconocer porque ni las recuerdo.

Lo besé.

Entreabrió la boca de la sorpresa y su aliento me resultó cálido igual que sus labios mullidos. En los míos noté un hormigueo cuando los rozó con la lengua. Igor me estaba devolviendo el beso y ¡de qué manera! Nuestros cuerpos ni se tocaban, solo eran dos bocas unidas, conociéndose lentamente. Solté un gemido gutural de puro placer, y cuando fui a por más él se apartó de golpe dejándome de puntillas y con la boca en forma de piñón.

«Virgen santísima...».

—Yo —intenté hablar, pero las palabras seguían retenidas en la garganta porque mi boca aún no se había recuperado de la suya.

Carraspeó y miró hacia la puerta un segundo antes de volver hacia mí, sus ojos azules me contemplaron con tanta intensidad que un estremecimiento me recorrió entera.

—Esto...

La campanilla sonó de nuevo y apareció Jana. La odié por ser tan inoportuna e interrumpirnos. No la esperaba hasta el día siguiente. Era la chica mona del pueblo. Hija

de una de las más adineradas familias de la zona. A sus treinta y dos años, se había convertido en toda una *influencer* de Instagram. Pocos días después de que mi nombre saliera en la televisión como “la que había vestido a la galardonada actriz”, Jana se pasó por la tienda con un proyecto. Quería montar un desfile en el pueblo, haciendo participar a las tiendas tanto de ropa, calzado, peluquerías... como una pasarela donde mostrar sus trabajos. Para los modelos buscaría voluntarios entre la población. La idea me gustó, y siendo ella tan conocida era una publicidad que nunca vendría mal. Todos salíamos ganando. Había conseguido que todo el pueblo se volcara en el proyecto.

Y más la odié cuando abrió la boca:

—Hola Iria, perdona el retraso, llevamos una tarde de locos. Ya conoces a mi novio.

«¿¿NOVVIOOOOOOOOOO?!».

—Yo... —me quedé en shock y no supe qué decir ni cómo continuar.

«¡Ay madre que me acabo de besar con el novio de una clienta!».

Él pareció reaccionar mejor que yo, y como si no hubiera ocurrido nada, tan solo treinta segundos antes, me tendió la mano.

—Aún no hemos tenido la oportunidad. Hola, soy Teo. —Sonrió para después sacar la punta de la lengua y pasarla brevemente sobre el labio inferior—. Un placer.

«Por todos los santos ¿acaba de lamerse el labio y decir placer?»

Será capullo, ¡pero si tiene novia!

Joder, pero me ha puesto muy verraca».

Seguía cual estatua, cuando vio que no hacía amago de estrecharle la mano, la bajó sin perder la compostura ni la sonrisa. Sentí que las mejillas me ardían, como aquella vez que con dieciséis años quisimos empalmar la noche y al final nos quedamos dormidas en la playa. Cuando nos despertamos, la piel que estaba al sol lucía un bronceado a lo centollo que nos jodió durante unos días. Desde entonces las siestas de resaca se hacían bajo la sombrilla.

«Por una vez que me lanzo...».

—Disculpad —dije recuperando la voz—, en la agenda te tengo apuntada para mañana, jueves.

—Oh... pues lo tienes mal. —Ya me había dado cuenta, en las pocas reuniones que habíamos tenido, que ella nunca se equivocaba—. Mañana me es imposible. Salgo ya para

Madrid para un *bolo* de última hora. Por eso no puedo ni quedarme hoy. Al final Víctor no puede venir, pero he convencido a Teo para que salga conmigo en el desfile, cerrará a mi lado. Es más bajo y menos cachas así que puede que tengas que entrarle el frac. He estado pensando y creo que me quedo con el vestido negro de transparencias para la pasarela “noche de fiesta”. Me voy, te mando un email con la nueva fecha para vernos y perfilamos lo de los dos vestidos míos. El tiempo se nos echa encima. *Chaiño*. —Le dio un pico a él y a mí me despidió con un saludo de mano.

Siempre iba igual, en plan mil revoluciones, cinco minutos con ella y me dejaba sin baterías.

—Lo siento. No me has dado tiempo ni de presentarme —dijo Teo excusándose y dando un paso hacia mí cuando nos volvimos a quedar solos.

—¿Me das un segundo? —le pedí en un susurro, dándole ya la espalda.

—Claro.

## 5 de abril (19:30h)

Me fui directamente a la trastienda, donde me pegué a la pared y me escurrí hasta que me quedé sentada en el suelo. El pulso me atronaba en los oídos, me llevé las manos a la cara, como si con esconderla fuera suficiente para desaparecer.

«Iria, ¿pero qué coño has hecho?!».

Me toqué los labios y a pesar de los nervios se me escapó una sonrisa sorda. Joder, qué primer beso, el mejor de mi vida.

¡Me había tirado a los brazos de un tío sin siquiera saber nada de él!

Dios, y ¿si hubiera sido realmente Igor? Con qué cara volvía a mirarlo, y qué le diría él a su madre por haberlo emparejado con una loca.

Porque sí, aquello había sido una locura sin pies ni cabeza. Claro, solo eran dos puñeteras bocas besándose como si se fuera a terminar el mundo.

Pero él no era Igor, no, era mucho peor, era el novio de la diva del pueblo.

«Joder, joder, joder...».

¿Y si hubiera sido el prometido de alguna de mis clientas? ¡La que se había podido liar! Pero él estaba allí de pie, callado y yo hice demasiado rápido mis conjeturas.

Lo que me desconcertaba más es que estoy segura de que él me devolvió el beso. Que sonreía cuando se presentó y que había querido provocarme cuando se lamió el labio y dijo “placer” en un claro recordatorio al beso.

¿Cómo podía haberme excitado tanto un solo beso? No había la química del “piel con piel”, de sus manos agarrándose a mis muslos o de mis uñas clavándose en su espalda... pero por Dios... Boqueé y hasta que noté la falta de aire no volví a la realidad. Ladeé la cabeza para ver la hora, eran las siete y media y por allí no había aparecido nadie más.

Encima Igor me daban plantón.

Me levanté para buscar mi móvil, al cogerlo vi que tenía un mensaje de mi madre:

«No esperes a Igor.  
Ha tenido una urgencia y no puede ir.  
Hablamos después».

Yo fui más directa y le mandé un audio:

—TE ODIIOOOOO —grité entre dientes.

—¿Todo bien? —Oír la voz de Teo tan cercana, para ser exactos al otro lado de la pared, hizo que diera un respingo y soltara un jadeo.

—Eh... si... ahora salgo.

Lancé el teléfono de nuevo sobre la mesa y me estiré el vestido más que para quitar alguna arruga o pelusilla para darme un segundo más.

Un minuto después —sí, lo conté— salí y me lo encontré apoyado en el mostrador con las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos. Cuando mis ojos subieron hasta su cara me regaló una sonrisa... Que digo, era la reina de las sonrisas.

«Deberían señalizarla como una curva donde precipitarse y perder la chaveta».

Yo la había perdido nada más conocerlo.

Carraspeé y aparté la vista con la esperanza de que no se diera cuenta de la reacción que ejercía su cuerpo sobre el mío.

—Lo siento de verdad. No estoy loca, lo prometo —dije alzando la mano como un juramento— Tengo una explicación.

—¿A quién odias? —preguntó, ignorando mis palabras. No me extrañó que oyera el mensaje, no había estado muy discreta, que digamos.

—A mi madre. La causante de que haya asaltado tu boca de esa manera.

—Eh... no sé si darle las gracias o pedirte que me lo cuentes.

«Eh... esto... ¿ha dicho darle las gracias?

¿Significa lo que imagino o estoy en plan shock post-beso?

Espabila Iria, demuestra que eres una mujer capaz de asumir sus actos».

—Se ha empeñado en hacer de casamentera —seguí con mi explicación como si no

me hubiera afectado sus palabras— y me prepara una cita a ciegas con el hijo de una de sus amigas de la clase de yoga; y como sabe que delante de la gente me amoldo más, lo ha mandado aquí para vernos y concretar la cita. Tenía que venir a las siete y en cuanto te he visto... bueno ya sabes.

—Pero no ha venido, y yo he llegado en el momento justo en el lugar perfecto.

Sonreí, estaba nerviosa por todo lo ocurrido, nunca he sabido cómo lidiar con la vergüenza, pero había algo en él que hacía que fuera fácil hablar después de lo ocurrido.

—Tenía un mensaje de ella diciendo que le ha surgido algo y que le es imposible venir.

Teo seguía apoyado en el mostrador y yo estaba bajo el marco que separaba la tienda de la parte trasera. No quería acercarme mucho, temía mis actos involuntarios.

—¡La mía es igual o peor! —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza, divertido. Aquella sonrisa, natural y algo tierna me volvió a golpear en las entrañas.

—Lástima que no admitan devoluciones.

—Lo hacen con la mejor intención —hizo una pausa antes de seguir—, o eso dicen.

—Esa siempre es su excusa y el problema es que siempre cuele. Venga que nos liamos. —Soltó una carcajada y yo tardé tres milisegundos en entender que “liarse” no era el mejor verbo en ese momento—. Digo que pases y ahora te doy el frac.

Le señalé el camino hacia el probador y yo me acerqué a la puerta principal para cerrarla con llave.

Mientras él estaba allí dentro, desnudándose —entiendo que no hace falta que lo diga porque ya se entiende, pero es pensar que solo nos separaba una tupida cortina plateada, aún hoy me hace hervir la sangre— me puse a recoger todo el jaleo que tenía por allí de la visita de Sira. Estaba metiendo una de las tiaras en la caja cuando corrió la cortina, y ¡Dios! sino fuera porque ya lo había hecho una vez, volvería a correr para tirarme a sus labios.

—Perdona... pero, ¿podrías ayudarme con los botones? —Asentí, incapaz de articular una palabra; las babas que había derramado mentalmente al ver su torso entre las bambalinas de la camisa blanca me habían dejado el paladar reseco. Me acerqué y empecé por abajo, noté como se tensaba cuando rocé con los nudillos la piel tersa de su vientre,

tragué saliva—. Son tan pequeños y con estos dedos morcillones.

«Dedos morcillones... mente no te disperses...».

Solté una risita y de reojo busqué su mano para contemplar a los susodichos, reconozco que me parecieron los perfectos compañeros para llevarme al paraíso.

—¿De qué te ríes? —susurró y su voz sonó más gutural.

—De que suelo desvestir a los hombres —solté buscando una alternativa, sin desviarme mucho.

—¿A menudo?

—Cotilla —bromeé dándole un empujón con el codo.

Era incapaz de apartar los ojos de su pecho porque:

1: Me tenía como hipnotizada con su cercanía.

2: No estaba segura de ser capaz de alzar la cabeza y encontrarme con aquellos ojos azules.

3: Yo era de las que los hombres depilados no le gustaban nada, pero el pecho lampiño de Teo, tan cerca de mis dedos me estaba provocando alteraciones, como frecuencia cardiaca elevada, espasmos uterinos y mis braguitas se habían convertido en un higrómetro el cual iba mostrando como el nivel de humedad iba en ascenso.

—Disculpa, no quería ofenderte.

—No lo has hecho. —Mi voz denotó que el calor que desprendía su cuerpo me estaba provocando palpitaciones dos palmos más abajo del corazón.

Alcé la cabeza y me encontré con su mirada expectante, parecía a punto de decir algo, pero al final apretó los dientes como si hubiera cambiado de opinión. Me pregunté qué narices debería estar pensando y qué fue lo al final se calló.

—Listo —dije al cabo de unos minutos al ver que él no iba a hablar. Le coloqué bien la pajarita y le arreglé las solapas de la chaqueta antes de dar un par de pasos hacia atrás para poder observarlo. Estaba impresionante—. Es verdad que te queda algo grande, pero lo solucionaremos. Ponte los zapatos, así tomo mejor la medida.

Se alejó con la cabeza gacha, y yo fui a por el brazaletes con las agujas, el metro y la tablet.

—Este no soy yo, en absoluto —se quejó mirándose al espejo, cuando nos volvimos

a encontrar en el mismo punto—. ¿Qué hago disfrazado de pingüino?

El frac era de tres piezas con los pantalones gris antracita, la chaqueta y chaleco en negros combinados con una camisa blanca.

—¿Un favor a tu novia?

«Eso, recuerda que semejante espécimen ya tiene dueña».

—Joder, aun no sé cómo me ha convencido.

—Pues imagina en el desfile con toda la gente pendiente de ti... —reí.

—No ayudas —gruñó entre dientes.

Empecé por los hombros y el largo de la chaqueta.

—¿Cómo imaginas tu boda? —Vi que lo había pillado completamente desprevenido, como si le preguntara si hay vida en Marte—. Disculpa, es la costumbre. Cuando las veo nerviosas, suelo hacerle esa pregunta para distraerlas un poco.

—No sabría decirte —pareció meditarlo detenidamente—, ¿no es algo más de tías?

—¿Los tíos no pensáis en ese día?

—No es algo con lo que soñemos, al menos yo. No creo en la boda, si acaso en el matrimonio. En ese “para siempre” aunque no se pase por el altar. —Se quedó callado un instante y yo me quedé embobada viendo como parpadeaba con esas pestañas largas y espesas que rodeaban aquel azul tan intenso; nunca había visto, de tan cerca, unos ojos tan impresionantes—. Pensándolo un poco, lo único que tengo claro es lo que no quiero.

—Ya es algo —dije, recuperando el control—. Y a ella, ¿cómo te la imaginas vestida?

—Ehmmm... bonita. Que brille, pero por la felicidad que sienta no por el vestido.

—Eh, que me quitas el trabajo —me quejé, entre risas.

—No creo, a vosotras os encanta.

—Los cuentos tienen la culpa de que todas deseemos ser princesas por un día. Con mucho tul y encaje.

—Y mil botones —bromeó haciendo un sexy movimiento de cejas combinado con una sonrisa.

—Claro, para los impacientes. En el fondo nos gusta martirizaros —confesé en un

susurro, parada frente a él.

Nuestras miradas volvieron a encontrarse, aunque duró solo unos instantes.

—En el fondo nos gusta que nos lo pongáis difícil —musitó bajando un poco la cabeza para estar a la altura de la mía.

—Aunque te recomiendo que vayas ensayando... suelen ser hasta más pequeños — señalé la camisa.

—Te aseguro que se me da mejor desabrochar... aunque podrías ponerle una cremallera.

Sacudí la cabeza para reorganizar mis prioridades porque, quedarme embobada imaginándome siendo empotrada contra el espejo con las piernas desnudas enroscadas a su cintura, mis manos arrancándole la camisa para poder lamer su torso y sus dedos clavados en mis glúteos acompañando el movimiento en parábola de su cadera... por muy tentadora que fuera no era una prioridad. Me agaché para meterle el dobladillo y al alzarme para estirar la tela sin querer le rocé la entrepierna con la cabeza.

—Lo siento...

Me aparté de golpe, pero de reojo vi cómo mi roce había provocado que una erección tomara forma bajo los pantalones.

—Y yo... —jadeó con voz ronca—. Joder, hueles de maravilla —susurró más para sí, aunque estaba tan cerca que lo oí.

Sino fuera porque noté como se tensaba, hubiera hecho algún comentario, pero lo dejé pasar. Aquello era tan raro que no sabía ni cómo comportarme. Un ruido cercano, casi sonando a truenos resonó muy cerca. Su carcajada me dijo que había sido dentro de la tienda, y más concretamente en su estómago.

—Disculpa, es que estoy muerto de hambre. Hemos comido a las doce un “*brunch*” de esos y yo soy de los de cinco comidas diarias.

—¿Champán, bollería excepcional, hasta una caja de fresas acabadas de coger? —Vi en su cara que no entendía lo que estaba diciendo—. Esta tarde he tenido una prueba de vestuario y siempre tengo algo de comer para bajar los nervios. ¿Te apetece?

—Suena bien.

## 5 de abril (20h)

Terminé lo más rápido que supe de tomar las medidas y aunque no volvimos a hablar, la tensión cada vez era más palpable, no solo en el aire, cuando me alcé, en sus pantalones aún se podía distinguir una contención más que reveladora y apetecible. Por mi parte no estaba mucho mejor, no tenía nada a media asta bajo el vestido, pero empezaba a notarme algo más resbaladiza.

Tengo que confesar dos cosas:

1. Que me quedé allí plantada más tiempo del permitido —y menos del que me hubiera gustado— mirando hacia la cortina y deseando tener rayos x para poder ver como se desnudaba. En el tercer espasmo —que me provocó hasta un repelús de placer— me regañé y aparté la vista. A regañadientes.
2. Que me esmeré en el picoteo. Desalojé todos los trastos que había sobre la mesa auxiliar (sí, soy bastante desastrosa en lo que se refiere al orden) y la puse frente al sofá biplaza que tenía en la trastienda; y en el que más de una noche me había quedado dormida.

Estuve a punto de poner hasta velas, luego me dije que aquello no era una cita, aunque tampoco sabía ni tenía idea de cómo catalogarlo. Había terminado de tomarle las medidas y había quedado más que patente que ni yo quería que se fuera y, para mi satisfacción, ni él parecía tener ganas de irse. Mi cabeza empezó a dar vueltas sobre lo qué significaba todo aquello, en lo qué podía ocurrir, pero rápidamente aparté todos aquellos pensamientos, si había un momento para actuar sin pensar era entonces, ya llegaría el día siguiente para las evaluaciones, los reproches o arrepentimientos. Estaba sacando una botella de champán de la nevera cuando el timbre sonó. Miré la hora sorprendida porque hubiera alguien en la puerta a esas horas, pasaban algunos minutos de las ocho.

Al salir a la tienda vi que era un transportista, ¡por fin había llegado! Corrí hacia la puerta y la abrí.

—Hola, disculpe la hora, pero he tenido una tarde horrible por estas carreteras infernales. Tengo cinco cajas para usted.

—¿Cinco? —pregunté extrañada.

—Es lo que dice el albarán. No me dirá que ahora no las quiere, ¿no?

No me gustó su tono, pero entendía que si había tenido un mal día, su humor fuera tan hosco.

—Las quiero —dije abriendo la puerta de par en par.

Asintió y me dio la espalda, en la forma de andar se le notaban las prisas por terminar la jornada e irse para casa.

Siempre me han fascinado los trajes de novia antiguos, pero desde que tengo un nuevo proyecto en mente me paso todo el tiempo libre en páginas de segunda mano pendiente de si pillo alguna reliquia; fue así como me llegó un aviso de que en un almacén de unas viejas galerías se habían encontrado unas cajas con vestidos de novia. El fin de semana anterior había ido con Mencía hasta Santiago de Compostela para verlos, y comprarlos. En principio había pagado por tres cajas, por eso me sorprendió de primeras que hubiera más.

Ese fin de semana, a decir verdad, del sábado por la tarde hasta el domingo al mediodía, había sido apoteósico, no solo por mi adquisición, la cena y juerga que nos montamos después... sino porque Mencía triunfó. Aunque, ahora que los pienso, creo que debería pedirle permiso antes de contaros más.

Estaba firmando el recibo cuando Teo salió terminándose de abrochar el último botón de la camisa, el transportista alzó la cabeza igual que yo al oír sus pasos y le regaló una sonrisa cómplice. No señor, no estábamos teniendo sexo guarro en los probadores, por mucho que la idea cada vez me resultara más atrayente, y sobre todo porque se estaba convirtiendo en una necesidad.

El transportista se marchó y no pude esperar hasta el día siguiente para abrirlas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Teo haciendo una mueca divertida.

Fui hasta el mostrador y saqué el cúter del cajón.

—Espera unos segundos y lo verás —contesté enigmática.

Lo sé, sabía que parecía una niña la mañana de Reyes, pero soy así. Me cuesta muy poco mostrar mis emociones y si algo me hace feliz, como lo era ese caso, reía, aplaudía y daba pequeños saltitos mientras con el cúter rajaba el precinto.

—¿Son vestidos? —preguntó ayudándome a abrir las solapas, las cajas medían

como dos metros de alto por uno y medio de ancho y los trajes venían colgados en sus perchas.

—Sí. Son de una tienda de Santiago que cerró hace años y ahora los han encontrado en uno de los almacenes de las galerías donde estaba ubicada.

En total había quince vestidos. De algunos solo me gustaba la tela, de otros la pedrería, estaba deseando ponerme a trabajar con ellos. Uno por uno los fui examinando y colgando en los percheros metálicos con ruedas que solía utilizar para llevar los trajes de la tienda al probador o al almacén.

—¿Son para vender, no están algo anticuados?

Me gustó cómo me miraba, con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—Los compré pensando en modernizarlos. Espera, deja que cierre aquí y te lo cuento o mejor, dicho, te lo enseño.

Me echó una mano para llevar todas las cajas a los contenedores, bajé la persiana, apagué las luces principales, dejando solo el neón del trébol encendido y después me ayudó a llevar los percheros hasta la trastienda.

—Siéntete en tu casa —dije señalando la mesa donde había dejado nuestro improvisado banquete mientras yo me acercaba al ordenador, abría el navegador y buscaba el link para oír la radio—. Espero que no te moleste, es que mi madre hace un programa de radio de ocho a once de la noche. La gente llama y pide canciones, te aviso de que todas son de la década de los cincuenta, sesenta... Y Maruxiña, es tan Maruxiña que se cabrea si no la escucho y mañana se pasará por aquí para saber si me gustó y me hará preguntas trampa.

—Menuda pieza parece tu madre.

—No lo sabes tú bien. —Los Brincos y su tema *Mejor* empezó a sonar—. ¿Te molesta?

—No —negó sonriendo—, me trae recuerdos de mi padre.

—¿Tu padre?

Abrió la botella y sirvió el champán. Me gustó que se mostrara natural y decidido en sus actos.

—Sí. Se llama Luis y es de los que se pasa el día cantando. Mi madre y mis hermanas han intentado más de una vez que vaya a la tele a un programa de esos. Pero se

niega, y lo entiendo. —Su risa, con un deje de ternura al hablar de su familia, llenó la estancia y a mí de algo bonito que aún no sabía cómo nombrar.

Volvió sobre sus pasos para tenderme una copa. No brindamos por nada, al menos no lo vocalizamos, chocamos las copas y nuestras miradas.

Mi mesa de trabajo es un caos, organizado, pero un caos igualmente. Me gusta tener mucho espacio para poder tener a mano cualquier cosa. Es por eso que medía dos metros por uno de ancho y a veces se me quedaba pequeña. A parte del iMac, solía haber muestras de telas, catálogos, diseños sobre papel, centenares de lápices de colores y diferentes minas... y entre ellos la presentación que había hecho mi madre para la web y que en un impulso había impreso sin saber muy bien porqué y que me arrepentí cuando vi que Teo fue en lo único que se fijó. Le había dicho que se sintiera en su casa y se lo tomó al pie de la letra. Cogió el papel y apoyándose con la cadera en la mesa se puso a leer mientras con la otra mano aguantaba la copa. Se la llevó a los labios, dio un pequeño sorbo y empezó a leerla en voz alta y yo quise morirme de vergüenza a allí mismo, desintegrarme o acallarlo a besos. Mira por donde, la tercera era la más sencilla, la menos *heavy*, la que más me apetecía y la que por mi desgracia veía menos posible.

Mujer blanca busca:

26 años, natural de Cedeira, gallega 100%.

Buenos genes que la hacen alta y con buenas curvas. Larga cabellera morena, ojos verdes, piel de porcelana.

Gran talento para el diseño y la costura. Nunca irás con un botón suelto ni el bajo *deshilachao*.

Enseñada para ser una buena ama de casa, eso no quiere decir una chacha, las tareas se tienen que compartir, como la cama.

Amante de los pequeños placeres de la vida. Le encanta el mar y las tardes de lluvia.

(Estaba por poner tu afición por las pelis de Navidad, pero creo que los espantaría).

**Busco:**

Hombre a quien le gusten las mujeres, ABSTENERSE PICAFLORES. Que quiera vivir tranquilamente en un pueblo costero. Inteligente, amable, cariñoso y que le gusten los gatos.

Capaz de lidiar con una suegra algo metomentodo.

El físico no importa mucho, pero si solo tu madre te dice que eres el más guapo, puedes abstenerte en contestar.

Esa era mi madre, la que preparaba mi carta de presentación y no perdía la oportunidad de lanzarse flores a ella misma.

—Ostras —soltó, al acabar. Lo dijo tan serio que por un momento pensé que era una buena presentación; que yo de eso entendía poco y que en cambio mi madre había dado en el clavo.

Hasta que oí un ruidito, algo raro, alcé la vista creyendo que provenía de él, y tanto que lo hacía. Vi como su boca cada vez se abría más y sus ojos, al contrario, se ceñían hasta esconder bajo los parpados aquel azul, fue como a cámara lenta y luego el ruido. Como se partía, literalmente, de risa.

«Cabrón... Pero qué guapo está cuando se ríe, pese que se esté burlando de mí».

—¡Tampoco hace tanta gracia! —exclamé poniendo los brazos en jarras.

—¿Pero lo ha publicado?

—No.

—¿Estás segura? —Alzó las cejas y torció la boca hacia un lado.

Y dudé. Claro que dudé, la conocía y sabía que era capaz de todo.

—Me dijo que no.

—Yo de ti la vigilaba de cerca. Muy cerca.

—Voy a decirle a mi padre que no le quite el ojo de encima. Trae —le pedí acercándome e intentando coger el papel, pero él alzó el brazo, impidiéndomelo.

Su camisa se subió y yo me olvidé del papel y del mundo para centrarme en la uve que se dibujaba en su cintura y que se le antojó a mi lengua. Y a mis labios, Y a mis dedos... Una señal enorme y fluorescente apareció en mi mente. Un “STOP” que me hizo cerrar los ojos y darle la espalda. Necesitaba serenarme y recuperar la respiración.

—Deberías colgarlo.

—¿En una web? —Solté, girándome de golpe—. ¿Ya te ha subido el champán? Deberías comer algo.

—Digo en un cuadro. Es arte —se carcajeó y en sus ojos se marcaron más las arruguitas, tuve que apretar las manos como puños para no acariciarlas.

Alguien había dedicado *El mundo* y el estribillo sonaba a través de los altavoces.

*Gira el mundo gira,  
en el espacio infinito,  
con amores que comienzan...*

No sé cómo recuperé el control:

—Anda, deja de vacilarme, ahora verás lo que es arte de verdad.

Cogí la tablet para enseñarle la foto del último vestido que había tuneado, por así decirlo, y después me acerqué al maniquí donde estaba colgado; solo hacía dos noches que lo había terminado y todavía no le había buscado un sitio en el escaparate. Teo se aproximó quedándose solo a un paso, sentir su presencia detrás de mí hizo que se me erizaran los pelos de la nuca.

Al inicio era un vestido con la parte superior de organza y cintura estrecha, con mangas bishop de tul, y la falda de encaje veneciano, con un poco de cola; ahora era de tirantes, tenía escote en pico y cuello corola y la falda era más corta y tenía una apertura delantera hasta el medio muslo y rematada en puntilla del encaje.

—Suelen ser de telas muy buenas, con bordados hechos a mano que son una obra de arte en sí mismos, me encanta darles una forma más moderna, pero manteniendo ese toque vintage.

—Es una pasada. Son muy buenos. —Se puso a mi lado, codo con codo, mirando los diseños que había creado en la pantalla de la tablet.

—Gracias.

—Lo digo de verdad. ¿Y son todos nuevos?

—Este no —señalé al del maniquí—. He trabajado con dos más y todos eran de segunda mano. Es divertido imaginar toda una boda a partir de un viejo vestido, los detalles que llevaba la novia, el peinado... y, mientras lo diseño me gusta pensar en cómo será cuando esté terminado y su segunda oportunidad de acompañar a una novia en el día más feliz de su vida. Perdona, es que empiezo hablar y me emociono —me disculpé sabiendo que a veces puedo volverme un pelmazo. Mis padres me lo han dicho en repetidas ocasiones y Mencía otras tantas.

—No pasa nada, me resulta muy interesante.

—¿Te interesa el mundo de los trajes de novia?

—No más que la diseñadora. ¿Nos sentamos?

Su declaración hizo que tardara un segundo más de lo normal en contestarle con un asentamiento de cabeza. Dejé la tablet en la mesa y nos sentamos en el sofá, al tiempo que Teo me pedía que siguiera contándole más. Así fue como le hablé de los planes de querer enfocar la tienda hacia esos vestidos de doble vida. Poco a poco ir trabajando en ellos y tener una gran variedad. Buscar vestidos de los años setenta, con ese estilo más minimalista-hippie que no marcaban mucho la silueta, sin cola y confeccionados en tejidos frescos y ligeros como la gasa, el encaje o crochet en tonos hueso o beige y que ahora estaban tan de moda. O aprovechar los de los años ochenta y de un vestido sacar dos porque eran muy exagerados en todo, como fue el vestido de Lady Di... Hasta me estaba planteando preparar una colección con los que habían llegado aquella misma tarde y presentarme en otro concurso para ser uno de los diseñadores “futura promesa” que asistan a la *Barcelona Bridal Fashion Week*, la principal feria de vestidos de novia del mundo.

—Suenas importante.

Vio que teníamos las copas casi vacías y las volvió a llenar.

—Lo es. Es mi sueño.

Alzó su copa y la hizo chocar con la mía:

—Que así sea.

No supe qué contestar así que volví a brindar sin apartar los ojos de los suyos que me miraban... sé que lo que voy a decir va a parecer cursi y a algunos pocos les sonara a chino, pero la verdad es que me miró como sueñas que te mire el amor de tu vida. Con admiración, con deseo. Contuve el aire, él lo soltó antes de llevarse la copa a los labios y terminársela de un golpe. Lo imité, el frío y las burbujas no ayudaron en nada. Estábamos los dos sentados de lado, algo girados hacia el otro, pero sin rozarnos, su cercanía provocaba que sintiera el corazón en la garganta.

—Y tú, ¿has imaginado tu boda? ¿Tienes el vestido ya diseñado? —inquirió, volviendo a las preguntas.

—Por raro que parezca nunca he diseñado un vestido pensando que yo era la novia. Como has dicho antes, creo que lo único realmente importante de ese día tiene que ser la felicidad. Creo que esa es la metáfora de los cuentos, aunque pase casi desapercibida por toda la pompa, como suele ocurrir en la realidad —hice una pausa, cogí un muffin de los que Mencía me había traído solo para mí (eran de membrillo y queso tetilla) y le di un

bocado—. Aunque lo de los pájaros cantando, no es discutible.

—Por descontado. No hay final feliz sin pájaros cantando.

Solté una carcajada y él aprovechó el momento para robarme un bocado de la madalena. Aquella confianza me resultó demasiado agradable. Iba a protestar, pero cuando lo vi cerrar los ojos y ronronear como un gato se me olvidó todo.

—Joder, está de muerte. Podría pasarme la vida comiendo solo esto.

«Y yo viéndote disfrutar de ello.

Iria te estás metiendo en un grave problema».

Lo sabía, pero no hice nada para detenerlo.

## 5 de abril (22h)

Consumimos las horas a una velocidad de vértigo, comiendo y charlando, conociéndonos un poco más. Me gustaba como me miraba, con ese toque de curiosidad, atención; supongo que de la misma forma que lo hacía yo. Bueno, como hacemos todos delante de alguien que nos gusta y te quedas boba escuchándolo, mientras una parte de tu interior está imaginando cómo debe ser cogerle de la mano, besarlo. O verlo despertar a tu lado. Tengo que confesar que no recuerdo muy bien todo lo que hablamos, mi cerebro no creyó importante almacenarlo, supongo que estaba saturada colgándome como una niñaata de él. Al principio eran cosas superficiales y que poco a poco fueron tomando un cariz más personal. Las anécdotas de nuestra infancia nos arrancaron más de una carcajada. Y mientras sonaba canciones como *El gato que está triste y azul*, o los míticos Camilo y Nino, supe que Teo era de Ortigueira, que tenía veintinueve años y tenía dos hermanas mayores. Era licenciado en bioquímica y acababa de terminar un máster en investigación de enfermedades hepáticas. Había estudiado en Barcelona y ahora había vuelto para terminar la tesis mientras buscaba trabajo. Que su pasión por la investigación la compartía con su hermana mayor, Amanda, que actualmente estaba trabajando en San Diego y la echaba mucho de menos; que los dos adoraban la película *Los últimos días del edén*. Entre las favoritas de él estaban pelis de ciencia ficción como *Abyss* o *Avatar*. Que compartíamos el gusto por la música británica, entre sus favoritos estaban Oasis o Muse. Que su helado favorito era la Comtessa, por muy viejuno y ochentero que sonara, que le encantaba relamer la nata y dejar el crujiente de chocolate para el final. Era un apasionado del mar y le encantaba nadar. Que el año anterior había participado en Desafío Cíes, que consistía en travesar los diez kilómetros que separan la isla con Vigo.

Había algo raro en el ambiente, y no era él —por mucho que me chocara verlo en un sofá que aparte de mi familia, Mencía o Aloia nadie más que yo se había sentado—, había algo más. Tardé unos instantes en darme cuenta de lo que era, no me sorprendía verlo allí, era la naturalidad y lo cómoda que me sentía con alguien a quien apenas conocía.

—¿Qué es lo que más te gusta de tu trabajo? —Así siguió su interrogatorio, después de que sirviera el poco champán que quedaba en la botella. Me felicité mentalmente por haber rellenado la nevera aquella misma semana.

—Te diré lo que contestó mi tía hace unos años cuando le preguntaron lo mismo — empecé diciendo mientras iba hasta la nevera a por otra botella—. A veces estás en la tienda y ves a las niñas pasar frente al escaparate y como se quedan embobadas mirando los vestidos. Lo emocionante que es ver a esas mismas niñas años más tarde entrar en busca de su vestido y ver el mismo brillo en sus ojos.

Le hablé de mi niñez, de las horas que pasé en la tienda viendo a mi tía trabajar y cómo desde siempre supe qué quería hacer. Le hablé de mis padres, de mi madre que había sido mariscadora y de los problemas que habían tenido al principio, porque gente del pueblo se puso en contra de prohibir la recogida de marisco sino se tenía el carnet porque decían que la playa era de todos. Del programa de radio que nació hace años donde la gente pagaba veinticinco pesetas para que le pusieran una canción y poder dedicarla a alguien. Que el dinero que se recaudaba iba directo para la cofradía de mariscadoras. De mi padre, zapatero de toda la vida, una persona callada y discreta (todo lo contrario que mi madre), más amante de la tierra que del mar.

Coincidimos en algunas cosas como que no había manjar mejor en el mundo que el marisco y que la playa nos gustaba más fuera de temporada, cuando no estaba masificada de gente. Le hablé de London y de que siempre había tenido mascotas con nombre de ciudad.

—¿Así que una friki de la Navidad? —Entrecerré los ojos sin saber cómo sabía aquello, con la cabeza señaló mi mesa y fue entonces cuando me acordé de que mi madre lo había citado en la presentación.

—Me gusta —sonreí encogiéndome de hombros—. ¿Y tú, eres friki de algo que no te importe si es invierno o agosto?

—El cocido de mi abuela —soltó sin dudarlo y nos echamos a reír—. Ahora en serio, ¿cómo consigues parecer una niña de cinco años cuando se citan esas fiestas? —Me señaló dibujando un círculo cerca de mi rostro—. ¿Por qué? ¿Cómo no se te ha contaminado con la parte comercial, la ironía y la falsedad que se vive en esas comidas interminables?

—No sé, me hace sentir bien. Ese el principio de que algo te guste, ¿no?

Me miró con tanta intensidad que se me olvidó hasta de respirar.

—El principio de todo lo bueno.

Cogió una fresa y le dio un mordisco, una gota empezó a resbalarle por el labio

inferior, sacó la punta de la lengua y la lamió despacio, ausente, a saber en qué estaría estar pensando. Yo sé dónde estaban los míos, no pude apartar la vista de su boca, de desear lamer esa gota, esos labios... las ganas de besarlos se hicieron tan grandes que fue insoportable, ahogué un gemido que me provocó un repelús de placer al tener que contenerme y me puse de pie:

—Discúlpame, tengo que ir al baño —balbuceé algo nerviosa.

—Ya sabes el camino —bromeó, haciendo un gesto con el brazo cediéndome el paso.

Creo que a los dos nos vino bien hacer una pausa. Nada más cerrar la puerta tras de mí resoplé expulsando todo el aire de golpe para después intentar controlar la respiración con inhalaciones lentas mientras me sentaba en el wáter. Cuando terminé, me lavé las manos y frente al espejo me eché un vistazo. Llevaba un vestido sencillito color berenjena, de cuello redondo y manga murciélago, medias negras y unos stiletto turquesa, color de moda esa temporada. Me gusta la moda y vestir bien de cara al público, sobre todo los días que tenía pruebas de vestido. Llevaba la melena suelta —morena con mechas californianas— y me había maquillado un poco los ojos y poco más. Me pregunté qué habría visto en mí alguien como Teo para querer quedarse conmigo aquella noche. Eran las diez y media y ninguno parecía tener ganas de irse a casa y terminar la velada. Desconocía cuánto hacía que era novio de Jana y cómo sería su relación para que a él le apeteciera quedarse allí conmigo. Demasiadas preguntas incómodas, bueno, lo que resultaría incómodo serían las respuestas; por eso preferí seguir escondiéndome y no afrontar la verdad, aquella que nos esperaba fuera de la tienda. No quise emplear ni un solo segundo en tratar de procesar lo que estaba ocurriendo. Era perder un valioso tiempo, uno que no tenía porque aquello, fuera lo que fuera, tenía fecha de caducidad. Ya tendría más que tiempo suficiente al día siguiente y los venideros para las respuestas y lamentaciones. Para que engañarnos. No sabía qué nombre ponerle, pero sí tenía claro que era algo como un iceberg, solo se veía la punta, pero había mucho más debajo. Si había podido con el Titanic, podría conmigo. Y con todo y eso, seguí. Segura. Convencida.

Cuando salí, Teo estaba de pie, había apagado la luz y dejado solo encendida la pequeña lámpara que tenía sobre la mesa dando un aire más íntimo, por los altavoces llegaba la voz de Maruxiña leyendo una dedicatoria para una tal “querida Rosario” por sus treinta y ocho años de casados, la canción era *Mis manos en tu cintura* de Adamo.

—Dios, mi madre adora esta canción —comentó al oír los primeros acordes.

—Marcaron toda una época, y lo curioso es que, lo admitamos o no, todos nos sabemos más o menos las letras.

Teo se acercó y por la forma en que me miró supe lo que venía después.

—Baila conmigo —dijo alargando las manos hacia mí. Y me gustó que no sonara a pregunta, todo él desprendía una seguridad que resultaba muy atractiva.

Sus brazos rodearon mi cintura y yo pasé los míos por su nuca.

*Por eso así yo te lo cuento  
y te lo canto a media voz...  
Y mis manos en tu cintura  
pero mírame con dulzor  
porque tendrás la aventura  
de ser tú mi mejor canción.*

Cerré los ojos y me dejé llevar por el vaivén de su cuerpo, acabé reposando la cabeza en su pecho y él bajó la suya susurrando la letra sobre mi pelo. Su olor traspasó la frontera. Aquella que solo cruzan los buenos recuerdos. Se refugian en un rincón, muy adentro y allí residen para siempre para acudir a ti cada vez que pienses en ello o haya algo externo que los active. Su olor se fue directamente ahí. Y aún permanece intacto.

Sería la mejor cita a ciegas de mi vida sino fuera porque aquello de cita no tenía nada; además el hecho de notar que estaba haciendo algo desleal le confería y daba un aire más íntimo. La adrenalina también se respiraba en el aire al estar viviendo algo que sabía que solo era mío. Un secreto que no podría compartir, sino era con él.

La voz de mi madre volvió después de unos anuncios, unos a los que ni prestamos atención porque seguíamos como si aún sonara el viejo estribillo.

—Hoy déjenme hacer una excepción y ser yo la que dedique una canción, en este caso es para mi hija que sé que me está escuchando y que está un poco enfada conmigo — los dos soltamos una carcajada al oírla—. *Quérote xouviña*, cuando seas madre me comprenderás.

—No juega limpio —dije cuando empezó a sonar (*Sittin' On*) *The dock of the bay* de Otis Redding—, es mi canción favorita.

Y esta vez fui yo la que susurré la letra con la cabeza escondida en su cuello, con nuestros cuerpos que habían encontrado como encajarse y nuestras manos ya acariciaban al otro sin ningún tipo de timidez.

—¿Puedo pedirte algo? —murmuró cuando se hizo el silencio, Teo puso un dedo bajo mi barbilla para alzarla, asentí perdida en su mirada azul.

«Desnúdate y baila para mí».

«Huyamos a las Vegas y que Elvis nos case».

«Sé la madre de mis quince hijos».

Pero no fue ninguna de esas:

—¿Te lo probarías para mí? —señaló con la cabeza el vestido del maniquí.

Su petición me pilló completamente desprevenida, tanto que tardé unos segundos en recomponerme y sonreír, fue lo único que fui capaz de responderle. Me deshice de su abrazo y cogí el vestido para ir al vestidor.

No era “pruébate el vestido”, en esa frase se escondían un puñado de ilusiones y miles de mariposas revoloteando alrededor. Y las cace todas. Porque que un hombre te pida que te pongas un vestido de novia para él es magia, pura magia. De la que estalla dentro de ti y salta por los aires. De la que hace que tu mente vuele para no volver. Porque pedir algo así era prender la mecha de los ojalás.

Aquello era una locura, sí pero también sabía que no dejarme llevar sería algo de lo que siempre me arrepentiría. No sabía que nos deparaba la noche y estaba ansiosa por descubrirlo. El vestido tenía un gran escote en forma de pico también en la espalda por lo que le había puesto una cremallera lateral, me reí por lo bajini por el comentario que había hecho él sobre los botones y las cremalleras. Me recogí el pelo en un moño alto y me miré en el espejo. No sé qué me sorprendió más, si la sonrisa con la que me observaba o como, por un momento, sentí que aquel era mi vestido no solo por lo bien que se pegaba a mi cuerpo y a mis curvas, es que me vi guapa. Y vi ese brillo en los ojos.

Cuando salí, Teo me esperaba en el pasillo central delante del gran espejo. Sus ojos se pasearon desde mis pies desnudos hasta mis ojos, y como había pasado en la presentación se pasó la punta de la lengua por el labio inferior. Su expresión me hizo sentir bonita y sexi.

—Y entonces, ¿es lo que esperabas? —pregunté algo cohibida, cuando empecé a pensar que a lo mejor aquel silencio significaba todo lo contrario.

—La verdad es que no sé lo que esperaba al pedírtelo —confesó pasándose la mano por la nuca—, pero joder... estás... perfecta.

Estaba acostumbrada a una vida tranquila, con las cosas planeadas desde hace años, pero aquella noche... no había nada bajo control; me movía fuera de mi zona de confort y la paradoja es que me sentía más yo que nunca. Era como estar en otra realidad. Aquel hombre me llevaba a otra dimensión completamente desconocida y no tenía ningún miedo. Al contrario, le tenía una confianza ciega que era perturbadora.

De pequeños siempre creemos que nuestros padres tienen poderes, son capaces de anticipar nuestros movimientos, saber cuando mentimos... y aquella noche lo volví a pensar cuando oí la voz de mi madre a través de los altavoces, como si supiera que era el momento perfecto para poner una canción sensual que recordaría toda mi vida.

Y una sonrisa se formó en mis labios porque de alguna forma había conseguido que aquella noche tuviera una cita especial y ella estaba haciendo de casamentera en forma de *dj*.

—Y como ya sabéis —dijo solemne, como siempre le ocurría al terminar el programa— deo las peticiones especiales para la última canción, en este caso es un tango que dedica Moisés a su amada Manuela. *Tango to Evora* de Loreena McKennitt. Os recuerdo el correo electrónico donde podéis opinar y enviar vuestras peticiones, estoy deseando saber qué os parece este tema, a mí me fascina esta mujer y la mezcla que hace en esta canción, fusionando el tango con la música celta, es una delicia.

Un arpa empezó a sonar y esta vez fui yo quien le tendió la mano para bailar. No es que supiera mucho de bailes de salón y él al parecer tampoco, pero era lo de menos, solo era una excusa para abrazarlo, una excusa para cerrar los ojos y soñar. Una excusa para tener un recuerdo con banda sonora incluida, una que sabía que siempre que escuchara aquellas canciones, volvería a esta noche.

—Y tú ¿Cómo te sientes así vestida? —preguntó guiándome hacia la tienda donde había más espacio.

—Como la reina del baile bailando con el hombre más sexy de la pista.

—Ser el más sexy de la pista es fácil cuando estamos solos tú y yo, pero te prometo que soy el hombre más afortunado del planeta por poder estar ahora y aquí contigo.

Dimos vueltas, reímos en silencio, y sentí que puede haber muchas formas de hacer el amor con alguien, con una mirada o un baile sensual en la penumbra de un local situado en una de las plazas más céntricas del pueblo. Me hizo reclinar sobre su brazo, y cuando me incorporé, me encontré muy cerca de sus labios.

—Perdona por lo de antes, ya sabes... el beso —dije escondiendo la nariz en su cuello buscando su fragancia.

—Es la primera vez que una chica se me tira a los brazos a los dos minutos de conocerla y sin saber ni siquiera su nombre. —El sonido de su risa tembló en mi estómago. Y algo más abajo, también.

—Para mí también, y te aseguro que será la última.

—Y yo que pensaba que era tu forma de saludar a todas tus citas —bromeó y el tintineo de su risa tan cerca de la oreja me hizo estremecer—. Me gusta ser la excepción.

—A mí me ha gustado besarte —confesé y por fin fui capaz de alzar la cabeza y afrontarlo.

—Y a mí —se detuvo de forma brusca, parecía a punto de decir algo más, pero al final apretó los dientes como si hubiera cambiado de opinión. Fui a moverme, pero me detuvo acunando mi cara con las dos manos—. Estrellas en los ojos.

—¿Perdón? —No sabía si lo había entendido bien.

Cerró los ojos y soltó el aire por la nariz, despacio.

—Lo he dicho en voz alta ¿verdad? —Asentí—. No es nada.

Pero aquel silencio y su forma de mirarme decían que era más bien el “todo” de algo que un “nada”.

—¿Me lo contarás algún día?

—Puede. —Y esa respuesta era un reto. Lo sabía y la sonrisa tremendamente sexi que me dedicó me dijo que él también lo sabía.

Con los pulgares me acariciaba las mejillas, la respiración se me aceleró y mis latidos se volvieron escandalosos cuando vi que se inclinaba. Su aliento me cosquilleó los labios.

—No me gusta pensar que me has besado pensando que era otro —murmuró justo sobre mi boca—, quiero volver a besarte sabiendo que soy yo.

Y llegó el beso, esta vez conmigo vestida de novia. Empezó de forma suave, delicada, como si fuera nuestro primer beso y nos estuviéramos tanteando, conociendo, pero nuestros cuerpos se revelaron, pidiendo más piel, más contacto. Su lengua invadió mi boca buscando a su compañera para retozar juntas y robarnos el aliento. Pensé en medio de aquella neblina que si alguna vez me casaba quería que el beso de después del primer baile fuera como aquel, cargado de pasión sin importar nada de lo que nos rodeara. Curvé la espalda cuando sentí las caricias de sus manos recorrerla de arriba abajo, Teo jadeó al notar como mi cuerpo lo estaba reclamando con un baile de caderas como si fuera un ritual de apareamiento. Aquello era la guinda de la locura.

Di un paso atrás y él tardó unos segundos en abrir los ojos.

—¿Cuánto más vas a seguir torturándome? —pedí en un susurro apoyando la cabeza sobre mis manos que descansaban en su pecho jugueteando con los botones.

—¿Lo estás pasando mal? —preguntó clavándome de forma deliciosa los pulgares en mis caderas.

—No, pero no tan bien como me gustaría —contesté con voz ronca intentando recuperar el control.

Alcé la cabeza y él apoyó su frente sobre la mía.

—No va a pasar ¿verdad? —Negué y dejé caer las manos. El hechizo se había desvanecido.

Solo me quedaba una neurona de sensatez y se impuso sobre las otras. Tocaba poner fin y zanzar aquello, fuera lo que fuera. Despertar del sueño vivido en carne y hueso, recuperar el control. Si es que estaba a tiempo. Que lo dudaba.

—Creo que ya lo hemos complicado suficiente. No sé qué tipo de relación tienes con Jana, pero no me gustaría estar en su lugar.

No sé por qué tenía que ser yo quien se preocupara por su novia.

Me apartó un mechón de pelo y lo colocó detrás de la oreja, aprovechando el movimiento para acariciarme el cuello. Encogí los hombros para sentir mejor el roce sabiendo que sería la última vez.

—Me crees si te digo yo nunca había hecho esto antes...

Claro que quise creerlo, siempre queremos ser el caso único y especial, pero ya tenía una edad para dudar de algunas certezas.

—Lo que tengo claro es que yo no soy de las de poner cuernos, ni ser la otra —lo interrumpí.

—Se me ha escapado de las manos. Yo nunca actúo así.

Dejó de acariciarme y dio un paso atrás. Y sentí frío. Y soledad. Me arrepentí en el acto como unas diez veces, y otras tantas me dije que era lo mejor.

—¿Así?

—Espontáneo. Sin pensar. Normalmente soy más cerrado. Pero hoy, contigo... ha sido natural desde el primer instante.

Sí, lo había sido. Demasiado, tanto que desconcertaba.

Me di la vuelta y lo acompañé hasta la puerta trasera. Había tomado una decisión, pero no sabía si sería capaz de mantenerla por mucho más tiempo si Teo seguía mirándome de aquella manera.

—¿Tienes dónde ir?

Sonrió ante mi pregunta, sí sonó algo maternal, pero qué le vamos a hacer. Tampoco quería dejarlo tirado.

—Sí tranquila, tengo el coche en el parquin al lado de la playa. Gracias ha sido una noche... —Yo tampoco sabía qué adjetivo añadirle, había sido fantástica y llena de magia. Pero supongo que de nuevo nuestras miradas supieron cómo comunicarse y lo hicieron mucho mejor de lo que unas cuantas palabras lo hubieran hecho.

—Lo ha sido. —Me acerqué para darle un beso en la mejilla y dejé que se marchara sintiendo un nudo en el estómago por no saber si estaba haciendo lo correcto.

Había preferido traicionarme a mí, negando lo que sentía por él, por ese hombre que en pocas horas había conseguido atraerme como pocos lo habían conseguido, a traicionar a Jana, alguien a quien apenas conocía.

Alcé la vista hacia el cielo y sentí que aquella noche había estado surcando la galaxia, que juntos nos habíamos convertido en una estrella fugaz, brillante, pero efímera. Una estrella a la que, en lugar de pedir un deseo, nosotros nos habíamos convertido en uno, uno deseo que seguía quemándome las entrañas. El brillo de la luna me llamó la atención y la observé encandilada. No sé qué tenía aquella noche de especial, pero mirando el astro sentí una extraña conexión y sin saber por qué le pedí que aquello fuera real y posible. Me pregunté cuántas veces habría oído esas mismas palabras. ¿De cuántos

rezos y lamentos era testigo en una sola noche? Si alguien sabía de deseos era ella, la reina de la noche.

    Mi cuerpo se estremeció al recordar sus palabras, “estrellas en los ojos”... ¿a qué se referiría?

## 6 de abril (7h)

Desperté en el sofá, una sola ojeada a mí alrededor fue suficiente para aceptar que lo ocurrido no había sido un sueño, las copas seguían en la mesa y, por si fuera poco, seguía llevando el vestido de novia. Cerré de nuevo los ojos con fuerza intentando por todos los medios volver a dormirme y soñar, me parecía el mejor plan, si no podía volver a verlo y mucho menos estar entre sus brazos y besarlo otra vez, al menos fantaseaba con ello. Dicen que lo malo de soñar con alguien es que cuando despiertas te das cuenta de que estás sola. Y aquella soledad se hizo tan palpable, tan gorda y pesada que acabó echándome del sofá de una patada para acurrucarse ella.

Corrí hacia el baño y lo primero que hice fue quitarme el vestido. El ruido de la cremallera abriéndose me erizó la piel, un simple gesto y me había imaginado que era él quien la bajaba, quien, con sus dedos dejaba un rastro de hormigueo y fuego en mi piel. Teo...

«Dios mío...

¿Qué demonios me pasó anoche?

¡Y esta mañana!».

Porqué la verdad es que una parte de mí seguía sin creerse que lo hubiera echado y no seguir hasta el final, fuera cual fuera el final que nos deparaba la noche y que nunca jamás sabría porque, como me pasaba a menudo a la mínima que dudaba, huía escopeteada. Nunca he sido muy dada a la adrenalina ni a las cosas que no controlo. Y está más que claro que ayer no controlaba ni la situación, ni a mí misma. Aquella Iria me era completamente desconocida. Una que había salido a la luz a los veintiséis años.

Coloqué el vestido en una percha y solo vestida con un *culotte* blanco lo observé como si aquel trozo de tela tuviera las respuestas del mundo. No las tenía. Claro que no. Ni las del mundo ni las que yo buscaba aquella mañana.

No sé si lo que voy a contar me va a hacer parecer una loca chiflada, pero la verdad es que si me gustaba trabajar con aquellos viejos trajes de boda era porque me susurraban su historia, como habían acompañado a la novia y fueron testigos de un día especial. Los

velos me hablaban del momento en que los novios se veían por primera vez, él esperando junto al altar dedicándole una sonrisa tranquilizadora, ella tragando saliva intentando retener la lágrima para que no le estropee el maquillaje. Esa mirada que habla de amor, de esperanza y también de miedo. Esa mirada que hace dar un paso hacia delante para empezar cuanto antes a ser marido y mujer. La tela me contaba como se había paseado hasta el altar, como había sido testigo del baño de arroz y de sentir la hierba rozarle el dobladillo a la hora de las fotos. También me hablaba de la hora del baile como había danzado con el aire siguiendo el ritmo de la melodía, de las risas y de las palabras susurradas junto al oído. Los botones, esos pequeños demonios —según Teo—, me relataban la noche de bodas. Como él, con presteza, los desabrochaba uno a uno. La risa vergonzosa de ella. Las palabras reconfortantes de su recién marido.

Y ahora estaba delante de mi último diseño y solo lo veía a él, a Teo. En lugar de tela solo veía un puñado de sensaciones que era incapaz de asimilar. A la noche tan especial que habíamos compartido... todo ello hizo que fuera incapaz de devolverlo al maniquí y mucho menos ponerlo en el escaparate. Lo alisé, le quité alguna que otra invisible mota de polvo antes de guardarlo en una bolsa especial para trajes y colgarlo en el almacén.

Me desnudé del todo y me puse el neopreno. Tanto Mencía como yo amábamos salir a hacer paddle surf a primera hora de la mañana, ver salir el sol desde el agua era de las cosas más maravillosas que podían existir. Como otras mañanas, con la plancha y el remo bajo el brazo fui a esperarla a la panadería de sus padres. Eran las ocho menos cuarto cuando nos encontramos. Antes de salir de la tienda le había mandado un mensaje por si le apetecía y había aceptado. Mencía se levantaba cada día a las cuatro para ayudar a su padre a hornear el pan y a preparar los pedidos que tuvieran para ese día. Cuando terminaba, le gustaba salir al mar y al final hasta yo me había acostumbrado a empezar así el día. Por eso las dos habíamos terminado por dejar el equipo en la tienda o en la panadería, que nos quedaban mucho más cerca que el piso.

—Tienes mala cara —me dijo nada más verme.

—He dormido en la tienda.

—¿Y eso? —La panadería era muy céntrica y hasta la playa de la Magdalena a pie solo se tardaba unos escasos tres minutos.

Tardé en contestar, la arena fría nos hizo cosquillas cuando nos descalzamos y fuimos hasta el agua, no sabía si estaba preparada para contar lo ocurrido, lo supe cuando

al abrir la boca lo que salió fue solo una excusa convincente. Ella o mis padres no dudarían de mi palabra, sabían que me apasionaba mi trabajo hasta el punto de robarme horas de sueño. No era la primera noche que dormía en el sofá, ni la última. En la tienda tenía un armario lleno de ropa para poder cambiarme.

—Ayer a última hora llegaron los vestidos. Hay más de los que vimos y bueno, ya me conoces. No paré hasta que los desarrollé todos y los estudié con mimo.

Nos subimos sobre las tablas y remamos hacia el interior del golfo, aprovechando la marea alta.

—A ver si me da tiempo y esta tarde me paso a verlos.

—Por cierto, tengo que contarte la última de mi madre, me ha montado una cita a ciegas y a punto estuvo de abrirme un perfil en una web de citas.

—¿Que ha hecho qué? —La pillé tan desprevenida que cayó al agua.

Y sí, éramos aún unas niñas de las que se burlan de la otra y se ríen en su cara cuando la otra cae.

Le conté lo de la web y la cita con Igor.

—¿Qué es lo que te cabrea más, que te preparara la cita a ciegas o que él no se presentara?

Dudé. Para ser sincera la balanza estaba *fifty-fifty*. Sin contar lo ocurrido con Teo que me tenía alterada y con todas las emociones a flor de piel. Y, puestos a confesar, hasta las hormonas se habían visto alteradas y no era por la primavera.

Pero seguí sin revelar nada de lo ocurrido.

—Necesito salir este finde.

—Suenas a desesperada... —Frunció el ceño y me miró suspicaz—. Lo que quieras, pero con cuidado.

—Hablas como una vieja.

—¡Es que nos hacemos viejas! —me corrigió.

—¿Lo dices por lo de Santiago?

—Ni lo menciones. ¡Dios, qué mierda nos echarían en las copas!

«Nada», pensé sonriendo.

Me refería al fin de semana que acudimos a la capital para ver los trajes de novia. Aquella noche, vale que bebimos muchísimo, pero creo que lo único que le afectó es que dejó los prejuicios en la maleta y se dejó llevar. Como yo la noche anterior. Actuamos sin pensar en las consecuencias y bajo un único estandarte, el de:

*living la vida loca.*

\*

A las diez de la mañana ya había desayunado, tomado una ducha de agua caliente y estaba subiendo la persiana de la tienda como si fuera un día de lo más banal, y no uno en el que tan solo unas horas antes una pareja había estado bailando al ritmo sensual de un tango a la penumbra.

No me había dado casi ni tiempo de encender las luces que por la puerta apareció Aloia con dos vasos de cartón en la mano.

—Buenos días, princesa —gritó cerrando tras de sí.

—Eres de las pocas personas que conozco que se levantan con ganas de cantar.

—Pues ojalá pille pronto a un pirata que le guste que lo despierte con mi canto de sirena.

Al llegar a mi altura me dio un beso en la mejilla y me tendió uno de los vasos.

—Chocolate calentito y en la bolsa hay unos churritos.

—Hoy has tirado la casa por la ventana.

—Hay días que es necesario empezar con sobredosis de azúcar. Hoy es uno de ellos.

Aloia tenía treinta y seis años —aunque si le preguntas te dirá que tiene treinta y uno, pero lo lleva diciendo los últimos cinco—, era de piel morena, y cabello del mismo tono, liso y largo hasta media espalda, de rostro dulce y redondeado. Era menuda, muy delgada, pero con una gran delantera que era como un faro en la niebla para los tíos y para ella un horror, sobre todo por el dolor de espalda que le producía el peso, hasta el punto de plantearse la opción de operarse para quitarse pecho. Era de Vigo, pero llevaba seis años viviendo en el pueblo. Trabajaba haciendo la comida a personas mayores, acudía a sus casas dos o tres veces a la semana y les preparaba diferentes platos.

A los treinta se prometió con Mauro, un chico de la zona, sus padres tenían un restaurante y él era heredero del negocio familiar. Así la conocí, vino un día a la tienda buscando el vestido perfecto. Nos entendimos desde el primer momento, con ella tenía esa relación que a veces parece que sea algo mágico, como un alma gemela con la que conectas sin siquiera conocerla de nada. No encontró el vestido, ni aquí ni en todas las tiendas a las que acudía, hasta la acompañé dos veces, una a Coruña y otra a Vigo en busca del Vestido. Pero nada. Cuanto más organizaba la boda, menos feliz estaba. Y al final ocurrió lo que todos nos temíamos, lo canceló todo. Siempre cuenta que tuvo como una “aparición” y vio que el problema no era el vestido, sino la boda en sí. Más tarde me confesó que fue el novio y en cómo había sido la pedida, porque no fue cómo ella siempre imaginó. Creo que Aloia esperaba algo muy hollywoodiense y Mauro optó por una pedida sencilla, con una cena en su casa. Desde fuera es fácil decir que era una idiotez, ¿qué importaba que no hubiera música, ni una simple vela sobre la mesa?, era su chico de rodillas frente a ella pidiéndole que fuera su mujer, pero para Aloia fue insuficiente. Esperó demasiado y la decepcionó. ¿Cuántos no hemos pecado de eso? De esperar demasiado de la gente, de obcecarnos en algo y no ver que lo que nos ofrecen es igual o mejor. Creamos unas expectativas a veces irreales, cuando la realidad a veces no es tan espectacular, pero es bonita porque es la real.

Aloia se buscó un piso en el pueblo, solo por unos meses porque no quería volver a vivir con sus padres que le repetían sin cesar que se había equivocado. Y desde entonces sigue aquí. Últimamente no hemos hablado del tema, pero la última vez insinuó que se había equivocado. Que había perdido un gran hombre por una estupidez. Pero era demasiado tarde, Mauro hacía un año que se había casado y tenían una niña recién nacida. Si se veían por la calle se saludaban con un levantamiento, a veces casi imperceptible, de cabeza. A veces un hola. A veces, solo una mirada intensa que dejaba a Aloia fuera de combate durante los siguientes dos días. Ella seguía queriéndolo, pero ahora a la distancia y viéndolo feliz. Ella misma se había cortado las alas para volar junto a él.

Si había alguien en el pueblo con quien compartir mi pasión por el diseño, a parte de mi tía, era ella. Aloia había dado tantas vueltas para encontrar el suyo que se había hecho una experta en vestidos, tendencias y diseñadores. Era una compradora impulsiva de revistas del sector y ahora gracias a internet, estaba al día de las publicaciones internacionales; sus favoritas eran las de Francia e Italia. También sabía de costura por eso se pasaba por la tienda para ayudarme con los arreglos.

Cuando entró en la trastienda, lo primero que vio fue que en el maniquí no estaba el

vestido.

—¿Ya lo has terminado?

—Sí, lo he guardado para hacer espacio, mira que llegó ayer a última hora.

Se quitó la chaqueta de lana a la velocidad del rayo y después nos pasamos casi una hora estudiando cada vestido, antes de que cada una retomara su labor, ella cosiendo y yo me puse con el vestido de Sira. En el probador seguía esperando el traje de Teo. La primera intención fue no decirle nada, quería ser solo yo quien tocara aquella tela y lo arreglara, pero a medida que pasaba la mañana la inquietud por lo ocurrido me quemaba las entrañas y al final exploté y lo fui a buscar.

—También hay este traje, es para el desfile.

Y me sentí victoriosa como si hubiera hecho el Camino de Santiago desde Roncesvalles hasta Fisterre en quince días. Para mí era una hazaña de igual calibre, había afrontado el problema con cabeza y no con corazón.

—Claro. ¿Cómo van los preparativos?

Por las manos de Aloia habían pasado casi toda la ropa que se utilizaría en el desfile. Estaba entusiasmada con la idea, hasta el punto de participar ella también en la sección “noche de fiesta”.

—Ni idea. Ayer Jana se pasó solo un minuto y no tuvimos tiempo nada.

«Solo me dio tiempo de besar a su novio y encoñarme como una colegiala de su nuevo profe de mates».

—Esa chica va siempre a mil revoluciones.

—Vino con Teo, su novio, que es con quien va a cerrar el desfile.

—Ah sí. Es muy mono. Lo tengo visto en su Instagram.

«¿Qué? ¡¿Cómo no me había fijado antes?!».

Cogí el teléfono con disimulo y me levanté rauda de la silla.

—Voy un momento al baño. —Y con esa simple frase, me sentenció.

Creo que no es necesario especificar que no tenía ninguna necesidad fisiológica, solo quería estar sola para entrar en su cuenta y cotillear. La primera foto que salió era del evento de Madrid de esa misma mañana, la anterior era una de Teo que se tapaba los ojos con el brazo y solo se veía su sonrisa. Ese pedazo de sonrisa que me tenía completamente

loca.

Ha dicho que Sí! Pronto os digo a qué ;)  
Tengo que compensárselo, acepto propuestas...  
#elmejornoviodelmundo #comocompensaratuhombre

La voz de mi madre fue la que consiguió que volviera a la realidad. Salí del baño inmediatamente.

—¿Qué haces aquí? —espeté, cruzándome de brazos.

—Buenos días, *xouviña* —me saludó mi madre, de lo más melosa, tendiéndome un ramo de lirios.

—¿Qué ha hecho ahora? —Rio Aloia.

Con el tiempo ella también la había acabado conociendo y sabía que aquel tono de voz tan dulce y las flores solo significaban una cosa.

—¿Qué voy a hacer?; Cuidar de mi hija! Ya me gustará veros cuando seáis madres —nos señaló acusadora.

—Gracias. —Me acerqué para coger el ramo y me fui hacia la tienda con ella pisándome los talones.

Aunque había dado un aire más moderno a la tienda, quería mantener algunas costumbres como tener jarrones con flores frescas que cada martes nos traían de la floristería del pueblo. Incluí los lirios entre los ranúnculos, esa semana eran en fucsia y amarillo; estas, junto a las peonias, eran de mis flores favoritas.

—Hoy comes en casa. Fui a la pescadería a por unas zamburiñas y *marraxo*.

Y se fue sin darme tiempo ni a contestar. Ella también me conocía y sabía que era mejor guardar aquella conversación para cuando estuviéramos a solas.

## 6 de abril (14h)

Llegué pasadas las dos, a las doce había entrado una clienta y el tiempo se nos había pasado volando. La casa en la que me crié era de mis abuelos, tenía dos partes, la inferior donde antiguamente estaban los animales, convertida hace años en un espacioso garaje, y la parte superior como vivienda. Alrededor había un gran jardín que era el niño mimado de mi madre. Siempre dice que lo suyo es tener los dedos llenos de arena, sea mariscando o cuidando de las flores. Otra cosa que adora es los colores, por eso entrar en casa era como hacerlo en un *arco da vella* —arcoíris en gallego—. La entrada estaba pintada de un color anaranjado, que resaltaba con el oscuro de los muebles. La cocina, que hacía poco habían renovado con muebles blancos y encimera de granito clarito, contrastaba con el verde botella con el que habían pintado la pared opuesta, junto a la mesa. El comedor era en amarillo y las habitaciones: gris, la suya y la mía violeta. Dice que le pasa como a la gente de Islandia, tantos días de niebla y lluvia acaban echando de menos el sol y los colores, así que la única forma de llenar de colorida la vida es hacer de tu casa un muestrario Pantone.

Nada más abrir la puerta un olor a ajo y perejil me inundó, acompañada por la voz de Etta James que provenía del tocadiscos de la sala de estar. Entré en la cocina y saludé a mi madre con un beso en la mejilla. Si hay una cosa curiosa de ella, y que me fascina, es que siempre me huele a mar. Da igual que lleve cinco años jubilada, es como si el salitre formara parte de ella, que después de estar tantos años con los pies y las manos bañados por el mar, este se le hubiera metido bajo la piel. Y me gustaba, por mucho que a veces la odiara y que nuestros caracteres chocaran, adoraba olerla porque me hacía sentir en casa. Todo el mundo dice que nos parecemos muchísimo, yo creo que ella es un calco de Meryl Streep en la película *Los puentes de Madison*.

—Papá está con el tío, han llevado a Sushi al campo de arriba —dijo, yendo hacia la nevera para coger una botella de albariño.

Ninguna de las dos sacó el tema, era mejor esperar que llegara mi padre, el mediador. Nos servimos una copa y mientras ella marinaba el *marraxo* —una especie de tiburón, un plato típico de Cedeira—, no pude remediar sacar el móvil y seguir mirando

las fotos que había en la cuenta de Jana. Las había visto, hacía tiempo que la seguía, pero Teo no me había llamado la atención porque solo era su *noviete*. Aunque, para mi vergüenza, desde la noche anterior esa etiqueta parecía no importarme lo más mínimo. En todas las que salían él eran de ese mismo año, así que hice mis cábalas pensando que su historia era reciente. No tengo ningún reparo en confesar que sentí celos, pero en lugar de cerrar la aplicación, seguí torturándome pasando una foto tras otra buscando todas en las que salía él. No había muchas, solo cuatro. Me quedé atrapada en una del mes de marzo, en medio de la calle una noche de frío, solo salía él y aquella maldita sonrisa que me robó el poco aire que tenía en los pulmones.

“Venga, la última” y te lo pide con esa carita...

a ver quién se resiste.

#yonopuedo #susonrisaesmiperdición

«Yo tampoco puedo resistirme a ella».

«¿IRIA, qué demonios estás haciendo?».

—Odio cuando desconectas y me dejas hablando sola con las paredes —me recriminó mi madre.

—Disculpa, tenía que comprobar una cosa. —Cerré la aplicación y dejé el teléfono boca abajo para no caer de nuevo en la tentación.

Al menos en una hora.

Para distraerme le conté que habían llegado los vestidos, cómo eran y algunas de las ideas que se me habían ocurrido.

El dicho de “a la gente se le conquista por el estómago” aquel día mi madre lo llevó hasta el extremo, eso pensé cuando después de comer la vi salir de la cocina, toda feliz, con el postre en las manos. Solté una carcajada. Había hecho hasta mi postre favorito, flan de queso tetilla. Algunas veces se me antojaba y le pedía que hiciera un poco, su respuesta era que ya tenía la receta y que mi horno funcionaba a las mil maravillas.

Se cruzó de brazos esperando que se me pasara el ataque de risa, por el rabillo del ojo vi a mi padre coger la servilleta para taparse, con poco acierto porque el movimiento de hombros lo delataba.

—Me traes flores frescas a la tienda, haces mi comida favorita... ¿Sabes que actúas como un infiel que quiere que la perdona? —la chinché.

—No digas *mamarrachadas*. —Se hizo la indignada—. No tengo que pedir perdón por nada; a ver, ¿qué tiene de malo hacer una comida y decirle a mi *xouviña* que se venga a comer a su casa, con sus padres? Solo cuido de mi niña.

—Ya... —refunfuñe entre dientes.

—No uses ese tono conmigo —me riñó como si aún tuviera cinco años. Me burlaba de la comida, pero me olvidé del protocolo y me serví una buena porción de flan para mí.

—La hicimos lo suficiente lista como para que tome sus propias decisiones —intervino mi padre tendiéndome su plato para que le sirviera un poco de flan.

—Gracias papi. —Él me guiñó un ojo cómplice, consiguiendo lo que pretendía, que mi madre se pusiera celosa.

Siempre decía que no le molestaba, pero sé que en el fondo no le gustaba que entre mi padre y yo hubiera una especie de complicidad para ir en contra de ella. Siempre repetía que las mujeres teníamos que estar juntas y que él era suficiente hombre para poder con las dos.

—Yo no digo que no sea lista, ya sé que pusimos todo el empeño en hacerla perfecta.

—Eh —intervine, tapándome los oídos—, hay cosas que prefiero no saber.

—¿Crees que te trajo la cigüeña? —se burló mi padre, tocándome la punta de la nariz.

En casa nunca había habido tabús y de sexo se hablaba sin tapujos, pero claro, cuando era sobre las relaciones de mis padres, era distinto. Me daba vergüenza, esa es la verdad.

—No, pero tampoco quiero saber los detalles de cómo fui fabricada, gracias.

—Entonces, ¿crees que tiene una tara? Siento comunicarte que es tarde para la devolución —siguió mi padre, de guasa.

No he conocido a nadie que le guste más que a él las conversaciones surrealistas. Recuerdo una vez que estuvo toda una comida de Navidad “discutiendo” —porque al final terminó siendo eso— con mi abuela paterna, muy religiosa ella, preguntándole qué había ocurrido al final con la carpintería de José, que en la Biblia no quedaba claro. Dios, como

nos reímos.

—Claro que tiene un defecto, tiene atrofiado el detector porque solo encuentra lo peor de cada casa, a los que le hacen daño. No entiendo porque soy la mala por querer la felicidad de mi hija.

—No es eso y lo sabes —aclaré.

—Lo de la web no lo hice. Te lo comenté antes.

Y las dudas que había implantado Teo la noche anterior, se disiparon. Pero pensar en él me hizo lanzar un profundo suspiro.

—Todo un detalle —murmuré con la boca llena del delicioso postre.

Mi padre se levantó para ir a hacer los cafés. Se acercó a la silla de mi madre y la abrazó por detrás:

—Como dijo Edison: no fracasé, solo encontré novecientas noventa y nueve maneras de cómo no fabricar una bombilla. —La cogió de la barbilla y le di un beso en los labios—. Deja de hacer de celestina.

Mi madre lo miró con ojitos de enamorada, no me cansaré nunca de ver cómo se buscan para darse un arrumaco ni del amor que se profesan el uno al otro. ¡Cómo no iba a creer en el amor! Me había criado rodeado de él; mis padres y mis tíos eran un ejemplo de lo que yo quería. Ese amor que no se agota, no envejece ni se pudre con la rutina.

—Vale, me olvido de la web —cedió al final—, pero de Igor, por favor no me ridiculices con su madre que la tengo que ver mañana.

—Te recuerdo que es él quien no se presentó.

—Tuvo un problema en la carretera. A todos nos puede pasar.

Y aquella comida, tan habitual en casa, terminó a las cuatro cuando me fui para la tienda, dejando a mi padre roncando y a mi madre mirando la novela, satisfecha porque había conseguido lo que quería. «¡Madres!».

\*

Pasé la tarde en la tienda, pero fui incapaz de trabajar. Me era imposible concentrarme. Mis ojos se paseaban por cada rincón recordando todo lo vivido aquella noche. En lugar

de olvidarlo y pasar página me estaba obsesionado con ello, más bien con él. Cada dos por tres entraba en Instagram para mirar las fotos y leer los comentarios de la última foto. Tenía unos seguidores con ganas de participar porque en la última, que era donde les pedía que le dieran ideas para compensar a Teo por participar en el desfile, tenía más de setecientos mensajes. Los leí T-O-D-O-S. Para mi martirio. Desde el más soso que sugería comprarle un reloj, pasando por un masaje hasta el que le proponía que lo encerrara en una cueva hasta que consiguiera que Teo se olvidara hasta de comer y no salir hasta que fuera verano.

Si ya dicen eso de que no hay peor enemigo que uno mismo.

# 7 de abril

Síntomas provocados por una resaca:

- Fatiga y debilidad. (Si pensaba en la noche aún notaba las piernas como de gelatina).
- Dolores musculares y dolores de cabeza. (De tanto pensar en él).
- Menos horas de sueño o sueño de mala calidad. (O de demasiada calidad).
- Mareos o sensación de que la habitación gira. (Al recordar el beso).
- Temblores. (Al pensar en sus caricias).
- Menor capacidad para concentrarte. (Estaba mono-tema total).
- Alteraciones del estado de ánimo como depresión, ansiedad e irritabilidad. (Debido sobre todo a los CELOS).
- Taquicardia. (Y suspiritos).

Sed excesiva y sequedad de boca.

Náuseas, vómitos y dolor estomacal.

Aumento de la sensibilidad a la luz y al sonido.

Confirmado, la noche con Teo me había provocado la peor resaca que recuerdo, bueno, del nivel de aquella vez que celebramos con toda la pandilla que ya teníamos dieciocho años. Dios, dejamos al pueblo que ni en la Ley Seca.

A las tres y media, hora de la siesta, o de intentarlo como mínimo, Jana me llamó para avisarme de que a las cuatro iría a la tienda para mirar su vestido, sin importarles que abriera a las cinco. Aunque cada vez odiaba más a la gente que se creía que el resto estábamos a su disposición y que verla era lo último que me apetecía, le dije que no había problema. Preferiría, y de mucho, volver a ver a su novio, pero ese era el problema al que tenía que enfrentarme y aceptar. Ellos dos estaban juntos y yo solo era la chica que los vestía para el desfile.

Refunfuñando me puse las botas y me fui a la tienda. Las nubes que habían encapotado el cielo durante toda la mañana parecían que tenían prisa por irse y el sol empezaba a brillar y a calentar el ambiente. Alcé la cara hacia arriba, un gesto muy de la

gente del norte que a la mínima que notamos un rayo de sol salimos en su busca como los caracoles.

No sé si como diseñadora tengo futuro, espero que sí, pero de lo que me di cuenta aquella tarde es que, si tengo que cambiar de oficio mejor será que tache de ya la opción de actriz, se me da fatal. No me sorprendió que llegara media hora más tarde; Jana no sabía lo que era la puntualidad británica. Me pregunté si era para hacerse la interesante o es que ya de por sí era de las que se entretienen en todo y llegan tarde a todos lados, eso el día que llegaba, que ya visteis que a pesar de toda la tecnología actual y la moda de las agendas de papel era capaz de olvidarse de las citas.

Le ofrecí un café, pero solo aceptó una botellita de agua y se fue al probador para ponerse el vestido. Cuando vino la primera vez me dijo claramente que quería que le diseñara un vestido para la ocasión, que ella misma se haría cargo de los gastos. Acepté inmediatamente, era una oportunidad de publicidad perfecta. Había escogido para ella un traje de novia de los años ochenta, por estrenar. Una vez tuneado, terminó siendo un vestido de color marfil con silueta de crepe de seda, escote barco y espalda joya con encaje chantilly en forma de mariposa. Estaba muy satisfecha con el resultado y ella también.

—¿Todo bien? Estás muy callada —me preguntó desde el otro lado de la cortina.

Arrugué la nariz e hice algunas muecas, que por suerte no vio, antes de contestar:

—Disculpa, es tengo la cabeza como un bombo —intenté excusarme—. Creo que he pillado algo.

«Me he pillado de tu novio, para ser más claras».

—Pues debe haber algún virus porque Teo lleva así desde ayer. Cuando salga de aquí lo primero que haré será llamar a mi homeópata para que me recete algo, ¿no puedo ponerme enferma!

Me hice ilusiones pensando en que aquel virus era solo de dos, de Teo y mío por lo ocurrido dos noches atrás y que eso interfería en la relación que tenía con Jana. Si a mí ya me costaba mirarla a la cara, imaginé cómo se sentiría él. Una voz, de esas llamadas conciencia o el mismísimo diablo, me alertó de que a lo mejor Teo era de esos tíos que solo le eran fieles a su colonia favorita. Reconozco que ese pensamiento me dio retortijones, a nadie le gusta ser una segunda opción de nadie, ser solo una oportunidad. De acuerdo que yo me había tirado a sus brazos para besarlo sin siquiera saber su nombre, pero todos soñamos con ser algo único. Y aquella noche para mí lo fue. Única. Puede que

estuviera exagerando, que aburrida hubiera volcado en ella más esperanzas y demasiados sueños de infancia. Para deshacerme de aquella nube gris que empezaba a envolverme y agobiarme le pregunté por los preparativos del desfile. Como esperaba, fue sacar el tema, y feliz por ser la protagonista, se centró en hablar de todo lo que quedaba pendiente, de las marcas que le habían enviado productos para promoción... yo que sé, la escuchaba a medias.

—He pensado hacer una subasta de la ropa que utilicemos y con el dinero recaudado donarlo al centro cultural.

—Es una gran idea —exclamé.

Era cierto y le reconocía el mérito. Puede que fuera algo creída y se paseara por las calles como si fuera la mismísima Marilyn pero gracias a ella el pueblo era conocido y había incrementado el turismo, lo que era muy beneficioso; como lo sería el desfile y el dinero recaudado. En el centro cultural se daban clases de música, pintura, idiomas, las abuelas se reunían para hacer ganchillo o donde la banda de *pandereteiras* ensayaba. Pasó la cortina y la ayudé a subirse a la tarima. Los últimos arreglos estaban terminados, el vestido le quedaba perfecto. Se contempló en el espejo, dando una vuelta y otra; sonrió y sus ojos brillaron. Jana era preciosa con su melena larga y castaña, de ojos azul casi gris y labios gruesos, muy delgada pero con curvas suficientes para levantar pasiones. Era atenta, graciosa, con un gran don de gentes que hacía que al minuto uno fuera el centro de atención, fuera donde fuera. Era licenciada en económicas y estaba ayudando a su padre en la dirección de la empresa conservera familiar.

—¿Has pensado en el día de tu boda, en cómo será el vestido? —Una vez formulada la pregunta, me arrepentí, lo último que necesitaba era saber aquello, pero mi instinto había hablado sin pedir permiso y ahora tenía que lidiar con ello.

—¡Quien no! —Sonrió ufana—. Lo tengo todo planeado, solo falta que llegue el momento. Si hasta tengo al novio, bueno, hace poco que estamos juntos, pero Teo es especial. Es de esos con los que sí te ves haciendo planes.

«Y tanto. Yo con él había hecho planes, planos, planetas y muchas estrellas en los ojos...».

—Eres una chica afortunada.

—Lo sé. —Rio feliz.

«Grrrrr... era odiosa».

Me clavé las uñas en la palma de la mano mientras sonreía mostrando todos los dientes. Dios, con lo poco que me gusta la falsedad, aquella tarde me coroné.

Miré el reloj en un claro mensaje de “es hora de largarte” e hizo efecto.

—¡Uff, qué tarde! Tengo un millón de cosas que hacer y hoy tengo cena en Coruña.

Eran las seis, hasta a mí me sorprendió que lleváramos más de hora y media allí metidas.

Se bajó de la tarima y la ayudé con la cremallera lateral.

—Dejo que te cambies.

Me fui a la tienda, estaba ojeando la revista que esa misma mañana había llegado cuando Jana salió deshaciéndose la cola que se había hecho antes. Su melena cayó en cascada como en un anuncio de Pantene. Cualquiera otra, entre las cuales me incluía, nos hubiéramos tenido que cepillar el pelo y aun así, nunca luciríamos ese brillo ni esa caída.

Lo dicho, era odiosa.

La campanilla sonó y me giré hacia la puerta.

—Hola, soy Igor. ¿Eres Iria? —dijo un chico más o menos de mi edad, acercándose a nosotras con paso firme.

No lo esperaba y me quedé en shock sin saber qué decir. Mi mente se puso a elucubrar con lo diferente que había sido dos tardes atrás. Si Teo se hubiera presentado, si de primeras hubiera sabido que era el novio de Jana no habría ocurrido nada. No lo hubiera besado. Y aquel beso... tenía la sensación de que había sido como una ficha de dominó que hizo caer el resto. El desencadenante de que, en lugar de tratarlo como un cliente y le tomara las medidas en medio de una conversación de cortesía, acabara compartiendo con él una noche mágica, donde hablamos con coquetería, bailamos, nos besamos, no una vez, sino dos. Y si el primer beso había sido especial por la espontaneidad y la adrenalina provocada por la circunstancia, en el segundo era solo una muestra de lo que sentíamos el uno por el otro. Y porqué puse el freno. No sé dónde hubiéramos llegado y por momentos me recriminaba no haber sido bastante valiente y arriesgar para ver hasta dónde nos hubiera llevado todo aquello. Mi fantasía solía acabar en el sofá, con él sentado, con su boca sobre mi cuello y yo cabalgándole como una amazona con mis dedos agarrados fuertemente a su pelo mientras sonaba *Je t'aime... moi non plus* de Serge Gainsbourg. Siempre he sido un derroche de imaginación.

Igor no era muy alto, debería rondar el metro setenta, tenía el pelo castaño claro y

corto, llevaba unas gafas de pasta verde pistacho que resaltaban unos ojos almendrados y una mandíbula afilada con barba espesa y larga.

—Perdona que me presente si avisar —dijo al llegar al mostrador. Soltó una risita entre dientes y aunque el gesto parecía de inseguridad todo su porte decía lo contrario. La mezcla resultaba de lo más sensual, y él lo sabía.

—No... pasa... nada —balbuceé nerviosa.

—Quería llamarte, pero al final me he dicho que mejor cara a cara.

Jana rio y él ladeó la cabeza hacia ella. No hubo dudas de que la encontró guapa, le dio un repaso rápido de arriba abajo y sonrió alzando solo la comisura del lado derecho.

«Joder que poco disimulado que es el tío.

Ale, otro a tus pies, *querida*. Esta mujer me roba todos los hombres.

Pero qué dices, *tola*. Si ninguno es “tuyo”. ¡Más quisieras!».

—Jana ya se iba, si quieres podemos tomar un café ahí enfrente —señalé la terraza de la cafetería, en la plaza.

—Suenan perfecto. Te espero allí.

—Dame un minuto y estoy contigo.

Lo acompañamos hasta la puerta con la mirada, una vez cerró, Jana se dio la vuelta hacia mí:

—¿Quién es?

—Nuestras madres están jugando a la Celestina.

—¿Necesitas a tu madre para ligar?

No le reí la gracia, y lo vio. Tanta prisa que tenía y parecía que ya se le había olvidado toda aquella lista de cosas pendientes.

—Para cualquier cosa, ya sabes —dije apremiándola a marcharse.

—Claro. Nos vemos. *Mua*. —Sí, me mandó un beso volador y se fue.

Cuando oí el *click* de la puerta al cerrarse, solté un escandaloso suspiro. Después de tener que lidiar con Jana lo último que me apetecía era conocer a Igor. Pero se lo había prometido a mi madre y el tío me estaba esperando sentado en una terraza. Tampoco tenía muchas opciones.

Nada más sentarme, Lucía vino a pedirnos nota. No me pasó desapercibido como nos miró a uno y al otro, como si fuera un partido de tenis y cuando yo alcé la vista y la pillé me sonrió cómplice. Es el problema de los pueblos, que nada pasa desapercibido.

—¿Qué os pongo?

Igor me miró cediéndome la palabra.

—Un café con hielo.

—Que sean dos.

Lucía se fue y entre los dos creció un silencio algo incómodo, nos miramos y nos echamos a reír.

—Siento que hayas tenido que venir hasta aquí —empecé, pero me interrumpió.

—No es nada. Soy comercial, me paso el día de aquí para allá. Siento lo de antes de ayer, pillé un accidente y hacer cola no es lo mío. —Pensé en el transportista, seguro que también se había visto en medio del atasco—. A la mínima que pude, me escapé.

Nos trajeron el café, yo lo eché directamente al vaso con hielo mientras que él abrió el sobre de azúcar y lo volcó entero en la taza.

—Son unas liantas.

—Y que lo digas. —Soltó una carcajada y me uní a él. Tenía una voz bonita.

Los dos dimos un sorbo a nuestras bebidas. Es curioso como en algunas situaciones, digamos algo más tensas, eres capaz de oír todo lo que te rodea; oía las gaviotas, el pitido de un barco llegando a puerto. Los gritos de los niños que jugaban en el parque a unos metros de nosotros. Hasta el olor a palomitas que salía de la tienda de chuches mezclado con el ambientador que utilizaba el bazar que tenía mi espalda.

—Perdona, pero voy a ser directo. Lo siento Iria, eres muy guapa y no dudo que una gran mujer, pero yo... —dudó, se pasó la mano por la barba y tiró de ella hacia abajo—. Estoy en una situación complicada... mi madre no sabe nada y... por mucho que le he dicho que no quería conocer a nadie...

—Tranquilo —lo interrumpí, sonriéndole afable—, yo tampoco busco pareja. Si la tuya es tan pesada como la mía sé que es imposible hacerlas cambiar de opinión. Les diremos que tomamos un café y no surgió la chispa. Ellas contentas y nosotros más.

Terminamos el café con una charla banal.

—Te deseo suerte con esa chica —nos despedimos con dos besos.

—Es la mujer de mi vida, solo espero que ella se dé cuenta pronto.

# 8 de abril

Habían pasado tres días y el subidón en lugar de ir apagándose, iba en aumento, como un fuego arrasando un bosque en plena sequía, animado por un fuerte viento. No dejaba de rememorar la noche que pasamos juntos, cada hora, cada palabra dicha, el baile, las sensaciones, el puñetero beso... Oía su risa en todas las dimensiones, en susurros como si aún estuviera pegado a mi pelo, a todo volumen haciendo eco en las paredes que me rodeaban... Cada suspiro llevaba su nombre dibujado como una marca de nacimiento. Si cerraba los ojos veía un sinfín de diapositivas de él, de su sonrisa, de sus ojos, de sus labios... Seguía en modo mono-tema y no había forma de salir de allí. Cuando me preguntaban qué me ocurría lo achacaba al trabajo, era de por sí la época más ajetreada, con la llegada de la primavera casi todos los fines de semana había una boda, con arreglos de última hora.

Era sábado, Aloia se había ido a Vigo de boda, Mencía me había invitado a su casa a cenar, y después nos arreglamos para salir. Charlando de banalidades nos bebimos la primera copa, ella se fue a buscar una segunda a la barra y yo saqué el móvil para... cotillear. Siendo sincera diré que aquel acto se había vuelto una inercia, abría la app, buscaba su perfil y miraba a ver si había actualizado y había una nueva foto. Premio. Encima era una foto de él. Estaba sentado en una mesa, comiendo japonés, estaba guapísimo con una camisa azul noche, con los dos primeros botones desabrochados. No estaba ni mirando a cámara, parecía concentrado en coger un *nigiri* de atún con los palillos.

Lleva toda la noche burlándose de mí porque  
cada vez que sale ÉL los *likes* y  
comentarios suben como la espuma.  
#habeiscreadounmonstruo pero le quiero igual  
porque es #elmejornoviodelmundo

«Lo quieres, pero me besó».

Un calor me nació en lo más interno y se fue propagando hasta la punta del cabello... no era un ataque de menopausia, no. Eran CELOS. ¿Se puede tener celos de algo que nunca ha sido tuyo?

—¿Y esa cara?

—Nada, estaba pasando el tiempo. —Cogí la copa que me tendía y le di un sorbo a mi gin-tonic, estaba demasiado fuerte para mi gusto.

—¿Seguro que estás bien? —insistió, me había quedado embobada jugando con la pajita.

—Sí, solo algo cansada y despistada.

Sacudí la cabeza y le ofrecí una sonrisa que no creyó.

—Sabes que cuando quieras hablar, me tienes.

Mencía sabía que me ocurría algo y también que aún no estaba preparada para contárselo. Era una persona reservada en cuanto a mis sentimientos, por mucho que fuera mi mejor amiga, me costaba abrirme y contar cómo me sentía. Confiaba en ella, esa no era la cuestión, es que era incapaz de mostrar todo lo que me bullía por dentro.

Se puso en pie y me tendió la mano, Mencía tenía dos técnicas infalibles para liberar tensiones, el azúcar y bailar. Como ya nos habíamos dado un atracón de azúcar con el pastel de chocolate que había hecho de postre, nos pusimos en pie y bailamos hasta que vi algo detrás de ella, alguien se acercaba a nosotros y me quedé paralizada.

Allí estaba ella, tan guapa que daba rabia, iba con un vestido negro con la parte superior de corsé y falda corta de campana. Llevaba el pelo recogido en una cola alta y el maquillaje resaltaba sus ojos y sus labios. Y ÉL... estaba jodidamente irresistible. Llevaba la camisa azul añil de la foto, con vaqueros ceñidos y el pelo algo más despeinado. Si fuera una chica diría que se le pusieron las mejillas coloradas, pero, en cambio él apretó los labios hacia dentro y bajó la mirada. No sé si queriéndose fundir con el vaso o con el suelo, lo que estaba claro era que era un “tierra trágame” del tamaño de la catedral de Santiago. Sobre todo, entendí que no tenía ninguna intención de mirarme. Para mi pesar. O para alivio de los dos. Aquella era demasiado, para cualquiera.

Teo estaba incómodo, no dejaba de dar vueltas al vaso de tubo que tenía entre manos y era incapaz de alzar la mirada. Algo flotaba, partículas que desde el miércoles se mantenían en suspensión a nuestro alrededor y que al volver a vernos se encontraron de nuevo. Sus ganas, las mías. Su culpa, mi vergüenza. El reencuentro hizo que volvieran a

chocar y vibré de nuevo.

Pero todo su gesto cambió cuando oyó la pregunta de que me hizo Jana después de saludarnos:

—¿Cómo fue la cita con Igor?

—¿Al final se presentó? —intervino él sin dejarme tiempo a responder a su chica.

—Sí, fuimos a tomar un café. No tuvo nada que ver con la anterior. —No sabía porque estaba hablando en un código secreto, ni por qué estaba dando tantas explicaciones, pero lo hice y por su forma de mirarme sé que lo había entendido.

—Me alegro —murmuró en medio de una sonrisa comedida.

«¿Me alegro de que tuvieras una cita?

¿Me alegro que solo fuera un café?

¿Me alegro de que no fuera como la anterior?

O sea, con él... este hombre iba a acabar con mi cordura».

—Y tú, ¿qué sabes? —lo interrogó su novia colgándose de su brazo.

—Eh... —Su voz perdió seguridad y se volvió entrecortada—. La llamó cuando estaba en la tienda probándome el pingüino.

—O el frac, es verdad. ¿Y qué tal le queda? —me pidió Jana apoyando la cabeza en su hombro.

Yo también había estado apoyada en él, cuando bailamos... lo echaba de menos. Fue solo una noche, unas malditas horas y me había hecho adicta a él. Y a las sensaciones que despertaba. ¿Te has parado a pensar qué es lo que nos enamora de alguien? ¿Es su físico, o este es solo un complemento? ¿Y si lo que realmente te atrae es lo que despierta en ti? Es lo que vives con esa persona que hace que no puedas dejar de pensar en él. Teo era guapo, sí. Pero lo había visto en las fotos de Jana y no había sentido nada. En cambio, aquella noche... lo compartido, como me sentí hablando con él o danzando en sus brazos, el BESO... todo aquello me hacía hervir la sangre. Todo ello me hacía ganas de revivirla una y otra vez y desear con todas mis fuerzas tener otra nueva oportunidad.

—¿Tú que crees? —solté, alzando las cejas y medio sonriendo, aunque por dentro mi cabeza me mostraba imágenes de una pelea, yo saltando sobre ella, tirándole del pelo y ella gritando e intentando defenderse dándome guantazos con las manos abiertas.

Le conté a Mencía que los dos cerraban el desfile y que él había pasado esa semana a probárselo y que así fue como nos conocimos. No sé porque estaba dando tantas explicaciones, la verdad. Supongo que los nervios de estar allí con ellos me estaban afectando más de lo que quería reconocer y la prueba más convincente es que en mi mente seguía tirándole del pelo mientras la revolcaba en el barro.

Mencía le preguntó por el desfile, las dos habían ido a la misma clase y se conocían bien; Jana le había propuesto de participar, pero se había negado rotundamente. Hablamos unos minutos y nos despedimos. Ellos se dieron la vuelta hacia un lado, nosotras hacia la barra.

«No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas, no...».

Lo hice.

Ladeé un poco la cabeza y ahí estaba, Teo también se había dado la vuelta y nuestros ojos se encontraron entre la oscuridad y muchedumbre que nos rodeaba. Un puñado de emociones imposibles de digerir se atrincheraron en mi estómago. Nos quedamos así lo que me pareció una eternidad hasta que me lamí los labios como había hecho él al presentarnos, en un claro guiño al recuerdo de la noche y del beso. Lo vi sonreír sin separar los labios y asentir en un movimiento seco y casi inapreciable.

«Jaque mate, Teo».

—Odio esa gente que parece que todo en la vida les sale rodado y les es fácil. —La voz de Mencía me devolvió a la realidad.

—Ya sabes lo que dicen, no es oro todo lo que reluce —contesté.

—Es guapa, proviene de una familia adinerada, tiene el don de ganarse a la gente solo con un pestañeo. Y la guinda, pedazo novio que se gasta.

—Ya... —dije sin ganas de entrar en más detalle, solo quería cambiar de tema. Hasta de marcharme a casa y llorar abrazada a London como una triste solterona—. ¿Otra copa? —le propuse cambiando de opinión.

—No —me respondió tajante—. Dos son suficientes.

—¿Tienes miedo a volver a escribir mensajes?

—¡Calla! —gritó, tapándome la boca con la mano.

Dejadme que haga un inciso, Mencía me ha dado permiso para contaros un poco lo que

pasó el fin de semana que fuimos a Santiago, y digo que os lo contaré por encima porque, aunque me ha costado lo mío, he conseguido que al final acepte el reto y ella misma os cuente todo lo ocurrido con pelos y señales. Pero eso ya es para otro libro.

Aquel sábado después de ver los vestidos fuimos a cenar. Fuimos las dos solas porque Aloia tenía una despedida de soltera y aunque le hacía ilusión ver los trajes el vendedor no tenía mucho tiempo y tenía que ser sí o sí aquel sábado. Decidimos tirar la casa por la ventana y escogimos un sitio de esos modernos llamados gastropub. Ya sabes de esos de comer poco y beber mucho. Nos estábamos divirtiendo recordando nuestra infancia, ella se burlaba diciendo que ya éramos viejas porque contábamos viejas batallitas que habían ocurrido demasiados años atrás.

Cuando ya llevábamos un rato, cinco chicos que estaban de despedida de soltero ocuparon la mesa de al lado. No sé cómo acabamos sentándonos todos juntos, terminamos de cenar y nos fuimos con ellos a una discoteca. O dos. Creo que fueron al final.

Bailamos hasta que no nos quedó más energía en el cuerpo y nos fuimos para el hotel. En medio de la calle, Mencía vio un coche muy sucio aparcado casi delante de la puerta del hotel y en el capó escribió:

Si eres igual de guarro en la cama, llámame

Y la muy loca dejó su número debajo.

Solo hubiera quedado en una tontería sino fuera porque cuando ya estábamos en la cama y ya en la fase Rem de sueño, su teléfono empezó a sonar.

—Qué... —berreó con la voz cargada de sueño y resaca.

—Soy el tipo que buscas.

—¿Perdón?

—Eres la que busca un tío guarro en la cama, ¿no? Pues yo soy un tipo que busca a una tía tan loca como para dejar un mensaje así junto a su teléfono en un coche en medio de la ciudad.

—Joder...

—Eso viene después, un poco de paciencia. —rio. Mencía estaba tan aturdida que no reaccionaba—. Dejaste tu mensaje justo detrás de Corleone.

—¿Corleone? —preguntó sin estar segura de haber entendido bien.

—Mi *furgo*. Una Mercedes vito. De ahí lo de Corleone. —Él volvió a reír y ella soltó un gemido-gruñido—. Eh, tranquila he copiado tu número y ya lo he borrado. Soy todo un caballero.

Al final reaccionó y colgó.

Pegó un grito que hizo que hasta yo me sentara de golpe.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Quién era?

Pero no le dio tiempo a contestar porque volvió a sonar su teléfono y descolgó, cuando fue a poner el manos libres vio que era una videollamada.

«Demasiado tarde, querida».

—Hola, de nuevo, he pensado que si nos veíamos no sería tan raro...

—Sigue siendo raro —balbuceó, nerviosa. Nunca la había visto así. No solo por estar medio adormilada y resacosa, había algo seductor en su voz.

Se apartó la melena hacia atrás y sacudió la cabeza intentando despejarse.

—Dios, eres una leona...

Mencía tenía toda su melena rubia ondulada y alborotada. Oír la voz de aquel tío con un deje tan sexy hizo que me entrara la curiosidad y me incorporé un poco para verlo.

El tío era más o menos de su edad, vestía una sudadera con capucha que tapaba su pelo aunque algún mechón castaño claro se adivinaba. Tenía los ojos verdes, mandíbula cuadrada y cubierta por una barba espesa. Lo primero que me vino a la mente fue esa palabra tan de moda “*wanderlust*”.

—Dos en la cama, eres mi sueño erótico hecho realidad. Soy Yago, por cierto.

—Mencía. —Y sonrió coqueta.

Solté una carcajada porque pocas veces la había visto tan aturdida delante de un chico y me fui al baño para dejarles intimidad. Y hasta aquí puedo contar.

Volviendo a la noche de aquel sábado, al final decidimos irnos, ella no quería tomar nada más y yo estaba deseando irme de aquel local para no volver a cruzarme con ellos, tener demasiado cerca algo que deseas con todas tus fuerzas y saber que lo tienes prohibido es un jodido calvario.

—A veces un error puede traerte a lo mejor de tu vida —filosofé cuando ya estábamos en la calle de camino a casa.

Y me di cuenta al decirlo en voz alta que deseé que ese también fuera mi caso. Besar a Teo fue un error, pero se había olvidado de traer consigo lo mejor a mi vida. Si al final aún acabaría dando la razón a mi madre, tenía atrofiado el detector. Siempre me enamoraba de quien no tocaba.

—No, no me líes. Un error es un error. Se aprende de él y no se vuelve a cometer.

Mis labios hormiguearon y mi feminidad se puso a hacer palmas deseando volver a cometer aquel pedazo de error.

—¿Estás diciendo que si Yago te vuelve a llamar? —le pregunté agarrándome de su brazo como dos viejecitas.

Soltó un suspiro soñador.

—Joder, ¡qué mala eres!

—Eso suena a que solo con pensarlo...

—Soy una mujer de treinta años con las hormonas y todo en su sitio. Claro que quiero, pero...

—Ya. Sabes, creo que hay tíos que hacen que los peros te los pases por el forro. Yago es uno de ellos.

«Y Teo también».

Sí, las dos estábamos en el mismo punto fantaseando con algo que las dos veíamos como imposible.

# 22 de abril

Dos semanas más tarde.

Había llegado por fin el sábado por la tarde y todo estaba listo para el desfile. Bueno, listo de cara hacia fuera, detrás del escenario estaba todo revolucionado. Gente gritando, risas, y los nervios flotando como protagonistas. Uno por uno fui repasando los detalles, el último remiendo aquí. Una costura deshecha allí.

Jana estaba en la zona de maquillaje y busqué a Teo, aún no lo había visto. Mientras mis ojos se paseaban por la sala el corazón empezó a latirme fuerte. La semana anterior la cosa había mejorado, había dejado mi obsesión de lado y pude concentrarme en mi trabajo y en mi vida en sí. Pero cuanto más cerca estábamos del evento, la ilusión volvió con fuerza, hasta pensé que el letargo en lugar de adormecerlo solo había servido para revivir con más fuerza. Al fin lo localicé, estaba sentado al fondo de todo, casi escondido por una de las cortinas. Tenía los brazos apoyados sobre los muslos y la cabeza gacha. Mis pasos se fueron hacia él antes de que mi cabeza les diera la orden.

—¿Miedo escénico?

—Y ocho... —Alzó la vista y sus ojos de nuevo chocaron con los míos. Menudo golpe—. Por dos segundos. Casi lo tenía.

—¿El qué?

—Había hecho un pacto conmigo mismo. Si nadie me hablaba en diez segundos me largaba. Esto... yo no...

Me agaché frente a él y le ofrecí una sonrisa que quería ser tranquilizadora, con un deje de felicidad por estar de nuevo tan cerca de él:

—Hola.

Soltó el aire despacio y alzó un poco la comisura, en una sonrisa cómplice, que fue como sentir esos labios recorriéndome la espina dorsal en una caricia ardiente.

—Hola.

Su olor de cerca fue otro mazazo, como habían sido sus ojazos azules. Tragué saliva. Cuando me recompuse me fijé que su mirada estaba perdida en mi escote y el calor volvió a hacerme vibrar olvidándome de todo el resto.

—¿Te ayudo? —dije señalando los botones de la camisa que llevaba abierta. De nuevo su pecho a menos de un palmo de distancia.

«Adoro mi trabajo».

—¿Eso quiere decir que no me vas a ayudar a escapar?

—No, si ello me roba el placer de volver a vestirte.

«¿Otra vez coqueteando con él?

¿Es que no aprendes?».

Me dedicó una sonrisa jodidamente sexy que me dejó boqueando como una *xouviña* recién pescada.

Se puso en pie y me tendió la mano para que yo también lo hiciera.

—Todo tuyo.

Me asustaba la intensidad que seguía vibrando entre nosotros. Era química explosiva, y algo ciega porque no nos importaba que su novia estuviera a solo unos pasos de distancia.

—No me lo digas dos veces. —Me había puesto de puntillas para susurrárselo, esa nueva posición me dejaba aún más cerca de su rostro, estaba tan cerca que pude ver como las emociones le cruzaban por los ojos, las dudas, el deseo... las vi porque los míos reflejaban lo mismo.

—No me tientes...

La risa escandalosa de Jana nos llegó desde el otro extremo y fue como un recordatorio, y aunque no dijimos nada vi como su cuerpo se alejó lo máximo posible sin moverse de donde estaba.

—Piensa que sales a la pasarela con ella —dije recuperando el control—, va a ser el centro de atención, así que dudo que te hagan caso.

—No me sirve.

—No te tenía por un cobarde.

—No, cuando es algo que deseo. —Su voz gutural y su mirada fija en mis labios me

hizo apretar los muslos—. Pero esto es una putada gorda.

—Te lo compensará. Le han llegado un montón de ideas.

—Ah ya, la foto de Instagram... Yo es que soy un anti redes sociales. Llámame raro.

—Te llamaría cualquier cosa menos “raro”. —Se oyó una campana que avisaba que el show estaba a punto de empezar. Terminé de abrochar el último botón y le ayudé con la chaqueta y la pajarita—. Perfecto.

Puso su mano en mi cintura y fue a decir algo, pero alguien gritó mi nombre con urgencia e histeria y tuve que irme.

El desfile fue todo un éxito y se notaba en la cena que se organizó con todos los implicados en un hotel que habían inaugurado aquel mismo año y que quedaba a las afueras del pueblo. No faltaba nada, había hasta un DJ para amenizar la noche; durante la cena había ido pinchando temas y después del postre se habían encendido las luces de una parte de la sala habilitada como zona de baile. Estaba feliz porque las horas invertidas en el vestido de Jana merecieron la pena visto los halagos que recibí, no solo de la gente que se acercaba a felicitarme sino también a través de las redes. Jana había ido subiendo durante toda la tarde parte de los preparativos e hizo un directo del desfile. La verdad es que no esperaba que tuviera la repercusión que había tenido. Me pasé toda la velada pegada a Aloia, intentando sin mucho éxito no buscarlo cada dos por tres con la mirada, pero fue imposible. Lo curioso es que una de cada dos veces que mis ojos se posaban en él, me chocaba con los suyos, y aquel contacto tan alejado y al mismo tiempo tan vibrante permanecía durante unos largos segundos, hasta uno de los dos la apartaba. Hasta la próxima vez. Desde los altavoces se mezclaban las baladas con hits de veranos, y la gente se fue animando a abandonar la silla y empezar a bailar. Aloia y yo nos unimos a las chicas con las que compartimos mesa, lo bueno de los pueblos es que todo el mundo se conoce, pero en ocasiones así acabas entablando conversación con personas que no entran en tu rango de edad pero que son afines a tus gustos. No sé cómo ocurrió, reconozco que me lo estaba pasando muy bien y por un rato había conseguido olvidarme de él, pero de repente fue como en esas pelis románticas cuando la luz baja de intensidad, la canción se convierte en una balada y la protagonista está en medio de la pista y el chico que le gusta en el otro extremo. Se miran, se sonríen y salta la magia. En este caso la luz siguió brillando igual, la canción que empezó a sonar era *Too late for lullabies* de James

Morrison, Aloia estaba acaramelada a los brazos de un chico que no sabía quién era, Jana entablaba conversación mientras bailaba con el alcalde, y Teo frente a mí. Por un momento pensé en darme la vuelta y marcharme, pero en el espacio que duró la duda mis ojos toparon con los suyos y antes de darme cuenta me había rodeado mi cintura con su brazo y estábamos bailando. El momento de huir se había pasado. Su sonrisa sensual con aquella nota salvaje acabó de atraparme.

Me había puesto un vestido corto rojo, ceñido, con escote asimétrico decorado con un volante de la misma tela. El pelo suelto y unos *peep toes* plateados que me encantaban pero que sabía que al final de la noche los odiaría a muerte. La mano que Teo tenía en mi espalda no dejaba de subir y bajar de forma lánguida y perezosa, sus dedos dibujaban espirales en el camino. Aquella caricia era sensual y relajante al mismo tiempo, era como él que me provocaba un puñado de sentimientos contradictorios.

—Felicidades por la parte que te toca. El vestido era muy bonito.

—Gracias. Estoy muy contenta con la respuesta de la gente. Cuéntame qué tal es subirse a una pasarela.

Soltó una risotada.

—Una experiencia irrepetible. Te lo juro, nunca más.

—Nunca digas nunca.

—Es verdad, pero te juro que si me vuelvo a subir a una será porque el motivo merezca la pena y sea yo quien decida volver a pasar por esa... experiencia.

Sin ser conscientes, al menos yo no me di cuenta de que cada vez teníamos los brazos más doblados haciendo que las manos que teníamos cogidas poco a poco se fueron acercando a nosotros hasta que al final acabamos apoyándolas sobre su pecho a la altura del corazón. Notar su latido hizo que el mío bombeara con más fuerza. Dios, toda yo palpitaba. Me apartó un mechón de pelo y jugueteó con él entre sus dedos en un gesto despistado pero cargado de ternura y algo más vibrante.

—No es el vestido de novia, pero estás preciosa.

—Gracias. Tú también, mucho mejor que con el traje. —Iba vestido todo de negro, la camisa, los pantalones de corte Slim. Estaba impresionante.

Mi mano seguía en su pecho y libre para hacer lo que quisiera, la fui moviendo despacio hacia el centro y me entretuve con los botones. Desabroché el primero.

Oí su jadeo y sonreí.

Separó la mano de mi pelo y la bajó cubriendo la mía para agarrarme fuerte y detenerme. Nuestros dedos se pelearon en una danza sensual, que terminó con una guerra de pulgares.

—Te pillé —exclamé cerca de su cuello.

—¿Y ahora?

—Podría esconder la mano bajo la camisa e iría desabrochando botón a botón, podría acercar mi boca a tu cuello, besarte, lamerte, algún mordico buscando provocarte...

—Joder —gimió y la mano que tenía a mi espalda me pegó más a él y nuestros cuerpos, sobre todo el suyo, reveló que los dos estábamos excitados solo con pensarlo.

—¿Suenan bien verdad?

—Un sueño hecho realidad.

Y ahí explotó todo. La realidad. Donde nos encontrábamos, la gente que teníamos a nuestro alrededor y el motivo por el cual no lo cogía de la mano y lo arrastraba hasta el primer rincón oscuro y apartado que encontrara.

—Tú lo has dicho, solo un sueño. —Chasqué los dedos delante de mí—. Hora de despertar.

—Lo siento. Joder... —Se pasó una mano por el pelo y separó su cuerpo del mío, sentí frío, decepción y nostalgia de algo que no tenía—. Esto... podemos ser amigos.

—No lo creo. —Alcé la cabeza y lo afronté.

Él tardó unos segundos antes no me miró y siguió:

—¿Por qué?

—Porque... —Suspiré y me mordí el carrillo—. Porque no es lo que quiero. Me sabe a poco. Porque esto... —señalé el espacio entre los dos— me hace soñar con el todo.

—¿Incluidos los pájaros? —preguntó con una media sonrisa en recuerdo de la noche compartida. A un amor rebotante de magia y de hasta una boda con pájaros cantando.

—Dispuesta a todo, sí.

—Iria... —Pero me di la vuelta y lo dejé con mi nombre en los labios.

En los libros cuando el protagonista pronuncia el nombre de la protagonista, esta

siente una calidez que la baña como el chocolate fundido en un fondant al meterle la cuchara... y no puedo estar más de acuerdo, oír a Teo decir mi nombre fue exactamente esa sensación.

Lo último que quería que viera era la lágrima que no había sido capaz de asumir aquello.

Me fui a la mesa a recoger mis cosas, Aloia me interceptó en el camino.

—Oye, ¿de qué iba eso?

—¿El qué? —Me hice la despistada, estaba segura que si la miraba vería que no estaba bien, por eso cogí la copa y me acabé el mojito de un trago. Dándome unos segundos para recuperarme.

—Teo. —Solo con oír su nombre me estremecí como una hoja en un vendaval.

—En otro momento. Lo siento, tengo que irme.

Aloia asintió, me dio un abrazo al tiempo que me susurraba que si quería hablar solo tenía que llamarla, fuera la hora que fuera.

Corrí hacia los ascensores, No podía seguir fingiendo. Las puertas empezaron a cerrarse y respiré tranquila, pero una mano las detuvo y se volvieron a abrir dejándolo entrar. Su expresión era de frustración, la mía de incomodidad, pero no me avergonzaba haberle confesado que desde la noche compartida no había dejado de pensar en él y que deseaba con todas mis fuerzas que tuviéramos la posibilidad de un “nosotros”. Las puertas volvieron a cerrarse, una vez solos y aislados de mundo dio un paso decidido hacia mí. Yo di uno hacia atrás hasta apoyar espalda en la pared.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceé nerviosa.

Vi la determinación en sus ojos y me sentí victoriosa porque el deseo, la urgencia, yo había ganado la partida a su capacidad por controlarse.

—Lo único que deseo. —Enterró su mano en mi cabello y me atrajo hacia su boca.

—No debería desear que lo hicieras —jadeé cuando rozó su nariz con la mía.

—Pero lo haces.

—Es en lo único que pienso —admití.

—Perdóname. —Respiraba su aliento, su deseo mezclado con el mío. Mis

pulsaciones cogieron la velocidad de la luz y sentí que el suelo bajo mis pies se resquebrajaba.

—¿Por?

—Porque te voy a hacer daño, aunque sea lo último que desea.

No sé quién acertó la distancia, solo sé que de golpe volví a tener sus labios aprisionando los míos con fiereza. Me aferré a su cuello, escondí la mano en su sedoso pelo y me agarré a él con la intención de no dejarlo escapar nunca más. El beso se volvió salvaje, cargado de rabia por la prohibición, el deseo reprimido. Las malditas ganas que nos quemaban desde hacía quince días. Sus manos ascendieron por mis muslos, me subió la pierna y la enrosqué en las suyas, la postura me dejaba expuesta, encajando nuestras caderas y rozando su deseo con el mío. Sus dedos se clavaron en mis nalgas. Jadeé. Agarré su camisa y tiré de ella para soltarla del pantalón y acariciarle la espalda. Gimió. Piel, eso era. Necesitábamos el roce de piel con piel como la tierra reclamaba agua después de meses de sequía.

El ascensor pitó y se abrieron las puertas que daban acceso al garaje, pero ninguno hizo amago de detenerse y volvieron a cerrarse. No sé el rato que pasó hasta que de nuevo la cordura se impuso. Quería aquello, lo deseaba, pero no quería que sucediera en el ascensor de un hotel. Quería más. Merecía más que un polvo en un garaje.

—Teo... basta... por favor —supliqué aún sobre sus labios.

Bajé la pierna y él acunó mi cara entre sus manos. Su mirada dilatada por el deseo buscó la mía, cuando se la ofrecí me sonrió con ternura e asintió en un movimiento de cabeza. Expulsó el aire que retenía en un resoplido.

—Dios, si pudiera...

—Puedes —dije llevando mis manos sobre las suyas y apartándolas de mi rostro. Las bajamos, pero siguieron unidas—. Puedes hacer todo lo que quieras, lo único que no puedes es seguir jugando conmigo. No más.

Di un paso hacia delante y apreté el botón que quedaba a su espalda, las puertas se abrieron de nuevo. Fue como abrir una jaula y dejar que los pájaros volaran libres. Aquí, al abrirlas, lo único que dejé ir fue aquel sueño. No me pertenecía y tenía que dejarlo ir.

Él me retuvo cogiéndome de la mano, ni me di la vuelta, no podía volver a mirarlo a los ojos.

—No es solo Jana... En quince días me voy a Edimburgo seis meses por trabajo. Es

una oportunidad única.

Asentí. No quería saber nada. Necesitaba no querer saber nada. Había ganado una batalla, un beso cargado de anhelos imposibles, pero había perdido la guerra y solo quería llegar a casa para lamerme las heridas dentro de un tarro de helado de strawberry cheesecake de Häagen Dazs.

—Buen viaje —murmuré antes de dirigirme hacia el coche.

# 23 de abril

El domingo me levanté tarde, al abrir la nevera me saludó un tomate mustio y una botella de vino, una combinación algo explosiva para aquellas horas, así que no me quedó más remedio que vestirme e ir a desayunar al café de la plaza. Aquella última semana había sido tan de locos que no había tenido tiempo ni de ir a comprar, suerte de los tápers que mi madre me llevaba de tanto en tanto y con los que me abarrotaba el congelador. Por no hacer, no había hecho ni la colada. Me recogí el pelo en un moño y me vestí con unos viejos vaqueros, una camiseta blanca básica y zapatillas. Cogí el bolso, comprobé que estaba la tablet dentro y me fui. Pedí un café de tamaño barril y unas tostadas con tomate y aceite. Hablé con algunos paisanos sobre el desfile y me enseñaron ufanos el periódico de la zona que se había hecho eco del evento. Parecía que medio pueblo había tenido la misma idea, tuve que sentarme en la única mesa libre que había y que estaba al lado del ventanal y dando la espalda a la puerta de entrada.

No me atreví a mirar ni las redes para no encontrar fotos de él. Había pasado muy mala noche, a decir verdad, casi no había dormido y cuando lo hice fue una pesadilla en la que los dos corríamos hacia el otro y aunque estábamos cerca nunca llegábamos a tocarnos. Encima me había quedado a medias de nuevo, con un calentón del tamaño del núcleo interno de la Tierra. Irte a dormir excitada, cabreada y dolida, no era buena combinación, faltaba sitio en la cama para todas. Daba vueltas y vueltas a ese sí, pero no. Ese quiero, pero no puedo. Sin hablar del viaje. Sobre eso aún no sabía cómo asimilar que se fuera. Por una parte era tranquilizador saber que no volvería a cruzármelo, era una buena fórmula para olvidarlo, pero por otra... sentía un pinchazo en el corazón pensando que no volvería a saber de él en mucho tiempo.

En definitiva, Teo me tenía completamente abducida y tenía que acabar con ello lo antes posible. Había que exterminar el problema de raíz.

«Necesito olvidar».

Esas últimas semanas en las que mi mayor tarea había sido fantasear con Teo me da cuenta de que deseaba sentir, tener novio.... Quería querer, en definitiva.

No es que estuviera fuera de mercado, pero es verdad que hay épocas en la vida que

estás tan ocupado que el amor pasa a un segundo plano, y más cuando no lo tienes. A diferencia de mi madre, a mí no me agobiaba no tener novio, llegaría cuando fuera su momento. Mientras, me divertía conociendo a chicos, aunque aún no había experimentado aquella sensación de amor pleno, del amor que tenían mis padres o mis tíos. Y yo buscaba aquello y el resto me sabía a poco. Mencía solía decirme que había idealizado tanto ese sentimiento que no lo encontraría jamás y eso a veces me hacía dudar.

Por eso aquella mañana de domingo las palabras de Mencía y aquella necesidad de querer se juntaron y me llevaron allí. Tenía los dedos sobre el teclado sin atreverme a hacerlo, me picaba la curiosidad, pero algo me frenaba, para empezar que la idea viniera de mi madre... pero estábamos en la era de la tecnología, muchas parejas se conocían a través de internet. Dudaba de poder encontrar pareja en un sitio así, pero algo, una amistad, un coqueteo... atreverme a conocer ese mundo. Al final mis dedos teclearon la dirección de la página de contactos. Busqué el email que mi madre me había mandado con el usuario y contraseña, nada más entrar lo cambié. No quería que ella supiera nada. Ni ella ni nadie. Después de leerme el contrato y rellenar los campos de contacto empecé por el cuestionario. Me dio pereza solo con verlo, pero, aunque fui refunfuñando por lo bajini, lo fui rellenando.

**Nick:**

**¿Qué buscas?** Conocer gente, lo que surja de ahí que lo decida el destino.

**¿Una frase que te defina?** Son tiempos difíciles para los soñadores, Amélie.

**Me encanta...** La Navidad.

**Odio...** La falsedad.

**Hijos y si te gustaría tenerlos** No. Sí.

**Fumas:** No.

**Cuánto Mides.** 1,64. **Qué tipo figura tienes.** Normal. **Cuál es tu color pelo** Castaña oscura.

**Religión** Agnóstico.

**Estado civil** Soltera.

**Zona de interacción** Galicia.

**Nivel de estudios** Bachiller.

## **Estás preparada para una relación Sí.**

**Describe (+20 caracteres)** Mujer sin aficiones raras ni vicios. Muy natural, que adora el mar, leer y la música. Soñadora, más artista que científica.

El cursor siguió parpadeando después de los dos puntos del Nick, era lo único que me quedaba para rellenar, pero no sé me ocurría nada, miento. Sí que tenía uno, pero me parecía algo morboso ponerlo. Al final lo escribí y llevé el cursor hasta el botón de validar el perfil y allí me quedé, dudando mientras me bebía el café. Una risa conocida me llegó detrás de mí, no me giré, los intuí. Retuve el aire y por el rabillo del ojo vi cómo se acercaban a la barra.

Ellos...

Fue como una cuenta atrás, el pistoletazo de salida y sin pensar lo que hacía le di al botón de validar el perfil, cogí mis cosas y salí corriendo de allí rezando para que no me vieran.

Y así fue como empezó la segunda historia de aquel año, y la que me llevó a cometer una de las mayores locuras de mi vida.

\*

Había acabado de cenar y estaba en la terraza tomándome una infusión de tila y melisa con la intención de que me relajara un poco antes de meterme en la cama cuando oí el pitido desde mi móvil que no supe reconocer. Al entrar, vi que era un mensaje desde la página web. Alguien me había escrito. El corazón se me subió a la garganta y me empezaron a temblar las manos.

23/04/2017 22:35h.

**Sirius:**

Hola, me gusta tu Nick

Me reí, y no fue en plan una risita coqueta y comedida, que va, me entró un ataque de risa. Me pareció el típico mensaje en un sitio así. Llevaba horas pensando en cómo sería ese primer contacto, en qué decir. Y no nos engañemos, a pesar de ser unas palabras trilladas, noté ese burbujeo en el interior y buena parte de la risa era culpa de los nervios. Me quedé mirando la pantalla, con los dedos sobre el teclado sin saber qué decir. Al final escribí lo primero que había pensado.

23/04/2017 22:38h.

**Estrellas en los ojos:**

Hola Sirius

23/04/2017 22:38h.

**Sirius:**

¿Es por Zeus, el búho?

23/04/2017 22:38h.

**Estrellas en los ojos:**

¿Qué búho?

23/04/2017 22:40h.

**Sirius:**

En EUA encontraron a un búho que se había dado un buen guantazo contra una vidriera. Sobrevivió, pero por culpa del impacto se quedó ciego; sus ojos se llenaron de coágulos que se ven como pequeñas manchas blancas.

Su historia se hizo viral porque sus ojos que normalmente son negros, ahora parecen una galaxia.

23/04/2017 22:42h.

**Estrellas en los ojos:**

Es una historia triste  
y bonita a la vez.

23/04/2017 22:42h.

**Sirius:**

Como todo en esta vida,  
la imperfección, a veces,  
esconde maravillas.

23/04/2017 22:43h.

**Estrellas en los ojos:**

;)

El Nick no viene de ahí,  
pero me gusta la historia.

Y tú, Sirius?

23/04/2017 22:44h.

**Sirius:**

Siempre he sido más  
de noche que de día.

23/04/2017 22:44h.

**Estrellas en los ojos:**

La noche tiene algo mágico,  
¿verdad?

23/04/2017 22:45h.

**Sirius:**

La magia la aporta la gente  
con quien la compartes

Entré en su perfil. La foto de portada era de un hombre de espaldas a contra luz, vistiendo una camiseta blanca y vaqueros. Iba descalzo y tenía la cabeza gacha. No se veía nada, pero quien era yo para criticarlo si había puesto una en la que solo se me veía la parte superior de mi cuerpo y llevaba un jersey de cuello alto hasta la nariz, por lo que solo se veía un poco del color de mi pelo, la frente y los ojos.

**Nick:** Sirius

**¿Qué buscas?** Encontrar con quien compartir las noches.

**¿Una frase que te defina?** Somos nuestro propio demonio y hacemos de este mundo nuestro propio infierno. Oscar Wilde.

**Me encanta...** La noche

**Odio...** Lo superficial.

**Hijos y si te gustaría tenerlos** No. Sí.

**Fumas:** No.

**Cuánto Mides.** 1,87. **Qué tipo figura tienes.** Delgado-atlético. **Cuál es tu color pelo** Castaño.

**Religión** Celta.

**Estado civil** Soltero.

**Zona de interacción** Galicia.

**Nivel de estudios** Doctorado.

**Estás preparada para una relación** Sí.

**Describe (+20 caracteres)** Hombre del montón que no destaca en nada especial y que se ha pasado casi toda su vida estudiando. Apasionado de la vida, de la gente capaz de ilusionarse como un niño. Capaces de seguir al corazón y no a la razón.

# 24 de abril

Reconozco que aquel lunes me levanté de mejor humor, tanto que salí de la cama haciendo un salto. Retomé la costumbre de hacer el saludo al sol, un poco de yoga para empezar el día siempre me hacía sentir mejor. Desayuné y me fui a la tienda donde seguí con mi trabajo, esta vez con la cabeza despejada y llena de ideas que plasmar en mis diseños. Estaba leyendo un libro después de comer cuando Aloia se presentó en casa buscando explicaciones, como quería también comentárselo a Mencía, la llamé y bajó a casa. Les conté lo sucedido con Teo aquella noche en la tienda y el sábado en el desfile y después en la fiesta. Estaban alucinando. Las dos coincidían que no me fiara de él, que un tipo que no le importa coquetear o enrollarse con una tía teniendo novia y a escasos metros de ella, no merecía la pena. Les di la razón, también había pensado que era un gran cabrón, pero había una grieta en aquella sentencia y es que el Teo que había conocido yo distaba mucho de ser ese tipo de personas. No les hablé de la web de citas porque me daba vergüenza y no estaba lista para que compartir aquella decisión con ellas. Era algo personal. Algo que solo me influía en mí. Solo les prometí dejar de pensar en él, que el viaje y saber que no lo volvería a cruzarme con él era un aliciente que no estaba dispuesta a desaprovechar. Había sido un capítulo más de mi vida, unas bonitas horas compartidas y ya está. Un buen recuerdo, de esos que recuerdas con una sonrisa. Pero nada más. No era nada más.

Aquella noche cuando llegué a casa lo primero que hice fue coger el portátil y abrir la página de contactos.

24/04/2017 20:48h.

**Estrellas en los ojos:**

Tengo algo que confesarte.

Fue un arrebato lo que me hizo

abrir el perfil y no sé muy bien

qué busco, ni qué pretendo con ello.

24/04/2017 21:10h.

**Sirius:**

Déjame leer entre líneas.

Eres de esas personas que no  
suele dejarse llevar.

Que lo planea todo.

Pero ahora has actuado siguiendo  
un impulso y dudas de si  
has hecho bien o no.

24/04/2017 21:11h.

**Estrellas en los ojos:**

Eres psicólogo?

24/04/2017 21:11h.

**Sirius:**

No.

Lo siento, no quería molestarte.

24/04/2017 21:11h.

**Estrellas en los ojos:**

No lo has hecho

24/04/2017 21:12h.

**Sirius:**

Si te sirve, yo tampoco sé  
muy bien porque abrí el perfil  
ni cómo me atreví a hablarte.

No es mi estilo.

Aunque últimamente me cuesta  
reconocerme en mis actos.

24/04/2017 21:13h.

**Estrellas en los ojos:**

Me gustó que contactaras.

Me gusta hablar contigo.

Soy novata en esto,  
nunca había hablado por internet  
con un desconocido.

24/04/2017 21:13h.

**Sirius:**

ME GUSTA SABERLO

porque a mí también me encanta

conversar contigo.

Yo tampoco.

Compartimos primera vez ;)

# 25 de abril

25/04/2017 22:03h.

**Sirius:**

He estado pensando en tu arrebató.

Quieres hablarme de él?

25/04/2017 22:08h.

**Estrellas en los ojos:**

Uff... ¿Cómo se justifica un arrebató?

Voy a intentarlo.

Que quede claro que no salgo de una relación ni tóxica ni de ninguna otra clase.

No estoy depresiva, ni despechada.

No soy ni fea; ni guapa, me considero del montón.

No tengo novio desde hace tiempo.

He dicho novio, no relación ;)

Mi madre (en mi caso siempre tiene algo que ver con mis situaciones límite)

fue la que me animó a abrir este perfil, de hecho, fue ella la que lo abrió, pero tranquilo, he cambiado la contraseña (que la conozco) y siempre ha sido conmigo con quien has hablado.

Pero conocí a alguien, no ocurrió nada, o nada de lo que yo esperaba, pero de alguna forma me dio ganas de buscar.

De ahí a que esté aquí, y de que aparezcan las dudas porque... ¿el amor, se busca o surge?

Lo que tengo claro es que hay que estar

predispuesto y puede que yo me haya  
ignorado sin ser consciente.  
Me he volcado en mi trabajo, ha surgido así,  
no es que sea mi máxima prioridad,  
pero ha ido *in crescendo* y me ha arrastrado.  
En definitiva, en el apartado del trabajo,  
soy una mujer satisfecha y muy orgullosa  
de haber conseguido lo que deseaba desde chica.

Gracias por no interrumpirme.  
Vaya parrafada te me metido.

25/04/2017 22:13h.

**Sirius:**

Ha sido de lo más interesante.

Te entiendo cuando hablas de esas prioridades,  
que lo son sin buscarlas. A veces parece que  
los astros se alinean para ir a un solo rumbo  
y todo parece tener sentido. El problema surge  
cuando empiezan a girar cada uno en una órbita  
distinta.

Yo no sé si es por la edad, pero tengo la sensación  
de estar perdiéndome muchas cosas. Puede que sea  
de tanto escuchar a mi abuelo de decir:

“¡ay, quien tuviera tu edad!”

Y algunas lindezas que prefiero callar delante de  
una dama.

Puede que por eso sienta que, a la mínima oportunidad,  
tengo que aprovecharla. En todo veo una señal,  
algo que me pide que arriesgue.

Tengo miedo a que dentro de unos años  
me arrepienta de cosas que dejé por  
hacer porque en ese momento no estuve seguro.

Quiero que, si tengo que arrepentirme,  
sea por haberlo hecho y no me quede con la duda

y aparezca el maldito “y si”.

Tenemos esa edad, la de cometer locuras.

La de arriesgar.

De buscar respuestas que normalmente no están donde creemos.

Y por eso llegué aquí, después de cometer una locura, de arriesgar sin pensar en las consecuencias.

Una locura que me dejó con ganas de más.

25/04/2017 22:14h.

**Estrellas en los ojos:**

Guau...

Te preguntaría por esa locura,

pero hasta yo veo que aún

es pronto para hablar de ella.

Espero que algún día me

hables de ella (y no hablo de la locura).

Se intuye que esa historia esconde un ELLA.

25/04/2017 22:14h.

**Sirius:**

Ahora mismo te definiría

como muy avispada y sutil.

25/04/2017 22:16h.

**Estrellas en los ojos:**

Entre otras cualidades

;P

25/04/2017 22:16h.

**Sirius:**

Suena muy prometedor

;) )

25/04/2017 22:17h.

**Estrellas en los ojos:**

Otra duda que me surge,  
cuando hablas de perderte cosas...  
¿hablas de sexo?

25/04/2017 22:17h.

**Sirius:**

De todo lo que te he contado  
¿te has quedado solo con eso?

25/04/2017 22:17h.

**Estrellas en los ojos:**

No, pero me intriga.  
Venga, confiesa!

25/04/2017 22:17h.

**Sirius:**

Avispada, sutil... y ¡cotilla!

25/04/2017 22:18h.

**Estrellas en los ojos:**

A ver,  
que eso de pensar solo en el  
sexo es muy de tíos.

25/04/2017 22:18h.

**Sirius:**

iiiiii¿¿¿¿¿Eres un tío?????!!!!

25/04/2017 22:18h.

**Estrellas en los ojos:**

¡¡No!!

soy una tía pesando como un tío.

25/04/2017 22:18h.

**Sirius:**

Menos mal

;D

Creo que eso es solo un mito.

Las chicas pensáis igual o más.

Hasta ahora lo hacíais a escondidas,

50 sombras os ha liberado.

25/04/2017 22:19h.

**Estrellas en los ojos:**

La erótica en los libros siempre

ha existido.

Lo que no todo el mundo lo sabía.

25/04/2017 22:19h.

**Sirius:**

Tengo que confesar

que es algo que me tienta

25/04/2017 22:19h.

**Estrellas en los ojos:**

Si buscas con quien jugar

a amos y sumisas

¡No cuentes conmigo!

25/04/2017 22:20h.

**Sirius:**

¡En ningún momento!

Hablo de leer un libro erótico.

Me puede la curiosidad

25/04/2017 22:20h.

**Estrellas en los ojos:**

Menos mal,  
ya me veía despidiéndome de ti.  
Te puedo pasar algunas recomendaciones.  
Eres de esas personas?

25/04/2017 22:20h.

**Sirius:**

¿De cuáles?

25/04/2017 22:21h.

**Estrellas en los ojos:**

De las que todo le intriga.  
Que son curiosas y  
san google es su patrón.

25/04/2017 22:22h.

**Sirius:**

Hmm...

25/04/2017 22:22h.

**Estrellas en los ojos:**

Eso es un sí.  
Confieso que yo también lo soy.

25/04/2017 22:22h.

**Sirius:**

Esta noche me despido con tres certezas:

1 Eres curiosa

2 Lees erótica

(espero ansioso esas recomendaciones)

3 Quiero seguir conociendo más de ti,  
me fascinas.

25/04/2017 22:24h.

**Estrellas en los ojos:**

El deseo es mutuo.

# 28 de abril

28/04/2017 22:30h.

**Sirius:**

Buenas noches,  
me echabas de menos?

28/04/2017 22:30h.

**Estrellas en los ojos:**

Hola!

Y tú?

28/04/2017 22:31h.

**Sirius:**

Eso es muy gallego.  
No tengo problemas en admitir que sí te he echado de menos.  
Que me impuse esperar dos días antes de hablarte y me ha costado aguantar.

28/04/2017 22:31h.

**Estrellas en los ojos:**

Yo también he pensado mucho en ti.  
Estaba esperando que fueras tú quien me contactara.

Me dices tu nombre?

28/04/2017 22:31h.

**Sirius:**

Sirius, no te vale?

28/04/2017 22:31h.

**Estrellas en los ojos:**

Me gusta, mucho.

Es una casualidad bonita que los dos  
tenemos una estrella, tú en el nombre,  
yo en los ojos.

No sientes curiosidad por  
saber mi nombre real?

28/04/2017 22:32h.

**Sirius:**

La verdad es que me gusta  
llamarte Estrella.

28/04/2017 22:32h.

**Estrellas en los ojos:**

Una pista, aunque no la pidas.

Es muy de aquí.

Aunque es verdad que ahora ha cruzado  
la frontera y es más conocido

28/04/2017 22:32h.

**Sirius:**

Ah... la maldita globalización que  
hace que tengamos *Jennys* en  
medio de las castillas

28/04/2017 22:34h.

**Estrellas en los ojos:**

:D

muy buena

Veo que no me lo vas a decir.

¿Una pista?

28/04/2017 22:34h.

**Sirius:**

Tipo el Ahorcado...

¿contiene una a?

28/04/2017 22:34h.

**Estrellas en los ojos:**

La tiene?

28/04/2017 22:34h.

**Sirius:**

Siempre me ha gustado.

Es un nombre antiguo.

28/04/2017 22:34h.

**Estrellas en los ojos:**

Antiguo. Vale.

Hablamos de años cincuenta?

Sesenta y muy "peace & love"?

Edad media?

28/04/2017 22:35h.

**Sirius:**

Y hasta un poco más atrás.

28/04/2017 22:35h.

**Estrellas en los ojos:**

Bíblico?

28/04/2017 22:36h.

**Sirius:**

Me gusta esto.

28/04/2017 22:36h.

**Estrellas en los ojos:**

Vale, creo que te voy conociendo.  
Cuando cambias de tema creo que es  
porque he acertado.  
Así que es bíblico y contiene una a.

28/04/2017 22:36h.

**Sirius:**

Eres detective, querida Sherlock?

28/04/2017 22:37h.

**Estrellas en los ojos:**

El mío también contiene una A.

Llegados a este punto, quiero  
proponerte algo.

28/04/2017 22:37h.

**Sirius:**

Algo indecente?

28/04/2017 22:37h.

**Estrellas en los ojos:**

No.

De momento ;)

Me gustaría hablar contigo fuera de esta web,  
pero es pronto para dar el teléfono.

Aún no estoy el 100% segura de que  
no seas un acosador, violador. Asesino...

28/04/2017 22:39h.

**Sirius:**

Qué dechado de virtudes

Pensaba que tenías mejor opinión de mí.

Me gusta tu idea, Gtalk?

28/04/2017 22:39h.

**Estrellas en los ojos:**

Perfecto. Pásame tu email

# 29 de abril

GTALK

(sábado 29 abril, 09:03h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Buenos días.

Aún en cama y pensando en ti.

Compartimos síntomas.  
Crees que es una epidemia?

Veo que te levantas de buen humor.

Me da grima eso de:

“no soy persona hasta el primer café”

Eres perezoso?

Mucho. Odio el despertador.

Me gusta despertarme despacio.

Aunque debo confesarte que suelo  
parecer el león de la Metro durante  
los cinco primeros minutos.

Me gustaría seguir hablar contigo,  
pero tengo que estar a las  
diez en la tienda.

Tienda?

Sí.

Heredada y muy orgullosa de ella.

No pienso decirte qué vendemos.

;) )

Vale.

Me gusta esto de conocernos un poco.

Decir algo, pero dejando una parte de anonimato.

Entonces mejor me levanto y te voy preparando un café mientras pasas por la ducha.

Suena bien.

Tengo que hacer méritos para que tengas mejor opinión de mí.

Qué te apetece?

Un clásico como tostadas con mantequilla y mermelada?

Unos cereales?

No soy muy de dulce por las mañanas.

Mejor un bocadillo de jamón.

Ahora mismo te odiooooo

Y eso?

Siguiendo nuestro pacto no pactado:

Llevo meses fuera del país por trabajo y echo mucho de menos el jamón.

Ayer para cenar terminé el último paquete que mis padres me mandaron.

Lo siento.  
Lo dejamos para otro día

Hoy estarán bien las tostadas, sin mantequilla.  
Solo mermelada y si puede ser de moras y casera  
como la que hace mi madre.  
Está buenísima

Me has dado hambre.  
Espero poder probarla algún día.  
Y cierro conversación, que mejor  
no te digo donde me estaba imaginando  
que probaba esa mermelada...

Eres de los matutinos?

Podría ser.  
Aunque debo confesar que  
siempre estoy dispuesto.

Suena bien.  
Yo soy muy de siestas...

¡Ahora sí que necesito una ducha!  
Disfruta del día, un beso

Igualmente  
Un abrazo apretao  
:x

# 30 de abril

GTALK

(domingo 30 abril, 14:50h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Esta noche hace una semana que hablamos

;) )

Te apetece cenar conmigo?

Qué sugieres?

Pedimos pizza. Un buen vino.

Tú allí, yo aquí, conectados

a través de una pantalla

compartiendo el olor a queso fundido.

<3

Deberías saber que no me gusta la piña.

Descartada la Hawaiana.

Yo odio los champiñones

Es un hongo!

Quién come hongos?

Pepperoni?

Suena bien.

Es la ventaja de la distancia,

mi primera cena contigo y no

tengo que preocuparme de que mi  
aliento sea el de un dragón.

Me besarías?

Te dejarías?

Probablemente

Seguramente

Lo siento, pero de aquella noche, no sé qué ha pasado, pero no guardo la conversación. Y me da pena porque hablamos muchísimo, de nada y de todo a la vez. Fue curioso compartir aquella cena con él, imaginar que aquel sabor entre picante y a queso fundido era el mismo que él estaba saboreando. Yo tiré para casa con una botella de mención que aquella misma tarde fui a comprar. Él escogió un burdeos que tenía en casa de la última cena que hizo con los amigos. Y os parecerá hasta absurdo lo que voy a decir, pero conectamos, había una pantalla de por medio y no sé los kilómetros que nos separaban (porque se negó a decírmelos) pero me sentí muy cómoda. Fue la primera vez que comí la pizza con cuchillo y tenedor. Lo intenté con las manos y a mordiscos como siempre, pero los dedos pringosos dificultaban escribir.

No podía dormir y me alegré de que aquel lunes fuera festivo por ser primero de mayo. Daba vueltas en la cama para un lado y para otro. Tenía calor, si me destapaba tenía frío...

Al final cogí el móvil de la mesilla y escribí lo que me carcomía por dentro.

# 1 de mayo

GTALK

(lunes 1 de mayo, 04:12h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Sé que es tarde y seguramente no verás esto hasta mañana cuando despiertes, pero no puedo dormir.

Ha sido una agradable velada.

Me ha encantado cenar contigo.

No dejo de darle vueltas a algo,  
has pensado alguna vez en vernos?

No sé dónde, ni cuántos km nos separan,  
pero cuanto más va, más crece la necesidad  
de saber de ti, de verte.

Hola...

Yo tampoco puedo dormir.

No dejo de pensar en ti.

Deseo verte más que nada en el mundo,  
pero aún no ha llegado la hora.

Y hablar por teléfono?

Lo siento, pero prefiero seguir así.

Se perdería parte de la magia y me  
dejarías sin ilusiones.

Me gusta este misterio, me paso horas  
imaginándote a partir de tus palabras  
y tus ojos, el único rasgo que conozco  
por tu fotografía (confieso que me la guardé  
y miro más veces de las que reconoceré).

Unos días te imagino con los labios finos  
y mejillas sonrosadas, otros son mullidos  
y pintados de rojo...  
Sé que pido mucho, pero necesito que confíes  
en mí.

Pides mucho.

Hay algo que deba saber?

Novia?

Mujer, hijos, tres gatos y un perro?

No entiendo esa negativa

tuya a dar un paso más.

Ni mujer, ni cachorros ni valla blanca.  
Mi negativa es simple: me gusta esto  
y no quiero perderlo.

Ya.

Estoy igual.

Confieso que este juego, esta coquetería me  
seduce y mucho, pero también tengo miedo a que  
estemos creando unos personajes ficticios, que  
a partir de unas palabras creamos un perfil  
mezclado con nuestras fantasías. Uno que nunca  
será real tal cual lo hemos imaginado y me da  
pavor empezar a sentir lo que siento.  
Tú tienes mis ojos, yo la silueta de un  
hombre de espaldas, nada más.

¿Quieres dejarlo?

No.

Sí.

No sé.

Una pausa?

Nos dejamos de escribir durante unos días para asimilarlo?

Empiezas a interesarme más de lo esperado.  
Me siento como esas mujeres en el pasado,  
esperando la carta de su amado,  
pendientes cada día del cartero...

Esto tiene una ventaja,  
los mensajes son instantáneos,  
igual que las respuestas.

Y además no hay que lamer sellos ;)

Muy buena  
:D

Es de esos sabores que con el tiempo desaparecerán.  
Como la leche auténtica o un buen tomate de la huerta de mi abuelo.

Entonces, me da permiso para seguir seduciéndola con mi pluma?

Lo tiene.  
Estaré encantada de seguir esperando ansiosa sus cartas.

Buenas noches

Dulces sueños, mi estrella.

Media hora después, con los mismos miedos y las mismas ganas de verle, pero más tranquila me fui a la web y cerré la cuenta. No sabía dónde iba a llevarme todo aquello,

pero si tenía una cosa clara era que no quería seguir conociendo a nadie más. Sirius tenía toda mi atención.

# 14 de mayo

GTALK

(domingo 14 de mayo, 17:50h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Libro terminado

(símbolo de fuegoooooo)

Cuantas cosas se pierde el hombre  
al creer que son libros para mujeres.

Lo que se aprende, oye!!

Quando quieras me cuentas todo eso  
que has descubierto

;) )

La teoría aprendida.

Me falta la práctica...

Captada indirecta.  
Aún queda para eso...

La paciencia es mi fuerte.

Te mando otro?

Es un placer seguir instruyéndome

# 23 de mayo

GTALK

(miércoles 23 de mayo, 14:50h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Hola

Hoy he hecho algo por primera vez. Y es raro, me pregunto por qué no lo he hecho antes...

La cuestión es que he comprado una rosa.

Una rosa para ti.

Una rosa que no sé si tendré la oportunidad de darte algún día.

Si la guardarás como un pequeño tesoro entre las páginas de tu libro favorito o al final se convertirá en polvo, olvidada en una esquina.

Sea cual sea, hoy es una rosa que descansa dentro de una botella de vino y su olor invade todo.

Es como tú, tan sutil pero tan intensa.

Foto adjunta enviada.

Gracias.

Me has dejado sin palabras,  
y es un problema cuando es nuestro  
medio de comunicación.

Si cierro los ojos puedo olerla.  
Gracias por este mes, ha sido...  
increíble

Solo espero verla secar mientras  
lo nuestro florece.

# 2 de junio

GTALK

(viernes 2 de junio, 15:17h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Mijnhuini uynx qa23q 32141423ads

A wr z<ZAQ WX>Ww °1 u ñiom,n

E.T eres tú?

Joder tío, qué ilusión!

ET!!

:D

Ha sido London, mi gato.

Que lo primero que pienses es que me han abducido los extraterrestres habla muy bien de tu imaginación.

De enano era mi peli favorita.

Un placer charlar contigo, London.

Foto adjunta enviada.

Es este bicho.

Lo adoro, aunque él prefiere a mi amiga Mencía

Siento ser yo quien te diga esto

(y con todos mis respetos hacia Mencía)

pero este gato es tonto.

Lo sé, pero le quiero.

Si te sirve,  
yo te adoro

Me sirve.  
Yo también te adoro.

Hablamos luego  
Un besazo  
1 mes + 10 días y sumando

# 10 de junio

GTALK

(sábado 10 de junio, 17:48h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Hola...

Sigue lloviendo

No parece que estemos en junio.

Aquí estamos igual

Te apetece que veamos una peli?

Cualquier plan contigo me apetece.

Alguna en mente?

Interestelar

Hace días que la quiero volver a ver.

Perfecto.

Me han hablado muy bien de ella

pero aún no la he visto.

La busco en Google Play a ver si está.

(sábado 10 de junio, 17:09h p.m.)

Sino fuera porque me llevo

fatal con las máquinas

me hubiera hecho astronauta

Para poder conocer a ET?

;)

Claro!!

Te imaginas estar en el espacio?

Tiene que ser...

INDESCRIPCIÓN.

Lo imagino y me da vértigo.

Si me subo a un avión y ya me pongo mala...

No te gusta volar?

Muy poco.

Pero te juro que si es por  
ir a verte, no me importaría.

Ojalá llegue el día

# 24 de junio

GTALK

(sábado 24 de junio, 09:05h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Hay días que apetece

presumir de ojeras

Gracias por una noche tan especial.

Buenos días

<3

Solo los sueños de verdad

sobreviven al alba.

Que tengas un buen día.

Deseando que salga la luna

para hablar contigo.

Un beso, mi estrella

2 meses + 1 día y sumando

# 20 de julio

GTALK

(jueves 20 de julio, 05:40h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Qué es esto realmente?

Qué estamos haciendo?

Me paso el día (y parte de la noche)

pendiente del tel.

No sé dónde nos lleva esto,

no le veo sentido.

Que hay eso de conocerse

tomando un café?

Saber lo que transmite

una mirada, la piel?

La química?

Es como encapricharse de un

personaje de novela.

Dudo que esto sea real

Hola, veo que tú tampoco puedes dormir.

Tienes razón en que es algo loco,  
irracional. Yo que soy de números...

y no sé qué decirte, ni qué  
argumentos poner sobre la mesa  
para que no huyas.

Si lo pienso de forma fría, yo  
tampoco entiendo qué estamos

haciendo.

Hacia dónde nos lleva esto.

Sé que la distancia no lo pone fácil.

Y mi negativa a dar un paso más...

Solo espero que me des la oportunidad,

Y que con el tiempo lo comprendas.

Parece tan irreal a veces,

pero te siento tan cerca siempre.

Creo que necesito poner distancia.

Una pausa.

Asentar sensaciones.

Como desees.

# 23 de julio

GTALK

(domingo 23 de julio, 00:40h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Mi teléfono te echa de menos.

(Y yo también).

Tus silencios convierten

los instantes en milenios.

Mi experimento ha concluido.

Yo ya sé lo que quiero:

Te quiero en mi vida.

Mensaje sin leer

(17:01h p.m.)

Sigo aquí.

Mensaje sin leer

(22:56h p.m.)

Tengo la sensación de

emprender un viaje,

el que siempre soñé hacer.

A qué viaje me llevas?

No importa.

Te sigo, eres mi estrella.

Seguiré aquí.

3meses (y quiero más)

# 25 de julio

GTALK

(martes 25 de julio, 09:36h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Desde que me levantado que escucho

en bucle la canción Unsteady de X Ambassadors

<https://open.spotify.com/track/71GKEWMXVWWTt3X71Bv44I?si=UOQjit4MShuf4FVCvTIAOA>

No te sueltes,  
porque yo no te soltaré

# 4 de agosto

GTALK

(viernes 4 de agosto, 22:03h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

“Estar contigo”

es como jugar con

fuego.

Me ardes .

En los dedos.

En la piel.

...

Eso es por culpa

de la ola de calor

El verano.

Por cierto, odio esas comillas.

Esas que nos separan.

No te menosprecies,

mi estrella.

Me quemas las entrañas

como si fueras el sol.

Yo también las odio!!!

Una ducha?

Es una invitación?

Me voy desnudando.

Dudo que la necesites.

Estoy segura que  
ya te he acompañado  
más de una vez.

Y más de dos...

Creo que yo también voy  
a pasar por el chorro  
de agua fría.

Piensa en mí.

Siempre.

# 15 de agosto

GTALK

(martes 15 de agosto, 19:19h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Nuevo record.  
128 mensajes y solo son las  
siete de la tarde.  
Suerte que no son SMS de  
los que se pagaban.

¡¡Claro!! Si llevas todo  
el día mandándome fotos  
desde la playa.  
No es una queja, que conste.  
Ya conozco tus pies, una  
deliciosa porción de cadera  
y un trozo de biquini azul.

Por cierto, llevas la cuenta?  
Pensaba que aquí el de números  
era yo.

Me es imposible concentrarme  
en el libro (y eso que está  
de lo más interesante)  
;) )  
Alguien me distrae continuamente.  
Y que conste que no es una queja.  
Por cierto, a mí también me ha

gustado conocer tus pies  
(aunque fuera dentro de la bañera y no en el mar)  
:D

Y tu ombligo...

Y alrededores...

Creo que voy a soñar con él.

(Mucho).

Yo soñaré (despierto y dormido)  
con el día en que tu cadera y mi ombligo  
se conozcan al fin.

# 26 de agosto

GTALK

(sábado 26 de agosto 21:19h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Esta noche celebramos el cumple de Mencía.

Foto adjunta enviada.

Señora,

Al habla los de emergencias.

El individuo acaba de sufrir  
un colapso.

Si sobrevive, le avisamos.

PD: Eres preciosa.

Aunque no pueda verte la cara.

Entiendo que te gusta el vestido.

Tanto que solo puedo pensar  
en quitártelo.

Disfruta de esta noche.

# 1 de septiembre

GTALK

(sábado 1 de septiembre, 22:03h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Foto adjunta enviada.

Acabas de mandarme una foto en pelotas?

Eh... que llevo una toalla.

El vestido no me quedaba tan bien...

Te la debía de la semana pasada.

Hola

Eoo... estás ahí?

Diossss...

Es un Dios, qué hombre!

O

Un Dios, pero qué es esto?

Es un QUIÉN CARALLO VA A DORMIR A PARTIR DE AHORA?

Bienvenida a mi insomnio, querida.

Yo sigo soñando con aquel biquini,  
con tu cadera...

con el “vestido” del otro día...

(si puede llamarse vestido a tan poca tela)

Tan corto, tan ceñido, tan sugerente...

# 22 de septiembre

GTALK

(jueves 22 de septiembre, 19:55h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Esta noche a las diez entra el otoño.

Lo que significa que queda inaugurada  
la temporada de manta y pelis de Navidad.

Así no parezco tan loca

Te apetece que veamos una  
esta noche?

Te dejo escoger

Me encanta el plan.

Love actually?

Navideña y una de mis favoritas

# 25 de septiembre

GTALK

(domingo 25 de septiembre, 10:20h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Hoy me he levantado con una  
certeza que me tiene temblando.

Me he enamorado de ti.

Me siento perdida.

Me asusta pensar que esto

es solo una fantasía.

Tengo miedo a despertar

Compartimos la ilusión y el pesar.

Yo tampoco sé que decirte.

Esto es real. Lo sé.

Pero fuera también hay una

realidad y me da miedo

cómo afrontarla.

Lo único que me falta por

decir es absurdo: te quiero

Decir te quiero  
te parece absurdo?

No lo entiendo

Me parece absurdo

decir algo cuando

hace meses que es tan real.

Tan palpable.

Tan obvio.

Lo sé.

Lo sabes.

Te quiero.

Me gusta escribirlo.

Me gusta leerlo.

Sueño el día que pueda

decírtelo en voz alta.

Yo también sueño con ese día.

Por mucho que no lo diga.

# 2 de octubre

GTALK

(lunes 2 de octubre, 07:10h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Buenos días mi estrella.

Esta noche estabas tan adentro

de cada uno de mis deseos que me

costó conciliar el sueño.

Te deseo un feliz día.

Te quiero.

Buenos días

El día es precioso.

Brilla como mi sonrisa.

Como mis ojos.

Brilla como la palabra TE QUIERO.

# 13 de octubre

GTALK

(viernes 13 de octubre, 23:55h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Llevo un día de mierda.

Y la noche sigue el mismo patrón.

No entiendo qué estamos haciendo.

Siento que vamos a la velocidad

de la luz y vamos a estrellarnos

en breve.

Esto no lleva a ninguna parte,

no puede llevar a nada cuando

hay tanto que nos separa.

Mereces más que esto.

Mereces más de lo que puedo darte.

Te entiendo.

Lo peor de todo es que conozco

esa sensación.

Pero algo me impulsa a seguir.

Puedo llamarte?

No es buena idea.

No hay nada que puedas decir

que haga desaparecer esta maldita

sensación.

Hoy soy yo el que te pide tiempo.

El que necesites.

Si quieres silencio, lo tendrás.  
Si quieres que hablemos, aquí me tienes.  
Tengo dudas, como tú,  
pero también la certeza de que te quiero.

No dudes de lo que siento por ti,  
si no existiera este sentimiento,  
no habría lugar para las dudas.

# 23 de octubre

GTALK

(lunes 23 de octubre, 07:20h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Hoy hace 6 meses que tomé  
la mejor decisión de mi vida.  
Aquel: Hola, me encanta tu Nick

Crees en el destino?

No hay tormenta ni Dios que  
pueda cambiar lo que  
escribió la luna hace mil años ya.

# 7 de noviembre

GTALK

(martes 7 de noviembre, 23:35h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

La luna en mi noche tan sola,  
enciende tu nombre en mi mente;  
esa luz, como una ola, que me lleva  
y me envuelve en tu cuerpo caliente.

Serás de números, pero  
déjame decirte, querido Sirius,  
que tus palabras tienen el  
poder de calmar mi ansiedad.  
Daría lo que fuera para que  
estuvieras aquí. Ahora.  
En mi cama.

Date la vuelta.  
Cierra los ojos.  
Estoy aquí.  
Detrás de ti.  
Velando tu sueño.

# 16 de noviembre

GTALK

(jueves 16 de noviembre, 20:00h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Ya lo tenéis todo listo  
para el finde?

Uff...

Esta mañana Mencía un poco más y  
le chiva a Aloia los planes

y la “fiesta sorpresa” para su cumple.

Pero sí, ya tenemos el hotel en Vigo y todo organizado

Te voy a extrañar.

Disfruta y piensa mucho en mí

<3

# 27 de noviembre

GTALK

(lunes 27 de noviembre, 21:38h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

No sé cómo lo haces  
pero por segunda vez  
has hecho que haga algo por  
primera vez.

Ui ui uiiii  
No sé si preguntar

Foto adjunta enviada.

No sabía que el espíritu navideño  
era contagioso  
;)   
Para ser tu primer árbol de Navidad  
te ha quedado genial

Ojalá estuvieras aquí

<3

# 5 de diciembre

GTALK

(martes 5 de diciembre, 22:58h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Cómo puede ser que, de repente,  
unas luces navideñas me parezcan  
tan sensuales?

La casa está a oscuras  
solo hay encendidas las del árbol  
y no puedo dejar de imaginarte  
desnuda, tumbada en el sofá...

Nunca las había visto así.

Yo también estoy a oscuras, salvo el pino

Yo también me imagino en ese sofá

Dios, te necesito aquí

Ahora...

Casi puedo sentir como te toco,  
oigo tu risa.

Me estoy volviendo loco...

# 22 de diciembre

GTALK

(viernes 22 de diciembre, 07:11h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Llevo días dando vueltas a una idea.

Alocada. Mucho.

Pero estoy dispuesto.

Soy toda oídos.

Mejor dicho, ojos

Tengo una propuesta para ti.

Una que implica saber:

el tacto de mi piel.

A qué huelo.

...

Me estás proponiendo vernos?

Y el miedo?

Y si...

Te estoy proponiendo de quedar.

He vuelto a casa por Navidad,

como los turrone.

Sería el mejor regalo de este año.

Y de mi vida.

Si lees bien, he dicho quedar,  
no vernos.

No te entiendo.  
No me hagas esto...  
Sabes las ganas que tengo,  
no juegues conmigo.

No juego.  
Los dos tenemos ganas de  
dar el siguiente paso,  
Correcto?

Sí

Los dos tenemos ganas de  
tocarnos. Olernos. Besarnos...  
Correcto?

Sí

Los dos tenemos que al  
conocernos se pierda la magia.  
Correcto?

Sí

Entonces te cuento mi plan y  
luego ya me dices.

Quiero que quedemos en un hotel,  
en una habitación, para ser exactos.  
A oscuras.  
No quiero verte. Aún no.  
Solo quiero sentirte. Tocarte.  
Y de ya te digo que te besaré,

porque sé que no podré resistirme.

He tenido otras relaciones, de las normales, y esto no lo había sentido nunca.

Los dos necesitamos dar un paso más, pero yo aún no estoy preparado para pasar de esta fase.

Me gusta demasiado esto.

La adrenalina que comporta, lo loco que me vuelven tus mensajes, pero tengo la necesidad de tocarte y abrazarte.

Quiero más.

Pero aún no estoy preparado para el “todo”.

Cuánto llevas pensando en esto?

Semanas.

Desde que compré el billete de vuelta a casa, la verdad.

Si necesitas tiempo para pensarlo,

lo entiendo.

No pasa nada.

Haber llegado hasta aquí ya

me parece una locura.

Estoy enamorada de un hombre del que solo conozco algunas partes de su cuerpo y un puñado de palabras.

Son solo sensaciones que me atrapan y me tienen completamente loca.

Por ti hago cosas que nunca creí:

Como tener un romance por internet o acudir a una habitación de hotel, a oscuras, para poder tocarte al fin.

Me da miedo confesar que desde que lo

has propuesto tengo el sí en la punta  
de los dedos.  
Pero dame tiempo.

Seguiré aquí.

Tanto si es un SÍ como un no.

# GTALK

(viernes 22 de diciembre, 23:50h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

No puedo dormir.

No dejo de imaginar cómo sería.

Cuéntame tus planes.

Has tenido más tiempo

que yo para pensarlo.

Escogerás un hotel.

Reservaré una habitación.

Si te sientes más tranquila,

será de día.

Yo iré antes y lo prepararé todo.

Te mandaré un mensaje con el

número de habitación.

Llegarás, te abriré la puerta.

Y cuando la cierres tras de ti,

me acercaré y por primera vez podré tocarte.

Un hola y un beso en la mejilla.

Tú, solo tú, decidirás cuánto

tiempo y qué hacemos.

Solo tú.

Es una locura,

pero suena demasiado tentador.

Creo que debo avisarte de algo:

No sé si seré tan caballero.

Puede que al tenerte tan cerca

el beso sea en los labios.

Que te abrace para no soltarte.

Que se me olviden las palabras y  
sean mis dedos quien te las dicte  
sobre tu piel.

Dios...

Me has convencido.

Te prometo dos cosas:

No te arrepentirás de  
haber confiado en mí.

Haré que merezca la pena.

## 23 de diciembre (15h)

El destino había querido que aquel sábado hiciera justo ocho meses que hablamos por primera vez. Ocho meses que a veces me parecían una eternidad y en otras ocasiones sentía que habían pasado demasiado rápido, sin tiempo a asimilar lo ocurrido. Con días en los que reinaba la ilusión, otros el amor y en otros tantos la incertidumbre. Porque aquello había sido como una montaña rusa con momentos que rozaban el delirio, y otros en los que lo único en lo que podía pensar era en que aquello era irreal, su negativa por conocernos seguía clavada como una espina que algunas veces supuraba y supuraba poniéndome enferma al creer que aquello era solo un juego para Sirius, algo ficticio. Había pasado parte de la primavera, todo el verano, todo el otoño escribiéndome con alguien que no sabía ni de qué color tenía los ojos o si tenía hermanos; pero en cambio, conocía sus rutinas, como que adoraba el café y no soportaba las infusiones. Que era de esas personas que aman la noche por su tranquilidad, que necesita pocas horas de sueño, pero son perezosas por las mañanas. Un apasionado del mar, a quien le encantaba todo lo relacionado con la ciencia ficción, fueran libros o películas. Que adoraba la música, pero sobre todo el silencio, solía repetir que estaba menospreciado y le di la razón cuando me di cuenta de que muchas veces disfrutaba de ese silencio sin darme cuenta. Que podría ser vegetariano sino fuera porque adoraba el jamón. Que era de naturaleza cohibida, le costaba abrirse con la gente y hacer amigos. Que le encantaba su trabajo pero que lo obligaba a alejarse de su familia y seres queridos; que le gustaba, a pesar de que a veces la soledad se lo tragaba sin contemplación durante unos días. Había tenido tres relaciones importantes, la última había durado solo unos meses, desde el inicio sabía que lo suyo no iba a funcionar, pero se divertía con ella y lo hacía sentir bien, y eso durante un tiempo era suficiente. Que le encantaba ir a las playas nudistas y que dormía desnudo, siempre había odiado los pijamas y era algo que durante su infancia llevaba de cabeza a su madre hasta que lo dejó por imposible.

Estaba enamorada de Sirius pero no se lo había contado a nadie. Ni Mencía ni Aloia sabían nada de todo aquello. Solo había un motivo y era que en el fondo sabía que aquello era una locura. No solo porque iba de camino a un hotel a encontrarme en una habitación de hotel a oscuras con un hombre, era estar tan completamente enamorada de alguien a

quien no conocía. ¿Quién se escondía detrás de Sirius? Y sobre todo, ¿por qué mantener siempre ese anonimato? Mi parte racional aún se quejaba de haber aceptado. Estaba loca por aceptar vernos en aquellas condiciones, pero el deseo de estar con él por fin, gobernaba sobre el resto. Era un paso más de lo nuestro, algo por fin palpable (esperaba que muy palpable).

Faltaban cinco minutos para las tres cuando entré en el hotel. Había escogido uno cerca de la nacional que iba a Ferrol, en una zona comercial. Entré con la mirada al frente y acompañada por el sonido que hacían mis tacones sobre el mármol del *hall*, quería mostrar que era una mujer segura de sí misma, pero la verdad es que un sudor frío me cubría las palmas de las manos y tenía el corazón apunto del infarto. Sabía que solo era una sensación, pero notaba la mirada sobre mí de todos los que me rodeaban, por la izquierda la recepcionista, por la derecha, la pareja que estaba sentada en los sillones con las maletas al lado... unas miradas inquisitorias como si supieran hacía dónde iba y para qué.

Solté una sarcástica carcajada mental, ¡pero si ni yo no sabía lo que iba a ocurrir!

Mis pasos, a veces rápidos, otros lentos dependiendo del pensamiento que en ese instante turbara mi mente, se dirigieron decididos hacia el ascensor. Una vez dentro, más que respirar sollozaba como si fuera el caballo ganador después de la mítica carrera de Ascot. Eran solo tres pisos que, en contra de todo pronóstico, se me pasaron en un suspiro; cuando las puertas se abrieron me entró un ataque de pánico, para ser sincera no le di ni importancia, ya llevaba unos cuantos desde que me había levantado aquella mañana.

Soltando el aire por la boca, en un gesto poco glamuroso, salí sin fijarme en el cartelito donde informa hacía donde están las habitaciones, por eso primero fui a la derecha para luego darme cuenta que era hacia el otro lado y tuve que dar media vuelta. 317. Frené de golpe. Respiré. Me alisé el vestido. Respiré. Me ahuequé el pelo. Cerré los ojos e inspiré. Oí un ruido al otro lado de la puerta y sonreí, todo el pánico se esfumó. Estaba allí porque después de meses soñando con poder tocar a Sirius, ese momento por fin había llegado. Mis nudillos volaron acelerados hacia la madera y llamé discretamente. Ya no había marcha atrás.

Al segundo la puerta se abrió y de detrás surgió una mano, la mía salió en su busca. Necesitaba aferrarme a algo, algo real. Necesitaba tocarle, olerlo, me preguntaba a qué olería, cuál sería el sabor de sus besos, el tacto de su piel. Necesitaba conocer al Sirius de carne y hueso. Pero también reconozco que estaba acojonada, tenía miedo, ya no solo a lo que iba a pasar, fuera lo que fuera, era el después. ¿Qué sería de mí después de aquel

encuentro? ¿De nosotros? ¿Existiría un “nosotros”? Porque el hormigueo que me produjo el contacto de nuestras manos, aquella electricidad me decía que allí había un punto de inflexión. A partir de ahí había un antes y un después.

Tiró de nuestras manos hacia dentro, la puerta se cerró detrás de mí y fui engullida por la oscuridad. Un nudo de mariposas me contrajo el estómago.

—Dios, no veo nada —balbuceé, estaba tan nerviosa que la voz me salió entrecortada.

Sentí como se aproximaba por detrás, nuestras manos seguían unidas, solté una risa en medio de la respiración, me temblaban hasta los labios. Supongo que lo notó porque me dio un apretón que me transmitió algo así como un “estoy aquí, tranquila”. Su pecho se encontró con mi espalda y mi corazón estalló. Me olvidé de respirar cuando me apartó el pelo del hombro con delicadeza y sus labios rozaron mi piel.

—Ese era el trato —murmuró junto a mi oreja—. Hola.

Sí, era el trato, pero no me imaginaba que no ver aumentara tanto las sensaciones, solo sentía su presencia gobernando todo mi espacio. Su olor me abrazaba, era embriagador y excitante. No podía pensar con claridad.

—Hola —lo saludé con la boca seca, era incapaz de tragar.

—Hueles igual —susurró y su aliento me cosquilleó justo en el hueco de la clavícula.

—¿Igual?

—A como imaginé. —Su labio tanteó esa zona en una caricia que resultó fugaz y volátil. Jadeé, temblé. Tenía las emociones a flor de piel. Una piel que estaba ansiosa y receptiva. Un solo roce y ya me tenía lista para él.

Me di la vuelta. Parpadeé en vano, mis ojos ya se habían acostumbrado a esa oscuridad, pero aun así seguía sin distinguir nada. Me quedé paralizada de miedo y de ganas. Aterrada, pero sin querer estar en ningún otro lugar, ni con nadie más. Liberó mi mano de su agarre para recorrer con los dedos mis antebrazos, notar como iba ascendiendo era agónico, mi cuerpo se contrajo cuando llegó al cuello y con los pulgares dibujó el contorno de mi rostro, siguiendo la mandíbula hasta el mentón, pensé que subiría hasta los labios, pero no. Yo también ansiaba tocarlo y mis brazos se despegaron de mi cuerpo para hacerlo en el de él. Las apoyé en su pecho, con las palmas abiertas absorbiendo el calor que desprendía, notando el latido veloz bajo ella. Inclino la cabeza un poco hacia abajo y

su pelo me hizo cosquillas en la frente. Me puse de puntillas, no veía nada, pero mi boca tomó el camino como si supiera hacia dónde dirigirse, su aliento chocó con el mío y nos dio la risa de puro nervio, y después el silencio. Hasta el corazón y la respiración se detuvieron prediciendo el momento que estaba a punto de pasar. Sabes a cuál me refiero. El antes, ese preliminar en el que no ocurre nada y todo a la vez. Donde se mezcla el deseo, con el anhelo. Ese impase para coger impulso. El cosquilleo de la adrenalina hirviendo la sangre y haciendo estragos en el estómago al hacer mil hipótesis de cómo será, qué ocurrirá después, mañana... o quién dará el paso definitivo. Fue él. Sus labios tocaron los míos en un ligero parpadeo, para acoplarse después en un beso contenido lleno de ilusiones. Su lengua se enroscó con la mía y empezaron aquella danza sensual, deseé que aquello no terminara jamás. Fue entonces cuando me di cuenta de que hay fantasías y hay la realidad, pero Sirius fue capaz de convertir aquel beso en realidad y superar cualquiera de mis fantasías. Aquello era lo más excitante y sensual que había experimentado en mi vida, no sabía cuál sería su siguiente paso. Ni podía ver sus expresiones, solo me guiaba por el sonido de su respiración entrecortada. El latido de los corazones. El roce del piel con piel, el chasquido de los besos.

Hundió los dedos enroscándolos en mi pelo, gimió sobre mi boca cuando se dio cuenta de que estaba desabrochándole los primeros botones de la camisa y escondí la mano. Confieso que encontrarme con un torso firme y cubierto de vello hizo que notara un calor abrasador entre los muslos, pero también había una chispa de decepción, porque por un momento, solo una décima de segundo pensé en Teo y en su pecho lampiño. Sirius me mordió el labio inferior y lamió consiguiendo que dejara la mente en blanco. Aquello era una locura. Una que me tenía completamente a su merced. Llevaba la camisa por fuera, terminé de desabrocharla y pasé las manos por debajo para pasearlas por la espalda, que era ancha y estaba tonificada. No sabía si tenía un tatuaje, de qué color era su piel o cuántas pecas tenía, pero me sentí en casa cuando me abrazó con fuerza. Y allí nos perdimos quizá un minuto, puede que fueran diez. Solo allí, abrazados, oliéndonos, agarrados al otro. Asimilando. Reteniendo sensaciones.

Le besé el cuello y fui descendiendo, sus manos se perdieron bajo la falda el vestido, recorriendo el muslo, cuando se dio cuenta que llevaba pantis soltó un gruñido cavernícola que conectó directamente con mi entrepierna que se contrajo ansiosa. Lo deseaba como pocas veces había deseado a un hombre. Mi piel ardía anhelante, quería sentirlo ya dentro. Quería todo, pero al mismo tiempo me volvía loca aquellos lentos preliminares. Metió el dedo bajo la tira del ligero y siguió hasta llegar a las braguitas. Cuando se paseó por encima del Monte de Venus y apretó fuerte, contuve el aliento, mi boca sobre su pezón

aguardó a su siguiente movimiento. Deslizó la mano más abajo y me removí como una culebra en celo al sentir la punta del dedo dentro de mi ropa inferior. Gemí y separé los muslos en una clara invitación, quería más y me lo dio. Dentro. Fuera. Jugando con la humedad, extendiéndola, pellizcándome el clítoris. Matándome lentamente.

Sentía que mis piernas eran incapaces de sostenerme a mí y a toda aquella oleada de deseo y sentimientos. Rodeé su nuca, creo que se dio cuenta de que más que abrazarlo, me estaba apoyando en él porque me cogió por la cintura para alzarme sin esfuerzo, enrosqué mis piernas a sus caderas y dejé que me llevara donde él quisiera.

Se recostó en la cama conmigo debajo y su peso fue como una deliciosa prisión. Su boca recorrió el contorno de la mandíbula, siguió por el cuello hasta el hombro donde dejó un pequeño mordisco. Lo agarré más fuerte del pelo. Se separó y yo aproveché para sentarme y quitarme el vestido, al no ver nada nos dimos un cabezazo que hizo que los dos soltáramos una exclamación para luego reírnos a carcajadas. Era raro, porque estábamos solos pero todo eran susurros, como si por el hecho de estar a oscuras impidiera alzar la voz. Toda esa atmosfera le confería al encuentro un plus de secretismo que aumentaba la adrenalina. Como si fuera algo prohibido. Y, por si fuera poco, la situación subió un grado de erotismo con el ruido que hacíamos al desprendernos de la ropa. Cuando acabé, lo busqué a tientas y él tiró de mi mano dejándome sentada sobre él. Nuestros labios se acoplaron como esos amores que llevan meses sin verse. Apremiantes, necesitados. Sus manos se pasearon por mi espalda, se agarraron a mis nalgas presionándome hacia abajo para notar en medio de mi deseo, el suyo. Grande. Latente.

—¿Estás segura? —preguntó en un hilo de voz.

Estaba segura de que nunca había deseado tanto a un hombre. Estaba segura de que había perdido completamente la razón. Estaba segura de no querer estar en otro lugar ni con nadie más. Estaba segura de estar haciendo lo que llevaba meses deseando y era mejor de lo que esperaba. Llegó un punto que no me importaba de qué color eran sus ojos, ni su pelo, si tenía pecas o manchas en la piel. Sentí que ya no había distancia entre nosotros. Ni una pantalla. Nada. Por no haber, no había ni ropa. Ni miedos. Ni prejuicios. Nada. Solo éramos esas dos personas que se habían pasado horas y horas chateando y por fin había llegado la hora de pasar a lo carnal.

Asentí sin pensar que estaba tan oscuro que no serviría de nada. Era incapaz de ordenar mis pensamientos para hacer una frase entera, así que solo murmuré con la boca seca:

—Tú. Yo. Aquí. Ahora. —Nunca había estado tan segura de nada.

Estiró la mano e hizo ruido buscando los preservativos que imaginé había dejado sobre la mesita. Me moví hacia abajo y con la boca fui dejando un camino de besos desde el esternón hacia el ombligo, hasta llegar a su erección.

—Para, no me distraigas o harás que me olvide de todo y te folle a pelo.

Como respuesta pasé la lengua sobre la vena e introduje todo su miembro en mi boca. Mi sexo se contrajo al notar como crecía un poco más. Posó su mano sobre mi cabeza instándome a seguir, de su boca salieron gemidos que me apremiaban a ir más deprisa, a lamer, a morder, a absorber la punta.

—Dios, para...

Me cogió de la cintura y rodamos. En cuestión de segundos se tumbó sobre mí acomodándose entre mis piernas. Su boca se perdió entre mis pliegues, con la lengua dio unos toques que me hizo que me vibrara el clítoris. Me agarré de su pelo y me mordió el labio inferior con saña cuando noté los primeros espasmos y a la coreografía le añadió dos dedos que intensificaron el placer cuando estallé.

Mientras recuperaba el aliento oí como se sentaba y rasgaba el plástico, mi latido aún era errático cuando sentí como se hundía en mí de forma lenta y agónica. Lo besé degustando el sabor de mi orgasmo en sus labios, me sostuvo entre sus brazos, besándome con intensidad y empezó a moverse con firmeza, pero sin prisas.

«No quiero que esto acabe».

Quise detener el tiempo, quedar allí tal cual estatua con él dentro de mí, con mis uñas clavadas en su culo y sus dientes en mi cuello. No solo por el placer que sentía, sino porque me daba pavor el post-orgasmo. El ¿y ahora qué?

Me mente se quedó en blanco y me dejé llevar por un fulgurante deseo que me invadió cuando mordió el pezón y tiró ligeramente de él hacia arriba para luego calmarlo con la lengua, mientras el otro recibía las atenciones de su mano. Me alzó las piernas buscando un nuevo ángulo e incrementó el ritmo, dándome lo que ansiaba. Arqueé la espalda y alcé las caderas dibujando un círculo sobre su centro, jadeó, gemí. Me agarré a su cuello, tirando de su pelo, pidiendo más, aceleró el ritmo, penetrándome de un modo salvaje. Quería gritar, quería más. Era una deliciosa tortura que me arrancaba monosílabos que los acalló con su boca en un beso posesivo, rozando lo primitivo. Perdí completamente el control. Mi cuerpo estalló y lo arrastré conmigo.

Nunca había sentido aquello, era como volar, como estar tumbada sobre una ola del mar, sentía el cuerpo levitar y mi piel ardía y hormigueaba incapaz de asumir tanto deseo. Permaneció sobre mí sin moverse lo que me pareció una eternidad con sus labios pegados a mi cuello, recuperando el aliento y la cordura. Mis dedos, antagonistas de mi respiración, se pasearon lánguidos dibujando estrellas en su espalda.

—¿Cómo te sientes? —susurró apartándose un poco y apoyándose sobre los codos.

—No lo sé —confesé, sonriendo.

—Un “no lo sé” de bien o un “no lo sé” de joder, qué horror.

—Un “no lo sé” de esto no puede ser tan bueno, joder.

Noté sus labios vibrar con su sonrisa sobre los míos antes de condensar en un beso todas aquellas emociones que no sabíamos aún gestionar. No sé cómo, pero fue más íntimo y revelador que lo que acababa de ocurrir. Después de lo que me pareció el beso más largo de la historia, se levantó para quitarse el preservativo. Encontrarme a oscuras, sola en la cama, hizo darme cuenta de que ya estaba hecho. Nos habíamos acostado. No había marcha atrás. Ni se podía deshacer. Había pasado meses deseando estar así con él y por fin se había hecho realidad. Los espasmos se fueron haciendo cada vez menores hasta desaparecer y a medida que recobraba la respiración la realidad fue más palpable.

«¿Qué pasará ahora?

¿Hablamos?

¿Se va?

¿Me voy?».

El colchón emitió un leve gemido cuando volvió a tumbarse, tiró de mí para que me acurrucara en su pecho. Dejó un dulce beso en mi frente y me abrazó pasando su brazo por mi cintura.

—Deja de pensar. Danos solo un instante más —susurró como si me hubiera leído la mente.

Volvió a besarme la frente, dejó otro en la punta de la nariz antes de buscar mis labios para besarme lento, suave. Me hizo pensar a cuando era pequeña y en verano e íbamos a recoger moras, mi madre las cogía sin ton ni son, de dos en dos y de tres en tres, decía que si eran para hacer mermelada poco importaba, pero mi tía las cogía de una en una, con mimo. Sirius con aquellos besos era como mi tía, como si quisiera llenar un tarro

y almacenarlos y ese pensamiento me provocó angustia y decepción. Yo no quería tener un tarro de recuerdos, yo quería tenerlo a él en mi vida. En mi cama cada noche. En cada despertar. Y no, esa certeza no me asustó, en cambio perderlo sí. Me entró frío y empecé a temblar, y si algo me quedó claro es que él parecía tener un radar para saber cómo me encontraba porque de nuevo me abrazó con más fuerza, pegándome a su piel pero ni el sonido de su latido bajo mi oído fue suficiente. La desazón seguía inquebrantable.

—Yo tampoco sé dónde nos va a llevar esto —susurró con sus labios pegados a mi oído—. Sea lo que sea no me arrepiento de nada.

—Ni yo —admití besándole el pecho—, ¿y ahora?

Y en ese “ahora” incluía el presente más inmediato, como el del resto de mi vida.

—Ahora creo que lo mejor será que me vaya. —Me puso un dedo bajo el mentón para que alzara la cabeza y me besó—. Date la vuelta, entierra la cabeza bajo la almohada y dame dos minutos para recoger mi ropa e irme.

No sabía cómo despedirme, ¿qué era lo correcto? Un “hasta luego”, un “gracias”, un “nos vemos pronto” todo me parecía ridículo.

—Yo... esto... —balbuceé sobre sus labios—. Quiero que sepas que ha sido increíble y que...

—*Shhh...* —me silenció con otro beso, apoyó la frente contra la mía y suspiró profundamente—. Te escribo.

Cogió la almohada y supe que nuestro momento había acabado. Me tapé con la sábana como si fuera una oruga y me cubrí la cabeza con el cojín. De repente me daba miedo y vergüenza que me viera. No encendió la luz, imaginó que con la linterna del teléfono fue suficiente para recoger las cosas y vestirse. Oí la puerta abrirse y luego se hizo el silencio como si dudara de qué hacer, soltó un hondo suspiro, tan profundo que en él cabían todas las dudas, después escuché el chasquido de la puerta cerrarse poniendo fin a aquella locura.

## 23 de diciembre (18h)

Me di un minuto. O quizá quince. Da igual. Lo que acababa de ocurrir en aquella habitación de hotel valía cada segundo perdido. Cuando me sentí con fuerzas para volver a la realidad tiré la almohada y palpé la pared en busca del interruptor. Encendí la luz y por fin vi el talón donde todo había sucedido. Al ver el amasijo en que se habían convertido las sábanas, mi ropa tirada de cualquier manera... me eché a reír y a temblar. Rodé hacia el otro lado inspirando, buscando su olor. Me gustaba aquella sensación, la que sentía en aquel momento, nunca había sentido algo así, sentía el futuro. No sé cómo ni cuándo, pero sentía que aquello iba más allá. Olía a esos finales de pájaros cantando. Los oí, estaban en aquella habitación como si fuera un nido en primavera. Estaba eufórica y feliz. Algo llamó mi atención, algo que había sobre la mesita de noche del lado contrario al que estaba, cuando ladeé la cabeza para verlo bien, me tapé la boca ahogando un grito. Rodé hacia allí, con dedos temblorosos, cogí la rosa seca y me la llevé a la nariz. Ya no olía, pero igualmente me quedé allí con los ojos cerrados imaginándolo haciendo el mismo gesto. Saber que la había guardado durante aquellos meses hizo que una lágrima me recorriera silenciosa la mejilla. Tenía las emociones completamente saturadas. Había algo más, una bola de nieve. Dentro había un árbol de Navidad y una pareja sentada en un banco delante de él. Venía con una nota atada en un cordel:

La vida es más bonita cuando la pones del revés.

Feliz Navidad, mi estrella.

Decir que aquel regalo me encantó es quedarme corta; sin duda era el más bonito que había recibido en toda mi vida, aquella bola me representaba a mí, con mi *frikismo* por todo lo navideño, y también a los dos, porque deseé con todas mis fuerzas que un día pudiéramos estar así juntos, sentados en un banco contemplando un árbol de Navidad con las luces encendidas.

Me levanté para coger el bolso y mandarle un mensaje.

GTALK

(sábado 23 de diciembre, 18:20h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Gracias

me ha encantado.

Lo siento,

no pensé en traer nada...

Soy lo peor, me siento fatal.

Me alegro que te gustara.

Te equivocas, me has ofrecido

el mejor regalo, tu confianza.

Mi cuerpo aún tiene restos de ti

y ya te echo de menos.

Dime que habrá más.

Habrà todo lo que desees.

Lo deseo todo.

Y yo quiero dártelo todo.

Solo te pido tiempo.

Pues ese será mi regalo.

Lo tienes.

Con el teléfono aún en la mano, y una sonrisa que abarcaba de oreja a oreja me acerqué al ventanal y descorrí las cortinas.

## GTALK

(sábado 23 de diciembre, 20:50h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Cómo era el vestido?

Perdón?

Estoy reviviendo lo sucedido.

(La verdad es que llevo haciéndolo

desde que salí de allí)

y me pregunto cómo era el vestido,

de qué color era.

Y las medias?

Dímelo.

Rojo, muy navideño

Medias negras, con un dibujo

de estrellas en los laterales

Y tú camisa?

Lisa, negra.

Igual que los vaqueros.

Calzoncillos, también.

Mi lencería también era negra.

No tienes ni idea de lo que  
me provocó notar el liguero.

Lo noté muy bien...

Dime por qué coño estamos  
escribiéndonos, en lugar

de seguir en la habitación?

Te recuerdo que el que se fue  
fuiste tú.

Y me flagelo por ello.  
Dios, lo que daría por  
tenerte desnuda en mis brazos.

Pagaste por una noche, no?  
Aún tienes la llave?

Joder, no me tientes.

Te tientas tú solo

Dime que estás igual que yo!  
Que solo de pensar en volver allí  
te hierve la sangre y los pies ya  
están en la puerta.

Tengo el pomo en la mano...

Deja el pomo y cógeme a mí...

No voy a seguir por ahí.  
Si quieres algo tendrá que ser  
en directo.

Haré todo lo posible para  
que sea lo antes posible.

Aquella noche, antes de bajar las persianas, abrí la ventana y a pesar de no ver la luna le pedí que aquello fuera posible. Ya no pedía que fuera fácil, lo nuestro no lo era ni en su inicio. Siempre hubo más. Ni solo fueron unos simples mensajes ni aquella tarde había

sido solo sexo. Había más, y por complicado que fuera creía en él.

**PRESENTE**

## 24 de diciembre (II)

—Sigo alucinada —dijo Mencía, apurando el chupito cuando terminé de relatarle todo lo ocurrido. London estaba en su regazo ronroneando gustoso de sentir los dedos de ella acariciarle con una dulce cadencia sobre su lomo.

—Ya. Yo ahora haciendo el repaso ni me reconozco.

Nos dio la risa, pero de esa que te arranca del pecho y te sacude en pequeñas convulsiones. Mencía acabó tirada en el suelo, cogiéndose la barriga; pero mi risa cesó de golpe cuando oí un pitido y el sonido de la vibración sobre la madera.

—Es él —dije carraspeando y poniéndome en pie de un salto para coger el móvil.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sentándose sobre la alfombra e intentando sin conseguir peinarse un poco su melena aleonada.

—Es el único que tengo en vibrador —contesté.

—¿Sabes a lo que suena eso? —rio.

Pero ya ni la contesté porque estaba leyendo.

# GTALK

(domingo 24 de diciembre, 18:50h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

No dejo de pensar en ti.

Y yo...

Quiero volver a besarte

¿Solo besarme?

Me estás proponiendo sexo cibernético?

Dios...

Estás húmeda solo de pensarlo?

Y tú, duro?

No has contestado

Tú tampoco

Lo siento, Mencía está aquí.

Joder, deshazte de ella.

Te necesito

Estás loco.

Lo siento, pero ahora no puedo.

Hablamos luego.

—Lo siento —dije sentándome de nuevo en el sofá.

—No es verdad —me señaló—. Mírate, tus pupilas brillan como pocas veces te he visto y tienes las mejillas rojas...

—Dios, esto es una locura. No dejo de dar vueltas a por qué tenemos que seguir escondiéndonos, por qué no puedo saber ni su nombre, ni cómo es... Joder, ni tan siquiera como es su sonrisa... Es desesperante.

—Ahora voy a quedar como la mala, pero lo que voy a decir es lo que siento, y sé que en el fondo tú también. No me gusta, me huele muy mal que se esconda tanto. Hay algo que no cuadra y me da miedo de que te ilusiones de un fantasma.

No me pilló a bocajarro. Ni tampoco me dolió. Me considero suficientemente lista para saber qué Sirius escondía algo; y mucho temía que si llegaba a descubrirlo, por momentos dudaba de que fuera a ocurrir, no me gustaría. Pero, joder, si algo tiene el amor es que nos atonta y nos hace creer que tenemos alas, por eso saltamos al vacío con los ojos abiertos. El hostiazo lo ves, pero eres incapaz de frenar.

—*Non sei que carallo estou facendo...* —murmuré tapándome la cara con las manos.

—Te digo lo mismo que me dijiste tú, tenemos la edad perfecta para asumir estos riesgos. Disfruta de la vida. No pienses, desconecta la razón y haz caso solo a lo que te diga el corazón.

—Pues ese dice que te largues y me dejes hablar con él.

—Vale, vale —aceptó, riéndose y poniéndose en pie—. Disfruta de tu sesión de sexo telefónico, pero esta conversación aún no ha terminado. Feliz Nochebuena. Hablamos mañana.

# 25 de diciembre

Para una friki de estas fiestas como yo, el día de Navidad suponía la traca final. Hasta donde mi memoria llega recuerdo este día con especial cariño, pero dicen que todo tiene una excepción, y para mí aquel veinticinco de diciembre fue anormal ya desde que me desperté. Lo hice en casa de mis padres —donde habíamos celebrado la Nochebuena— en la cama donde crecí, rodeada por los peluches que me acompañaron mi infancia y con el póster de Louis Tomlinson ocupando toda la parte trasera de la puerta. Sí, era una fan incondicional de los One Direction y no me avergüenza reconocer que a veces, sobre todo esas mañanas que necesitas una ducha y un chute motivador para levantarte escucho sus canciones y siento como la energía se adueña de mi cuerpo. Volviendo a lo que decía, amanecí rodeada de recuerdos de mi niñez, y habiendo soñado con Sirius de nuevo. Con lo ocurrido en la habitación de hotel, y en todo lo que me gustaría que ocurriera la próxima vez. A la que esperaba con un ansia descontrolada. Soñaba con un Sirius, a veces rubio, a veces moreno... pero en todos tenía los ojos claros y azules. Repetía a cámara lenta los besos que nos habíamos dado, las caricias... y no solo lo hacía durmiendo, la verdad es que llevaba dos días completamente abducida.

En cuanto me desperté, cogí el móvil de debajo el cojín con la esperanza de encontrar un mensaje, no fue así y no tengo problemas en confesar que me dolió un poco, estaba tan acostumbrada a despertar con un mensaje suyo que no encontrarlo era como si faltara algo. Qué pronto nos acostumbramos a los buenos hábitos, a las cosas que nos sacan una sonrisa a pesar de que sean las siete de la mañana de un lunes anodino y frío de invierno.

GTALK

(lunes 25 de diciembre, 09:12h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Feliz Navidad!

Este año todos solo pido una cosa, tú.

Un beso

Feliz Navidad, mi estrella.

Esperé a ver si escribía algo más, pero la pantalla siguió en blanco, oí a lo lejos la voz de mi madre cantar y como cada vez era más nítida a cada paso que ella daba dirigiéndose hacia las escaleras que quedaban pegadas a mi habitación. Era hora de preparar el desayuno. Me puse en pie y salí a su encuentro.

Las horas fueron pasando y si bien estaba llenas de costumbres, a medida que avanzaba el día yo me sentía más... *chof*. Para mí estas fiestas es sinónimo de felicidad, de sentir el amor bailando al viento... y yo solo sentía aquella desazón, una sensación de que algo iba mal. Había llamado a Aloia y a Mencía para felicitarles la Navidad, había comido rodeada de mi familia, pero me faltaba algo, algo que me obligaba a mirar el móvil más veces que las que nadie fuera capaz de contar. A media tarde ya no aguanté más y le mandé un mensaje; a ver, entendía que había pasado meses fuera y que quisiera estar con su familia, no éramos unos niñatos de quince años pegados al teléfono todo el día... o sí.

GTALK

(lunes 25 de diciembre, 18:33h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Harto de turrón y champán?

Mensaje sin leer



# 26 de diciembre

GTALK

(martes 26 de diciembre, 10:10h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Hola

Mucha resaca?

Mensaje sin leer

El mensaje del día anterior seguía sin leerse. Habían pasado más de veinticuatro horas desde su último mensaje y ese palpito que me quemaba por dentro y que con el paso de las horas se había hecho del tamaño de la Catedral de Santiago y que ya no había forma de ignorar. ¡Nos habíamos acostado juntos y ahora no sabía nada de él! No podía soportarlo. No quería imaginar que después de lo compartido en el hotel se desvaneciera para no ser nada. Que aquella sensación de que me había dejado manipular y le había permitido jugar conmigo tomara forma y que cada vez fuera más la única respuesta a todo.

Aquella semana la tienda estaba cerrada, aún seguía en cama dando vueltas, cuando cogí el móvil y abrí Instagram para ponerme al día. Ojalá no lo hubiera hecho. Primero me salió Aloia que había subido al monte —cuyo nombre daba el suyo— de buena mañana para quemar los excesos. El segundo no recuerdo ni de quién era ni qué, pero sí el tercero:

Wedding is coming

Y ya estaba tan furiosa y deprimida que cuando me saltó aquella imagen y sobre todo aquel mensaje me eché a llorar. Jana y Teo se habían prometido. No sé por qué me eché a

llorar ni por qué me sentó tan mal. O sí lo sé, lo he entendido con el paso del tiempo, me dolió porque vi que lo suyo era real, lo suyo avanzaba y yo me había enamorado de un hombre sin cara y del que no tenía noticias desde el día anterior. Me sentía completamente derrotada. La foto no era nada reveladora, solo unos farolillos sobre mesa mantel blanco, muy típico de esas bodas campestres al aire libre.

(14:49h p.m.)

Hola...

Por favor, contéstame.

Vaya día de mierda...

Mensaje sin leer

(19:01h p.m.)

Me mata tu silencio.

Daría lo que fuera por abrazarte.

(22:26h p.m.)

Si cierras los ojos sé que  
sientes como te envuelvo en mis brazos.  
Qué ha pasado?

Por fin.

Qué te ha pasado?

Por qué no me has contestado hasta ahora?

Están siendo días complicados.

Empezaba a dudar...

pensé que ya no querías hablarme.

Siempre quiero hablarte.  
Pero no siempre es fácil.

Perdona.

No tengo derecho a reclamarte explicaciones.

Solo es que me tenías preocupada.

Qué ha pasado?  
Puedo hacer algo por ti?

Acabo de saber que alguien se casa.

No es importante, solo alguien conocido...

Pero te ha afectado.  
Un ex?

Hubo algo efímero hace meses.

No sé por qué me ha cabreado tanto.

Sientes algo por él?

No.

Fue algo imposible desde el minuto 1.

Pero no me lo esperaba.

No tenía ni idea de que estaban

en ese punto

Puede que sea solo un rumor.

No. Es un mensaje en Instagram.

Es raro, no hay anillo

Anillo?

Ella es de esas chicas de

compartir toda su vida en las redes.

Me sorprende que haya colgado

una foto ambigua en lugar

de mostrar el anillo.

A lo mejor le va pequeño.

Mencia hace eso.

Es la reina de las hipótesis.

Quieres jugar?

No estoy de humor.

Imagina la escena: Comida de Navidad.

Las botellas de vino dejan paso al licor.

Llegan los turrones y empieza

el turno de los villancicos.

De la nada aparece el tío que

solo ves en esas fiestas.

Tío: ¿y vosotros, para cuándo la boda?

Madre de ella: ESO! Que tenemos ganas de fiesta grande.

Él: no estamos en ese punto

Ella: todavía.

Padre: pues no entiendo a qué esperáis. O es que tú

no quieres casarte con mi hija?

Él: ehhhh...

Padre: Y tú nena, lo tienes más claro que este *lelo*?

Ella: claro que sí que me quiero casar.

Y antes de que se den cuenta están

prometidos y han abierto botellas

de espumoso mientras gritan sobre

preparativos y de fechas para el gran día.

Gracias por animarme.

No sé qué me ha pasado.

Te he echado de menos.

Mucho.

Siento no haber estado para ti.

Pero la vuelta no ha sido como

Esperaba. Todo se ha complicado.

Quieres hablar de ello?

No merece la pena.

Lo solucionaré.

Estás mejor?

Olvídalo, es una tontería.

Si has escrito es porque

NO es una tontería.

Solo te echo de menos.

Nada más.

Odio que estés así.

Daría lo que fuera para estar

ahí contigo.

Y yo.

# 27 de diciembre

GTALK

(miércoles 27 de diciembre, 18:17h p.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Hola...

Estás mejor?

Lo siento.

Estoy mejor, lo prometo

Tanto te importa él?

Nunca me has hablado de ello.

Es de esas cosas de las que reniegas.

Negar lo no impide que fuera real.

Durase lo que durase.

Eres sabio querido Sirius.

Está ahí y te sigue importando.

La verdad es que el problema es otro.

Eso solo lo ha hecho que la verdad  
me explotara en la cara.

Puede que solo sean celos.

Envidio su felicidad

Dudo de todo.  
Quiero algo real para mí.  
Y tu silencio de estos  
días ha alimentado  
a los monstruos,  
esos que me avisan  
una y otra vez que esto es  
solo un juego para ti.

No es un juego.  
Nunca lo ha sido.  
Siento no poder ofrecerte  
las respuestas que tanto ansías.

El problema es que ansío  
más que respuestas.

Ojalá supiera cómo.

Sigo pidiéndote lo mismo:  
Dame tiempo.

Pides mucho. Lo sabes.

# 28 de diciembre

GTALK

(jueves 28 de diciembre, 05:10h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Sé que me vas a odiar,  
pero más me odio yo.  
Han sido unos meses maravillosos,  
tenerte en mis brazos fue un sueño,  
pero no puedo seguir con esto.  
Mereces más, mereces algo que no  
Puedo darte.  
Lo siento.

Qué ha pasado?

Es por mí?

Sé que no he estado muy bien  
estos días, pero por favor...

No sé qué decir.

Mensaje sin leer

(10:07h a.m.)

Hola...

Contéstame...

Mensaje sin leer

(13:30h p.m.)

Por favor, dime algo.

No entiendo nada.

Mensaje sin leer

Recuerdo aquellos días como si estuvieran dentro de una neblina, como cuando estás bajo los efectos de la fiebre y todo se vuelve una pesadilla de la que no puedes salir. Estaba hecha un lío, el mensaje de Jana me había dolido más de lo que esperaba; por mucho que me negara a pensar en Teo, demasiadas veces se cruzaba en mi mente y recordaba lo vivido aquella noche en la tienda. Más de una vez —y de veinte—, al pensar en Sirius le había puesto la cara, la voz hasta el sonido de la risa de Teo. Sirius necesitaba una voz, un rostro y Teo aún estaba demasiado fresco. Supongo que, como casi se habían solapado en el tiempo, para mi mente le era fácil mezclarlos a su antojo.

Pero aquella incertidumbre se volvió negra como el chapapote que cubrió la costa cuando recibí aquel mensaje. Sirius puso fin a lo nuestro y yo sentí que me ahogaba. Fui incapaz de salir de la cama. A media tarde creí ver una luz, creí ver una respuesta cuando al abrir el Instagram lo primero que me saltó a los ojos fue una nueva foto de Jana:

FELIZ día de los santos inocentes

(17:50h p.m.)

Es una broma por los inocentes?

Joder, no tiene ni puta gracia

Mensaje sin leer

(20:06h p.m.)

Dime algo.

Dijiste que merezco más.

Pues dame una explicación.

Mensaje sin leer

Me sentía impotente. No podía llamarlo. Ni presentarme en ningún lado. Por no saber, ¿no sabía ni su nombre real! Solo tenía una forma de contactar con él y era a través de esos mensajes que seguían sin ser leídos. No sé qué me dolía más, si haberme dejado llevar por él, enamorarme de ese Sirius y ceder a todos sus caprichos como vernos en el hotel a oscuras o sentir que me había estado engañando porque en el fondo sabía que esto no podía ir a ningún lado. Saber que esa parte racional tenía razón.

# 29 de diciembre

GTALK

(viernes 29 de diciembre, 06:00h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Han pasado 24h.

Por favor, dime algo.

Mensaje sin leer

No puedes dejarme así.

Explícame qué ha pasado

Mensaje sin leer

(09:01h a.m.)

Da la cara, al menos.

Mensaje sin leer

(12:15h p.m.)

Creo merecer más que ese mensaje que no dice nada.

Mensaje sin leer

(20:46h p.m.)

TE ODIooo

Mensaje sin leer

(21:12h p.m.)

TE ODIOOO

Mensaje sin leer

(22:40h p.m.)

TE ODIOOO

Mensaje sin leer

(23:08h p.m.)

TE ODIOOO

Mensaje sin leer

# 30 de diciembre

GTALK

(sábado 30 de diciembre, 03:42h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Entiendo que has pasado página.

Permite que yo tarde un poco más.

Mensaje sin leer

# 31 de diciembre

Dos actrices se habían puesto en contacto conmigo para que les diseñara los vestidos, una volvía a ser para los Premios “Mestre Mateo”, y otro para una presentación de la película en Madrid que tendría lugar a mediados del año siguiente. Los dos significaban un gran salto para mi carrera, era todo un desafío y quería superar las expectativas. Como no quería estar sola con mis pensamientos, me pasaba todas las horas diseñando, bueno, mejor dicho, llenando hojas de bocetos que luego arrancaba e iban decorando el suelo del salón. No había salido de casa desde Navidad. Había ignorado a conciencia las llamadas de mis padres, de mis amigas, diciendo que necesitaba unos días para estar sola y concentrarme en mi trabajo. Más bien, regodearme en mi pena. Pero hoja tras hoja me daba cuenta de que tenía la cabeza tan embotada que era incapaz de imaginar algo, ya no digamos algo decente. Quería que fuera algo espectacular, diferente y lo único que conseguía dibujar eran laberintos de líneas. Pero era mejor cabrearme porque no me salía que dejar el lápiz, eso era aún peor. El dolor se hacía insoportable.

Mi encierro llegó a su fin, aquella última mañana de dos mil diecisiete cuando Mencía, junto a Aloia, se habían presentado en casa me encontraron tumbada en el sofá, tapada con una manta y con el cuaderno en las manos. Llevaba el mismo pijama que no me había quitado en los últimos días, con el pelo recogido en lo que en un principio era un moño y para aquel entonces era un nido de avestruz, si hasta London se había escondido en un rincón de la cocina para no verme.

—Me has obligado a utilizar la llave de emergencia —dijo Mencía, nada más entrar—. No sé qué pasa, pero tiene que terminar. Ya te hemos dejado suficiente tiempo para regodearte en el dolor.

Fue entonces cuando me senté en el sofá y les conté lo ocurrido. Parecía que ya se lo esperaban, como si fuera algo que estaba claro desde el principio y todas lo hubieran visto menos yo. El final era cantado y yo no había querido verlo. Además, estaba el asunto de la boda de Jana y Teo, según Mencía había sido una broma, que si hubiera leído los comentarios en la foto de “Feliz día de los inocentes” lo habría entendido como ella.

Aquella noticia daba un poco más de sentido a por qué no había anillo en la foto. ¿Era solo una broma? Qué mal gusto. No lo pillaba, claro que tampoco estaba yo para inocentadas.

Después de desahogarme, de llorar y gritar, me dieron un abrazo y me obligaron a pasar por la ducha.

—Es fin de año, toca dejar esto atrás.

Y ahí estaba, en una discoteca con un vestido ceñido corto, plateado; era el mismo del año anterior porque no tenía nada mejor —según ellas— en el armario, maquillada, peinada y oliendo a *La vie est belle*, toda una ironía. Estaba allí en medio de la pista, franqueada por cada una a un lado, ellas bailaban... yo fingía mover el cuerpo y los pies, la verdad es que había tanta gente que el movimiento de los demás era como una ola que te arrastraba quisieras o no. Aloia estaba cabreadísima, no nos quería contar por qué, pero quería aplacar aquella rabia bebiendo como un cosaco, yo la acompañaba para ahuyentar mis penas... Mencía era la única que parecía realmente feliz, que bebía para celebrar el nuevo año sin querer ahogar en los chupitos ningún trauma. Como tanta gente a mi alrededor, era hasta ofensivo verlos tan felices cuando yo me sentía tan triste y perdida. Nada más llegar al local me había encontrado con Sira y su ya marido Roberto que me dieron la noticia de que serían papás en verano. Me alegré, claro que sí, pero estaba hasta el moño de ver como a todo el mundo la vida le sonreía y a mí me daba la patada.

—Mierda, creo que acabo de ver a Teo —dijo Aloia cogiéndome fuerte de la mano.

—¿Dónde? —La música estaba alta, pero no fue el motivo por el que solté aquello el chillido que hizo que las dos se alejaran unos metros en un acto reflejo.

—Por allí. Juro que era él, estaba mirando hacia nosotras, al ver que lo he visto se ha dado la vuelta.

«Joder...

Hoy no...»

Me puse tan nerviosa que me llevé el vaso de tubo a los labios para terminarme el gin-tonic con tan mala puntería que me lo eché por encima y uno de los hielos se coló por el escote y encontró refugio entre mis pechos. Empecé a saltar y a gritar por el frío, pero no creáis que estaba montando ningún espectáculo, nadie se dio cuenta de que intentaba sacarme el hielo que se estaba derritiendo. Me acompañaron al baño, en la cola busqué en el *clutch* el paquete de pañuelos y al sacar el móvil para cogerlos, me vibró en la mano. Al

ver la pantalla me quedé blanca.

## GTALK

(lunes 1 de enero 2018, 01:40h a.m.)

Sirius – Estrellas en los ojos

Sé que soy la persona que más odias,

pero te echo de menos.

Si supieras las ganas que tengo

de besarte ahora mismo...

Feliz año, mi estrella.

Apreté fuerte el teléfono en mis manos, rabia e ilusión se concentraban en la punta de los dedos. Las dos miraron hacia la pantalla al ver que me había quedado petrificada.

—Ni se te ocurra contestarle —me amenazó Mencía.

—Pues yo le contestaba y le pedía explicaciones —dijo Aloia.

Las abracé, les pedí que me dejaran sola un momento y salí fuera del recinto. El aire frío y húmedo me hizo tiritar. Cerré los ojos un momento decidiendo qué quería hacer. El botón verde al lado de su nombre me decía que estaba conectado y esperando por mí.

Eres la persona que más odio,  
pero el mensaje que más he esperado.

Te debo una explicación.

No sé si la quiero.  
Si mereces siquiera la oportunidad de explicarte.  
No tienes ni idea del calvario que he pasado.

Si quieres algo tendrá que ser cara a cara.

Necesito verte.

Verte... ¿con luz?

Basta de juegos.  
Necesito algo palpable.  
Real.

Es lo que quieres?

Solo quiero respuestas.

Las tendrás.

Aunque luego me odies y  
no quieras saber nada más de mí.

Una última vez sin?

De acuerdo.

Lo preparo.

Te mando un mensaje con los datos.

# 1 de enero

Nada más pisar el mármol del *hall* del hotel tuve esa sensación de *déjà vu* y los nervios me estrujaron con más fuerza la boca del estómago, hasta sentí ganas de vomitar, pero estaba tan inquieta que había sido incapaz de comer. Mi padre lo llamó resaca, yo solo reí porque fui incapaz de confesar la verdad. Eran las cuatro de la tarde y estaba de nuevo parada frente al ascensor esperando que se abriera para encontrarme con Sirius. Una parte de mi cuerpo vibraba recordando lo que había ocurrido allí unos días antes, la otra parte estaba tan enfadada con él que solo quería respuestas. Dos mujeres y un hombre llegaron de la parte del bar y se situaron a mi lado. Me planteé subir por las escaleras, pero recapacité, a pesar del frío y de humedad por culpa de la lluvia con la que habíamos amanecido, yo estaba sudando. Por fin se oyó la campanita y las puertas se abrieron. De nuevo pulsé el botón para ir al tercer piso. Los minutos esperando se me hicieron eternos.

No tuve tiempo de serenarme, de hincharme de valor, porque nada más detenerme en la puerta de la habitación, esta se abrió, sin darme tiempo ni a llamar.

De nuevo la oscuridad.

De nuevo una mano que me invitaba a entrar.

De nuevo la cogí y vibré como una hoja en medio de un huracán al recibir aquella electricidad.

Sentí que el corazón se me iba a salir por la boca cuando oí el sonido que hizo la puerta al cerrarse.

Solos los dos.

Esta vez no se situó detrás, sino que lo hizo delante, y con las manos que aun teníamos unidas se las llevó sobre el corazón, su latido, igual de veloz y errático que el mío, me saludó. Noté como se inclinaba hacia delante, ocupando mi espacio vital con su calor y su cuerpo.

—Detente —imploré casi sin voz—. Me turbas y así no podremos hablar.

Pero no me hizo caso, pasó el brazo alrededor de mi cintura atrayéndome hacia él y

sus labios se estamparon sobre los míos en un beso salvaje, del nivel de mi frustración. No quería que me besara. Quería hablar, aclarar las cosas, pero sabía tan puñetera bien, había deseado tanto volver a besarlo que la rabia de los últimos días acabó ardiendo en aquel beso. Rodeé su nuca y le acaricié el pelo, tiré de él con deseo y rabia contenidos. Cómo había echado de menos sentirme arropada por él. Me abrazó con fuerza, acabé escondiendo la cara en su cuello. Cerré los ojos y aspiré su aroma. Me recordaba a algo, no sabía a qué, pero algo familiar y agradable. Nos movimos, como si diera un paso hacia delante, pero estaba tan bien allí acurrucada que no le di más vueltas. Suspiré.

—Perdóname —susurró sobre mi pelo—. Perdóname.

Oí un clic y a pesar de tener los ojos cerrados percibí un destello de luz.

No me moví. Me quedé paralizada. Sirius me daba las respuestas que le pedí. Sabía que cuando abriera los ojos todo aquel juego acabaría. Pero no estaba segura de quererlo. Ni de que acabara. Ni de lo que se iniciaría en aquel momento. Deseé parar el tiempo y rebobinar unos segundos, quedarme en aquella oscuridad que por muchas dudas que llevaba consigo, como mínimo me era conocida. Pero no podía, era el momento que había pedido, era el momento de la verdad y estaba aterrada. Sabía que al abrirlos mi vida ya no sería igual. Sirius tendría una cara. Se acabarían las fantasías y tocaría afrontar la realidad.

Noté como aflojaba el abrazo y como lentamente dejaba de tocarme. Al final yo también bajé los brazos al tiempo que separaba la cabeza de su hombro.

Abrí los ojos.

Botas de piel marrones. Un suspiro. Vaqueros oscuros, desgastados. Un jadeo. Un jersey de lana azul marino. Me mordí el carrillo por no gritar de histeria. Cerré los ojos. Dudosa de seguir. Una barba incipiente. Su boca. Una sacudida me cruzó la espina dorsal de arriba abajo.

Rompí a llorar.

—¿Por qué?! ¿Por qué?! ¿Por qué?! —Grité desesperada. Me temblaban los labios, las palabras salían entrecortadas. Empecé a golpearle el pecho con las manos agitadas—. Te odio...

Me agarró con tanta fuerza que no pude mover más los brazos, deteniendo así los golpes y mis palabras se vieron amortiguadas con la lana de su jersey. Seguí insultándolo, pero ya sin oponer resistencia. Los últimos meses de mi vida pasaron como destellos ante mis ojos. Cada palabra, cada pensamiento. Cada deseo callado.

—Perdóname —repetía sin cesar contra mi pelo.

—Quería que fueras tú. Siempre deseé que fueras tú.

—Te quiero Iria, te quiero desde el primer instante.

Aquellas palabras cruzaron aquella neblina en la que me veía envuelta. Alcé la mirada para encontrarme aquellos ojos azules con los que durante meses había fantaseado. Necesitaba verlo. Necesitaba ver la realidad.

—Teo. —Mi boca buscó la suya, me libró las manos para sujetarme el rostro y perdernos en un beso desesperado. El primero sabiendo la verdad. Fue entonces cuando me di cuenta de que aquello no era un final, aquello era un inicio, nuestro principio.

Fin

Espero que hayas disfrutado con la historia de Iria.

Tu opinión me será de gran ayuda para mejorar.

Gracias, un abrazo.

# Epílogo

Estoy nervioso, me río solo como ese niño que está haciendo una travesura y mira cada dos por tres hacia la puerta para que no lo pillen. He terminado de hacer la maleta, llevo tantos meses para arriba y para abajo que si antes suponía un incordio ahora lo hago con los ojos cerrados. Eso no impide que si la hago para venir a verte lo haga feliz y cuando la hago para irme, como lo ha sido esta, lo haga cabreado, refunfuñando y más que meter la ropa, la apiño de cualquier forma. Odio irme y dejarte aquí.

Hoy es un día importante para ti, hoy haces el salto y nada menos que como “futura promesa” en la Barcelona Bridal Fashion Week. Estoy tan orgulloso de ti que no me canso de decírtelo. Sé que ni me has pedido que te acompañe porque sabes que tenía una reunión importante, lo que no sabes es que pedí si se podía aplazar y al final es mañana. Quiero estar contigo cuando tu colección “Estrellas en los ojos” salga a la pasarela. Tu sueño de rediseñar los vestidos de segunda mano está en marcha y sé que llegarás muy lejos.

Esta carta te estará esperando cuando vuelvas a casa esta noche. Necesito escribirte esto, quiero que en esa caja que hay bajo nuestra cama y donde guardas imprimidos todos nuestros mensajes incluyas este. Mi versión.

Nací en una tierra cargada de leyendas y con un pasado ancestral que siempre creyó que había algo superior a nosotros. Para mí, las casualidades no es algo casual, sino más bien forman parte del destino de cada uno, algo escrito desde el inicio. Creemos que somos dueños de nuestra vida, pero en ella influyen demasiadas cosas que nos vienen grandes y que no sabemos cómo tratar.

Lo último que esperaba aquella tarde cuando entré en la tienda fue enamorarme a primera vista. Me sentí absolutamente atraído por ti en cuanto te vi. Unos dirán que es el encuentro con tu alma gemela, algunos lo atribuirán a la leyenda del hilo rojo... llámalo como quieras, pero la cuestión es que te deja K.O. en el sitio. Sin saber qué decir ni hacer. Y entonces me besaste. Y ahí nació la magia. La conexión. Una explosión.

Me sentía como Ulises, hechizado. Quería conocerte, hablar contigo. Cualquier cosa

menos marcharme. Qué fácil me resultó estar contigo... la noche se desenvolvió sola, de una manera tan natural que, en lugar de asustar, me era familiar. Demasiado agradable.

Te deseaba, si tu no me hubieras obligado a marcharme, yo seguiría allí. No me importaba nada.

Al día siguiente ya fue distinto. Me dije que había sido una locura. Quise olvidarlo. Quitarle importancia. Pero a la mínima que me despistaba, allí estabas ocupando cada centímetro de mi mente.

Quería a Jana, o eso creía en aquel momento porque no es hasta que amas de verdad que entiendes todo lo que engloba ese verbo, pero lo que despertabas en mí era algo eléctrico. Como una droga adictiva que me hacía sentir vivo. Sentirse vivo, esa sigue siendo la sensación.

Cuando te encontramos en el pub aquel sábado tuve ganas de buscar una excusa para poder hablar a solas, pero me detuve, me quedé allí parado como un memo sin saber qué decir ni hacer. Al final no hizo falta, cuando nos miramos de reojo, los dos supimos que aquella noche había sido real, igual que aquella electricidad que saltaba chispas cuando estábamos juntos. Pero yo tenía novia y no sabía cómo lidiar con ello.

Además, estaba el viaje, desde siempre he sabido que mi lugar no estará en Galicia. Mi trabajo implica trabajar fuera y no me molesta. Tengo ganas de ver mundo. De conocer laboratorios y trabajar en diferentes países. Empaparme de su forma de trabajar y vivir. Pero tú, mi niña, has crecido sabiendo que tu lugar era la tienda. Tus diseños. Perteneces a aquel trozo de costa gallega. No había futuro para nosotros, me repetía, tú eras la que se quedaba en tierra, yo el emigrante.

El día del desfile quise contarte hasta donde habían ido mis pensamientos, pero no sé cómo ocurrió pero terminamos los dos en la pista de baile, de nuevo te tuve pegada a mí y perdí toda la coherencia y razón. No sabes la de veces que pensé en cargarte al hombro y largarnos de allí. Y de nuevo impusiste la cordura. La que yo perdía cada vez que estaba contigo. Por eso te seguí, guiado solo por el instinto animal que me decía que no podía dejarte marchar de aquella manera. Necesitaba decirte que me iba, pero en el ascensor... El espacio tan pequeño. Tu fragancia. Los recuerdos. Mi deseo. Como brillaba el tuyo en tus ojos... Aquellos llenos de estrellas. Desde pequeño, mi abuelo me repetía que sabes que has encontrado a tu chica porque eres capaz de verle estrellas en los ojos. Brilla decía. Brillan como estrellas en la noche y tú por fin entiendes cuál es tu rumbo, ellas te guían. Yo me reía y asentía con la cabeza a pesar de no entender nada de lo que me decía y con el

tiempo lo olvidé. Años después me topé con la noticia sobre el búho y de nuevo pensé en mi abuelo y sus palabras, pero no fue hasta aquella noche en la tienda que todo tuvo sentido. Demasiado. A veces hay cosas que prefieres no afrontar y seguir escondiendo la cabeza.

Al día siguiente fuimos a tomar un café con Jana, ella estaba al teléfono contestando a una entrevista para la radio y por el cristal te vi de espaldas, tecleando. Hay una cosa que no sé si te he dicho nunca, tengo una gran memoria fotográfica que me ha ayudado mucho a la hora de estudiar. Y aquella mañana también, porque vi el logo de la web y tu Nick al pasar detrás de ti. Al verlo me estalló el corazón y supe cuál sería el siguiente paso.

Aquel mismo día le dije a Jana que sería mejor dejar lo nuestro, el error fue añadir, un “por un tiempo” cuando tenía clarísimo que era definitivo. No quería una relación a distancia. Y además dudaba de lo que sentía por ella. Lo que al principio me atraía con el paso de los días dejó de hacerlo, y lo que no me importaba, como que cada cosa que hacía, lo hiciera siempre pensando en la galería, cada vez me pesaba más. Aquello me parecía el colmo, basar tu vida en algo tan falso como las redes. Yo, que siempre las he repudiado, con una novia que vive de ellas. El final era clarísimo.

Aquella misma noche abrí un perfil en aquella misma web y te busqué. No sabía qué esperar de aquel contacto, bueno sí lo sé, conocerte un poco más. Y como la noche en la tienda, las cosas entre Sirius y Estrellas en los ojos fueron tan naturales que me dejé llevar y cuando quise darme cuenta aquello se me había escapado de las manos y era imparable. Bueno, claro que podía haber terminado, solo tenía que decirte quien era, pero tenía miedo. Me acojonaba perderte, porque si en persona me sedujiste a través de tus palabras, terminó conmigo.

Quise decirte un montón de veces que era yo, que estaba soltero y que no había dejado de pensar en ti, pero siempre había un pero que me frenaba. Y los meses fueron pasando hasta que llegó Navidad.

No sé cómo me vino la idea del hotel a oscuras. Quería estar contigo, pero me daba miedo decirte la verdad y que te sintieras engañada. Me daba miedo que Sirius hubiera fulminado a Teo. Nada estaba a mi favor, pero ni con esas desistí. Lo quería todo. Mente y corazón en continua pelea. Y yo en medio, mientras intentaba no hacer caso a uno y otro. El deseo de estar contigo, de poder tenerte de nuevo en mis brazos y besarte arrasó con todo. Fui un egoísta, lo sé.

No pensé que aceptarías, la verdad. Pero hablamos de la chica que me besó a los dos

minutos de conocernos sin saber siquiera quien era. Aceptaste y esa entrega me condenó. Estuve a punto de encender la luz, una vez y hasta cuatro, pero de nuevo el miedo y las ganas ganaron. Casi ni hablé por miedo a que me reconocieras la voz.

Aquella tarde en el hotel después de hacer el amor por segunda vez, mientras jugueteabas con el vello de torso, me confesaste que ese detalle te desconcertó la primera vez porque una parte de ti había albergado la idea que Sirius fuera yo, pero el Teo con el pecho afeitado solo era una concesión que había hecho a su novia de turno. Nada más dejarla, el pelo volvió a su sitio. Por suerte, prefieres el estilo cavernícola, como sueles decir. Y yo encantado porque me vuelve loco cuando tiras de él mientras me muerdes el pezón...

Joder, que talento innato tienes para dispersarme... bueno, volviendo a la primera tarde en el hotel, si me fui y te dejé en aquella cama fue porque quería arreglar un asunto, Jana. Quedé con ella, durante mi estancia fuera vino a verme un fin de semana, el del puente del pilar. Sirius te dijo aquellos días que necesitaba pensar. Me dolía mentirte y no sabía cómo lidiar con aquellas dos versiones de mí mismo. Ya sabes que no pasó nada entre nosotros, fuimos más amigos que otra cosa. Ella quería seguir. Yo me negaba. Quería verme a la vuelta, y me llamó para invitarme a comer el día de Navidad con sus padres, se puso intensa, me lo pidió hasta como un favor y acepté. No quería decirles que ya no estábamos juntos, no lo entendí, más tarde comprendí que ella aún tenía esperanzas. Lo último que esperaba cuando fui a aquella comida fue salir de allí prometido. Fue una locura y aunque lo hemos hablado otras veces, fue tal cual te escribí aquella vez. De una conversación chorra, que no sé ni cómo sucedió.

Me marché poco después de allí, furioso cuando me di cuenta que ella entraba en dar fechas. Cuando salió tras de mí me dijo que ya sabía que era algo precipitado, pero que los había visto tan ilusionados que no sabía cómo frenarlos. Le grité que no era algo precipitado sino que no tenía ningún sentido porque habíamos terminado hacía más de medio año. Estaba tan cabreado que ni Sirius quería hablar contigo. Me sentía fatal por engañarte. Me fui a la cama pensando que estaba solucionado, pero a la mañana siguiente el móvil empezó a echar humo con mensajes de la boda. El tuyo incluido.

Dios si supieras lo furioso que me puse. Rompí hasta el móvil. La fui a ver, discutimos como dos miuras. Al final no sé lo que dijo a sus padres, pero de cara a las redes lo manipuló para que pareciera una broma para los Inocentes. Panda de idiotas quien se lo creyó. Estaba fuera de mí, y luego al llegar a casa y ver tus mensajes desde el ordenador vi que a pesar de que Sirius te gustaba, aún quedaba algo para Teo. Y la ilusión

volvió. Pasé horas pensando cómo salir de aquel caos y tomé la decisión de eliminar a Sirius. Llegar a ti de nuevo siendo Teo. Pero te vi en Fin de año y no pude resistir de mandarte un mensaje y ver tu cara al leerlo. Quería ver tu reacción. Entonces me di cuenta de que merecías la verdad, y yo tendría que sobrevivir con las consecuencias, fueran las que fueran. Si supieras lo nervioso que estaba. Pero entonces llegaste, te besé y todo tuvo sentido. Gracias mi vida por darme la oportunidad de quererte como mereces.

Sé que nos queda mucho por solucionar, tu carrera, la mía, la tienda... y la maldita distancia que cada vez llevamos peor, pero si antes creía que era un impedimento para estar juntos, ahora sé que es solo algo a lo que nos enfrentaremos juntos y venceremos. Puede que no siempre tomemos las decisiones correctas, pero eso forma parte de la vida, y la mía está completa contigo.

Es raro escribir sobre algo que aún no ha ocurrido, pero que cuando tú lo leas sí, por eso déjame hablarte como si estuviera a tu lado, una vez te juré que no volvería a subirme a una pasarela sino era por un buen motivo y algo que yo deseara hacer. Pero nada me apetecía más que subir contigo a la pasarela y cerrar la colección contigo vestida con el traje que te probaste aquella noche para mí. Aloia ha sido mi aliada y la que ha conseguido que te lo pusieras, ver tu cara de sorpresa cuando me has visto a tu lado... ha sido lo mejor de mi vida.

Tengo que confesarte algo y es el don que tienes para hacer que me enamore de ti a primera vista, cada dos por tres. Lo hice nada más entrar en la tienda, lo hice cuando te vi aquella noche con ese vestido, lo hice en el hotel cuando encendí la luz. Y lo hago cada mañana que despierto a tu lado.

Nos vemos en quince días en Edimburgo; mientras, seguiremos chateando.

Siempre tuyo,

Teo-Sirius.

La serie continúa con la historia de Mencía.



Y la historia de Aloia.

